

FRAY MOCHO



SEMANA SANTA

Núm. 570. — 27 de marzo de 1923

Z
13135

12,570 (1923)

La bebe todo el mundo



Si se toma
helada, es
deliciosa-
mente mejor.



ÚNICOS IMPORTADORES:
MOSS y Cía. Ltda., S. A.
BUENOS AIRES



FRAY MOCHO

Año XII

Buenos Aires, 27 de marzo de 1923

Núm. 570

La apertura del período de caza

Lunes santo.

—¡Nicanora!

—¿Qué descas, Nicomedes?

—Me engrasaste las botas?

—Sí, Nicomedes; ahí, las tienes, junto a la mesa de luz. ¿Qué no tienes ojos ni tacto, maridito mío?

—¿Y la escopeta con culata de naranjo?

—Te la dejé colgada de la percha.

—¡Nicanora, Nicanora!

—Habla en voz baja, Nicomedes...

—¡Jesús, qué hombre!... Se van a despertar los chicos...

—No veo la bolsa para los pajaritos ni el cinturón-cartuchera.

—¡Pero Nicomedes!... Te las colgué de la perilla, a los pies de la cama. ¿Qué más te hace falta?

—Más luz, Nicanora.

—Por ella debías haber empezado. Me explico que no vieras nada. Despacio, Nicomedes... No hagas ruido, ¡por Dios te lo pido!... Se van a despertar los chicos, Nicomedes...

—¡Jesús, qué hombre!

—¿La cadena?

—No la dejaste, anoche, al lado de la casilla del "Cham"?

—Tienes razón, mujer. ¿Y la caramañola con whisky?

—¡Pero Nicomedes! ¿No la pusiste debajo de la almohada? ¿No recuerdas que anoche, antes de acostarte, le diste un beso?

—¿Qué memoria la mía!... Perdóname, Nicanora. Bueno. Ya estoy listo. No hay tiempo que perder. El tren para Cardaloz, sale a las 7, y de casa a Retiro, tengo no pocas cuadras.

—¡Adiós, Nicanora!

—¿Que Dios te ayude, Nicomedes!

El esposo se echa a la calle muy "embreechado", con gesto bravío y con la escopeta al hombro, tironeando de la cadena del escuálido "Cham". Es la hora en que Buenos Aires despierta.

Sábado de gloria.

—¡Papá, papacito!

—¡A...atchitz!

—¡Nicomedes! ¡Maridito mío! ¡Ven a mis brazos!

—¡A...atchitz!

—¿Qué has cazado, Nicomedes?

—Un resfrío, Nicanora...

Domingo de Pascuas.

—¿Qué te dijo el médico, mujer-cita?

—Poca cosa, Nicomedes: que tienes cama para una semana, pero, felizmente, tu bronquitis no le inspira temores.

—Menos mal, Nicanora: es una desgracia con suerte.

Y Nicomedes, estoico y paciente, apachugó con la primera eucharada de jarabe pectoral. ¡Oh, las delicias de la vida cinegética!...

NATO



—¿No cree usted, doctor, que para bailar bien hay que haber nacido?

—Efectivamente, señorita: nunca vi bailar a nadie que no hubiera nacido.

Las eternas víctimas

Dijérase que un hado marcadamente adverso, que un designio cruelmente fatal, hubiese elegido al magisterio, el más noble de los apostolados humanos, para convertirle en la Cenicienta de las profesiones, reservándole a los que le ejereen, el calvario de una suerte tan calamitosa como injusta.

El fenómeno no es de ahora: ya el teatro y la novela encarnaron su amarga sátira en la figura famélica y hambrienta del maestro de escuela, convirtiendo a éste personaje en sinónimo de necesidad y de miseria.

Pues bien; cuando ésto se consideraba como un resabio de épocas de atraso, hay que reconocer, con la airada indignación que el hecho provoca, que el lamentable espectáculo subsiste aún entre nosotros, con los caracteres de una verdadera afrenta nacional.

Los educacionistas de casi todas las provincias de la República Argentina, sumidos en una vergonzante estrechez pecuniaria, claman actualmente porque se les pague algunos de los muchos meses de sueldo que se les adeuda. Víctimas de una incalificable extorsión, se les humilla en su dignidad profesional al obligárseles a vivir de prestado, y al forzárselos a mendigar, entre las garras de la usura, los medios para sostener una existencia dedicada por entero al ejercicio de un elevado pero ingrato ministerio.

Existen estados argentinos en los cuales no se ha pagado a los maestros desde hace año y medio. Diecha circunstancia basta para traer a la imaginación la terrible odisea que habrán sufrido estos dignos servidores públicos, cuyas vidas han de haber sido otras tantas silenciosas tragedias, frente a la falta de pan, de ropa y de techo.

Se ha dicho que durante una de las últimas intervenciones federales, en cierta provincia, el interventor y sus ministros renunciaron a sus respectivos sueldos, con objeto de allegar fondos para pagar a los maestros algo de lo mucho que se les adeudaba. El gesto, aunque noble y simpático, no era ciertamente la solución que correspondía, porque el acto, adquiriendo el carácter de una dádiva o de un donativo, debió afectar la delicadeza de los profesionales. Estos necesitaban no el socorro de la beneficencia particular, sino el respeto de sus legítimos derechos.

El maestro de escuela, elemento pasivo por la naturaleza de sus funciones, no rinde gran provecho al caudillismo local; de ahí el abandono y menosprecio oficial en que se le tiene. En cambio, el instrumento activo, como el policiano de campaña, con el cual pueden triunfar los personalismos, es más fácil que goce una situación de privilegio, derivada del valor de su concurso partidario, muy superior al que ofrece el gremio educacionista, entre cuyas filas surgiera la más grande figura de la República.

ALMA SERENA

No quiero ser torrente que bravío
chocha en la piedra o el juncal destroza,
pláceme ser la linfa cariñosa
que pasa bajo el trebolar sombrío.

La soledad amable es la que arranca,
propicia a mi sentir, de la cabeza
para verterla en la carilla blanca,
la poesía sutil de mi tristeza.

De egoísta o de vano no me tildes
porque el tráfigo humano no me exita,
quiero estar con mis cráteras humildes
en el tibio silencio de mi ermita.

Desdén de incompreensión en ti adivino,
incapaz de sentir las cosas bellas,
déjame caminar por mi camino
con mi sueño, mi sol y mis estrellas.

Si tu quieres luchar, nada te ata,
húndete en el turbión... yo sólo ansío
trinar mi estrofa en la penumbra grata,
única flor del pensamiento mío.

Horacio H. Livory

EL LOBANILLO, por E. GUTIERREZ-GAMERO

Acababa mi carrera de médico, y obligado a sacar inmediato producto de ella, me refugié, en espera de más amplio horizonte, en Peñascales de Arriba, donde con la iguala y el sueldo del Ayuntamiento podría reunir obra de unas tres mil pesetas. El pueblo, situado en lo más aspero de la sierra, era de lo peor que usted se puede imaginar; pero el acicate de la necesidad hizome apachugar con él, sin pararme en tiquis miquis.

En el trayecto de Madrid a Peñascales de Arriba trabé conocimiento con un individuo, entre cosario y chararilero, que charlaba a cántaros y que acerca de mi próxima residencia me dió tales informes que a punto me hallé de volver el paso atrás.

—¿Es usted soltero?—me preguntó mi acompañante.

—Completamente soltero—le contesté.

—Mal negocio—díjome, frunciendo el entrecejo.

—¿Por qué?—repuse, curioso.

—Porque en Peñascales no agrada a los médicos solteros.

—¿Qué raro!... ¿Qué les importa a los peñascaleses?...

—Verá usted—me interrumpió.—Peñascales de Arriba es enemigo acérrimo de Peñascales de Abajo. En el de Abajo domina el elemento republicano rabioso, con todas las exageraciones del sistema más radical, y en el de Arriba manda y gobierna a su antojo el clericalismo más intransigente. En el de Abajo funciona de cacique el alcalde, don Demófilo Valiente, y en el de Arriba ejerce de Pontífice Máximo el cura, don Pedro Quieto y Sentado, que tiene a sus feligreses en un puño, y digo poco.

—Pero, hombre—atajé a mi locuaz compañero.—A mí, ¿qué más me da del clericalismo ni de don Pedro Quieto y Sentado, si soy católico, apostólico y hasta romano a macha martillo?

—Pare usted la jaca, y no sea súbito—interpuso mi hombre.—Don Pedro entiende que los profesionales de la medicina han de ser casados, no a media carta sino de veras, porque no está bien que un jovencuelo entre y salga en las casas donde habitan respetables señoras o tímidas doncellas, y a ésta le ponga una ayuda y a la otra le aplique una ventosa en parte recóndita, ítem más si tiene que operar de ginecólogo.

—Me deja usted turulato—hablé, sumamente preocupado.—Si llevo a saberlo, me caso con mi patrona, aunque el casorio entrase de rondón y no por la vía cordial.

—No se burle, amigo, y tome muy en cuenta lo que acabo de manifestarle. ¡Ah!... Se me olvidaba decirle lo más importante. Báilele el agua al señor cura y no le irá mal; pero sobre todo procure intimidad con don Juan Pasagonzalo, un señor bueno si los hay, aunque algo arriado a la cola, que hizo gran fortuna en América y que se vino al pueblo de su nacimiento a pasar el resto de sus días.

Y como en éstas y las otras, habíamos llegado a Peñascales de Abajo; allí se quedó el charlatán y yo proseguí mi peregrinación.

No me engañó el informante. El pueblo era mucho peor de lo que pude soñar. Entonces maldije la hora en que solicité la plaza, y tentado estuve de tirarme por uno de los despeñaderos que bordean el camino, pues el Tajo de Ronda, la Sima de Cabra y el salto de Leucade serán sin duda, un juguete en comparación con los que a mi vera se apa-

recían; tales eran de profundos y peligrosos.

Pues habrá usted de saber, amigo don Teodosio, que en Peñascales caí de pie; que la suerte me favoreció en dos o tres casos de mi profesión, y que los peñascaleses me traían en palmitas, sin exceptuar al cura mandón y al famoso Pasagonzalo.

De seguro al llegar aquí de mi historia, tiene usted en los labios la pregunta natural en cuanto a la enemiga del pueblo al médico célibe. Claro es que durante el primer año de mi residencia en Peñascales, las insinuaciones para que entrara en el gremio no pasaron de tímidas indirectas; mas, poco a poco, fueron tomando cuerpo, manifestáronse en estudiados desvíos y me convencí de que, al cabo, tendría que marcharme o cerrar con el matrimonio.

Por fortuna, el azar, que todo lo arregla a su antojo, vino en mi pro y fué que di, manos a boca, con una muchacha que era una perita en dulce, cuyos andares dejaban rastro de garbo, muy pulcra y bien trajeada, aunque a lo pueblerino; pero sin

dico. Si carraspeaba un poco... que venga inmediatamente el doctor. Y en una de estas llamadas, todo asustado y compungido, se me quejó de grandes dolores de cabeza en el lado izquierdo, conforme se va desde la oreja al ojo, haciendo escala en la sien y hasta parándose en ella. Le examiné detenidamente, y descubrí, detrás de su pabellón auricular izquierdo, un quiste del tamaño de una avellana. Le receté una inocente cataplasma, y salí de la casa pensando para mi sayo que como aquel lobanillo durase y no me diera la broma de estallar solo y sin ayuda de instrumento quirúrgico, él me proporcionaría las necesarias pesetas para que mi Periquín fuese médico.

¿Qué había de reventar el bendito bulto! Al contrario, amigo don Teodosio. El muy socarrón iba creciendo cual si yo le alimentase, y de avellana se convirtió en nuez; de nuez, en naranja, y no llegó a melón por "un casual", cómo lloraba el paciente cuando se lo palpaba.

¿Inverosímil la curación que yo deseaba? Nada de eso. Piense usted

su preciosa salud, y éste le responde:

—¡Ay, hijo mío!... Estoy muy mal... Hace cuatro años que tu buen padre lucha con un gravísimo tumor que tengo detrás de la oreja izquierda y que seguramente me llevará al sepulcro, si Dios no lo remedia.

—¿Un tumor?—interpuso Periquín.

—Sí; un tumor maligno.

—¿Me permite usted verlo?—interrogó el chico, con ese afán que los neófitos ponen en mostrar su ciencia.

—Míralo si es tu gusto; pero cuando tu padre que sabe más que tú, no ha podido vencerlo, ¿qué has de hacer tú?

—Pues mi padre no se ha enterado bien... ¡Si está más claro que la luz! Lo que usted tiene es un quiste sencillísimo de extirpar, y yo le prometo que, si me permite operarle, en muy breve tiempo queda usted sin bulto y tan campante.

—¿Tú te atreves?

—¿Pues no me he de atrever? pero con la condición de que no diga nada a mi padre, para darle esta grata sorpresa.

—¿Y me dolerá?

—No; porque previamente le inyectaré un anestésico muy poderoso y de muy reciente invención.

Así lo convinieron, y aprovechando la ocasión de mi salida a un pueblo inmediato, para asistir a un parto, Periquín me cogió la vez y le quitó el lobanillo a don Juan Pasagonzalo.

Figúrese usted, amado don Teodosio, cómo me quedaría cuando al volver a Peñascales me llama aparte mi hijo y me dice:

—¡Pero, papá!... ¿Cómo has dejado al pobre don Juan, nuestro excelente protector, en la creencia de que tenía un tumor maligno, si se trata no más que de un quiste sebáceo sin importancia alguna?

—¡A ver, a ver!... ¿Qué estás diciendo, desdichado?—interrumpí al mediquillo.

—Pues que yo, mientras has estado fuera, y pensando en lo que debemos a ese buen hombre y en que tú me lo agradecerías, le he extirpado el quiste con toda felicidad, y nuestro amigo ha quedado más contento que unas pascuas.

—¿Tú has hecho eso, infeliz?—grité aterrado.

—Claro. Yo mismo.

—Pues, hijo mío, has metido una de tus extremidades inferiores, por no decir las cuatro; y para que toda tu vida lo tengas muy presente, sabe que gracias a ese lobanillo providencial eres médico y no tienes que quedarte en Peñascales para escardar cebollinos. Y en lo sucesivo, cuando veas que cualquiera hace una cosa que a ti te parezca tontaría, fácil de remediar mediante tu intervención, cállate y no metas baza, porque en los actos ajenos siempre hay lo que sólo ve él que los ejecuta.

Indudablemente querrá usted saber, querido don Teodosio, lo que luego aconteció. Aconteció que don Juan, cuando se hubo enterado de mi manejo, pues no faltó un alma caritativa que le pusiera al tanto de mi bollaquería, nuestra amistad se concluyó, y tuve que largarme de aquel pueblo, que fué mi salvación. Pero los de Peñascales de Abajo, así que se enteraron del caso, y para dar vaya y cantaleta a sus vecinos rivales, tiraron de mí y me doblaron el sueldo. ¿Qué le parece a usted, amigo don Teodosio?

—Que Dios me libre de un lobanillo perpetuo.



—Me dijo que era como una nota musical...
—¿Tiene fonógrafo?

arambeles en los bajos ni toba en el nácar de los dientes. Un buen partido, según el cura y don Juan Pasagonzalo. Los plácemes con que me obsequiaron los peñascaleses, juzgándome ya casado con Marianita, que tal era la gracia de mi novia, fueron infinitos. El Ayuntamiento acordó bautizar una calle con mi esclarecido nombre, y don Juan me brindó un salón de su casa-palacio, donde se celebraría un espléndido gaudeo, el día de mi boda.

Y me casé. Sí, señor, me casé... y nunca lo hiciera, porque mi señora, en quince años de matrimonio, me dió diez vástagos, diez sanguijuelas que chuparon el misérrimo producto de mi enorme trabajo. Pero tropezando allí y cayendo allí, salimos adelante, y lo más curioso del caso fué que di carrera a mi Periquín, el chico más listo que ha nacido de madre. Y ahora entra la figura de don Juan Pasagonzalo, base firmísima de mis planes y puntal de mis aspiraciones.

Imagine usted el hombre más aprensivo y medroso que Dios pudo criar, y aún se quedará corto. Si le dolía un dedo... que llamen al mé-

que don Juan tenía en mí una fe ciega, y que jamás le vino a las mentes salir del pueblo para consultar a otro médico, y añada usted que todos los peñascaleses juraban por el doctor, y que lo que él decía, como si lo dijera el Santo Padre, que es infalible.

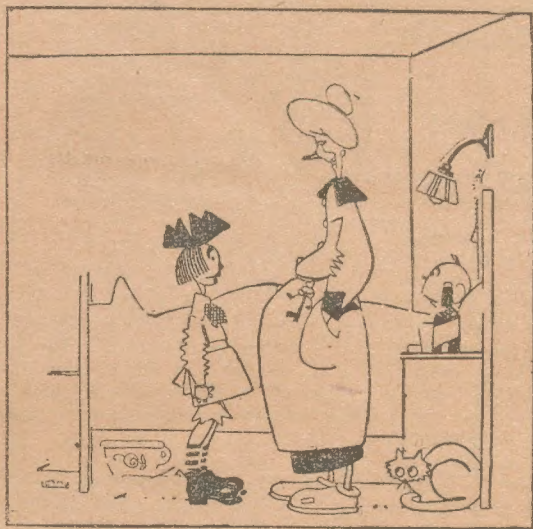
Por este solapado camino—lo confieso—logré apoderarme del ánimo de don Juan y que transcurrieran, mediante sus dádivas, los años que mi Periquín tardó en ser licenciado en Medicina y Cirugía.

Naturalmente; en cuanto mi hijo y colega llegó a Peñascales de Arriba, lo primero que se le ocurrió fué visitar a don Juan, con objeto de expresarle su gratitud; y a mí, con la alegría de tenerle en el pueblo, se me marchó el santo al cielo y se me olvidó advertirle lo del lobanillo. Y para que se dé usted cuenta exacta de la plática habida entre don Juan y mi heredero, se la voy a contar tal como me la refirió el ama de gobierno de mi cliente, una mujer a quien yo tenía muy de mi parte, porque con frecuencia se solía ir de cámaras y yo la curé el corrimiento.

Pregunta Periquín a don Juan por



SUSPICACIA



—El médico debe estar enojado con papá.
—¿Por qué, hija?
—Le ha mandado hacer gárgaras.

ÁRBOLES HISTÓRICOS

Diseñados por el mundo hay numerosos árboles, que, bien a causa de su antigüedad o por los recuerdos a ellos unidos, han conquistado, por decir así, una existencia histórica. Examinemos los principales, comenzando por los siete cedros del Líbano.

Estos patriarcas del reino vegetal, de algunos de los cuales se afirma que proporcionaron madera al rey Salomón para la construcción de su célebre templo, se elevan en un lugar llamado *El-Herze*, sobre una estrecha meseta del Líbano. Tienen de 20 a 30 metros de altura, cubriendo las ramas del más viejo una circunferencia de más de 40 metros. Durante la primavera son estos árboles visitadísimo por peregrinos rusos y maronitas, celebrándose grandes fiestas religiosas al pie de los mismos, para lo cual se erigen altares junto a los robustos troncos. No tan vetusto como los siete contemporáneos del autor del *Cantar de los cantares*, el cual es oportuno recordar que vivió mil años antes de la Era cristiana, es el olivo de Platón, árbol veneradísimo en toda Grecia. Hállase éste a orilla del río Cefiso, en las mismas puertas de Atenas. Pretende la tradición, y lo afirma severamente una lápida de mármol situada cerca del histórico árbol, que bajo las ramas de aquel olivo explicaba diariamente sus doctrinas, el filósofo Platón a sus numerosos discípulos.

De ser cierto lo afirmado por la tradición, el referido árbol contaría al presente la friolera de dos mil trescientos y pico de años; antigüedad respetable que pueden atestiguar lo descortezado, desnudo y seco del tronco, y lo nudoso y múltiple de las raíces, las cuales pugnan por salir a la superficie del suelo en enroscada maraña semejante a un nido medio soterrado de culbras. Un centenario de la misma clase atrae la curiosidad de los turistas en la isla de Corfú. Hállase emplazado cerca del arroyo donde, según Homero, comprendió el héroe Ulises que era necesario cubrir su desnudez un tanto primitiva, con unas cuantas ramas, a fin de poder presentarse decorosamente a la divina Nausicaa. Un poco antes de llegar a la misera aldea de Materceyeh, en Egipto, y a corta distancia del camino público, hay un huertecillo con pretensiones de jardín. El lugar en cuestión tiene grandísimo interés para el viajero no obstante lo insignificante de su aspecto, pues allí se enseña a la curiosidad piadosa el sicómoro bajo el cual descansó la Sagrada Familia en su huida a Egipto. Es un árbol todavía muy hermoso, aunque en extremo maltratado tanto por los devotos como por los profanos, quienes han rivalizado en arrancarle astillas o en hacer incisiones en el tronco hasta el extremo de causarle gravísimas lesiones. El árbol de la Virgen, nombre con que es universalmente conocido, hubiera muerto ya hace muchos años, de no recurrir el actual propietario, un copto muy listo al ingenioso expediente de rodearlo de una valla. De este modo no sólo se impide que los visitantes arranquen ramas o pedazos de corteza, sino que toda persona deseosa de registrar su presencia puede grabar su nombre sobre la madera de la valla, satisfaciendo así su vanidad sin dañar al antiquísimo árbol.

El castaño del Etna es otro individuo de la especie vegetal que disfruta extenso renombre, por ser el árbol más voluminoso de Europa. Como que mide nada menos que 53 metros de circunferencia, suponiendo los botánicos que el enorme tronco es un agregado natural de cinco árboles que oprimiéndose simultáneamente a medida que fueron creciendo, acabaron por soldarse y quedar reunidos bajo una misma corteza. Este castaño monstruo es denominado en el país, *de cento cavalli* (de los cien caballos) desde que la reina doña Juana de Aragón sorprendida en el Etna por una tempestad horrorosa se refugió bajo dicho árbol con cien personas de su comitiva.

No menos interesantes para el viajero en Italia son el Laurel de Virgilio y la encina del Tasso. Encuéntrase el primero en el camino de Pouzzole, cerca del monte

Pausilipo, y fué plantado, según la tradición, por el inmortal Petrarca sobre la tumba del gran poeta latino. La segunda está en Roma no lejos del monte Pincio, y es fama que bajo sus espesas ramas compuso el Tasso su *Jerusalén liberada*.

El plátano de Bujukderé, o de Godofredo de Bonillon es célebre en todo Oriente. Elévase majestuosamente en un delicioso valle a 12 kilómetros de Constantinopla. Nadie diría al verlo cubierto de hojas, erguido, robustísimo, que su sombra cobijó hace 811 años la tienda de campaña del valeroso caudillo que dirigió la primera cruzada.

Ha alcanzado también merecida celebridad el árbol de la Noche triste, en Méjico. Cuenta la Historia que en la terrible insurrección de los mejicanos en 1520 contra el gobernador Alvarado, tuvieron los españoles que huir de la ciudad. Hernán Cortés, después de luchar como un héroe mitológico en los puntos de mayor peligro, se detuvo un momento en la aldea de Popotla, a media legua de la capital, a contemplar la retirada, y arrojándose a un árbol (un ahuchete), derramó amargas lágrimas en presencia de aquel tremendo desastre. En Wols-trop, Inglaterra hay un árbol que inspira a los naturales una profunda veneración: es el manzano de Newton, cuya celebridad arranca del hecho siguiente: hallándose una tarde tendido bajo su sombra el gran matemático, vió caer a sus pies una manzana. Aquel hecho tan sencillo sugirió a Newton la idea de la gravitación universal. También debe mencionarse entre los árboles interesantes desde el punto de vista histórico, el llamado de los *genizaros* en el palacio imperial viejo de Constantinopla, y que tiene una leyenda trágica muy parecida a la del salón de Abencerrajes de la Alhambra de Granada. Terminemos esta enumeración incluyendo el fa-

moso ciprés de la Sultana en el Generalife granadino, y que como el árbol de los genizaros, posee una tradición de amores y de sangre; tradición que ha sido puesta en tela de juicio por los historiadores, quitando al vetusto ciprés todo su atractivo pintoresco.

La primera fotografía al magnesio

Probablemente serán pocas las personas que sepan que la primera fotografía hecha con luz artificial se tomó el día en que se casó Eduardo VII, de Inglaterra, y que conservaba el fotógrafo Mr. Joseph Byron, un inglés que pasó veinte años en Nueva York.

El asunto tomado fué una gran multitud de gente que estaba viendo unos fuegos artificiales, quemados en celebración de la boda del príncipe y de la princesa de Gales.

Por aquel entonces Mr. Byron era casi un muchacho, pero ya dominaba perfectamente la fotografía, y ya había ideado el hacer algunas con luz artificial; pero como al exponer su pensamiento se rieron de él, tomó la determinación de hacer en secreto el primer ensayo; esperó a que oscureciese, y montó el trípode en un lugar desierto, pero desde el cual se podía tomar una buena vista de la multitud y una vez puesta a foco la máquina colocó el chasis, abrió de par en par el obturador del objetivo, y tomando un palo de escoba, en el que había clavado varias tiras de cinta de magnesio, las encendió con un fósforo.

Al resplandor todos volvieron el rostro para ver de dónde procedía. Pero nadie creyó que se estaba sacando una fotografía. Cuando se exhibió la prueba positiva despertó gran interés, y los periódicos dieron cuenta de sus "maravillosos experimentos en fotografías nocturnas".



Es posible que todavía no haya usted encontrado el perfume que reúna las condiciones de clase y calidad, de acuerdo con su gusto. En tal caso, pruebe cualquiera de los extractos ANITRA, MARLISE o SI TW VOULAIS...!, deliciosos productos de la

PERFUMERÍA MENDEL

en la seguridad de que han de satisfacerle plenamente, si sus deseos son los de hallar artículos que unan a su clase selecta, las características del perfume sutil, delicado y de exquisito buen gusto, que prefiere el refinamiento de las gentes distinguidas.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires.—Guardia Vieja, 4439
Montevideo.—Cerrito, 673

PÁGINAS OLVIDADAS ANÉCDOTAS, por Roberto J. PAYRÓ

En las primeras horas de la mañana del día 13 de enero de 1816, el general San Martín, acompañado de uno de sus asistentes de confianza llamado Pedro Mohando, llegaba a la puerta de un rancho ubicado en la parte norte de los alrededores de la ciudad de Mendoza.

Hallábase establecido en este rancho un pequeño "boliche" perteneciente al emigrado chileno D. José Ignacio Zenteno, que lo atendía personalmente, no contando, a la sazón, con otros recursos para ganar su subsistencia y la de los suyos.

San Martín tocó ligeramente la puerta, medio entornada aún, penetró en la sala de despacho y pidió a la chiquilla que se ocupaba en hacer la limpieza, que anunciara al propietario su visita. Así lo hizo la niña y pocos momentos después acudía éste entre gozoso y asombrado del honor que recibía.

Zenteno conocía personalmente a su visitante; varias veces había hablado con él de los anhelos de Chile y de la importancia real de sus hombres principales. A su vez, el general conocía a Zenteno; lo había estudiado con esa penetración que en todo momento fué la poderosa auxiliar de su genio y sabía de él que podía llegar a ser un elemento de primer orden en la obra gigantesca de independizar a la América.

Cumplidos los primeros saludos, San Martín entró en materia, diciendo:

—Amigo, necesito un hombre decidido a sacrificarse por la causa de la libertad y la de Chile, y vengo a que usted me lo indique de entre sus compatriotas residentes en Mendoza o en San Juan. El asunto urge, así es que le ruego haga su elección ahora mismo.

—Perdóneme, general, si le hago una pregunta quizá impertinente. ¿Esa comisión proporcionará recompensas personales?

—Creo que sí; posiblemente el comisionado morirá de hambre o de frío o atravesado por balas enemigas en algún desfiladero de nuestra vieja cordillera...

—Muy bien, señor, ya he elegido; se llama José Ignacio Zenteno y antes de una hora se presentará en su despacho a recibir órdenes. Prevengale que irá armado y equipado como para entrar en campaña.

—Muchas gracias, mi amigo—repuso San Martín—pero usted no puede ser: tiene otro deber ineludible, el de velar por los que dependen de su trabajo diario y aun no ha llegado el caso de olvidarlo todo. Déme otro candidato.

—Si esa es su opinión no insisto, por el momento, pero le ruego que me conceda un poco de tiempo para pensar; a mediodía iré a llevarle mi respuesta.

Separáronse los dos patriotas después de un afectuoso apretón de manos.

Antes del plazo fijado, Zenteno se presentaba en el despacho de San Martín, pidiendo hablar con él al ayudante de servicio; fué introducido sin tardanza, y al encontrarse en su presencia le dijo:

—General, acabo de encontrar recursos que me han permitido asegurar a mis pequeños, dos años de sustento: un vecino me ha comprado mi "boliche"; he distribuido su importe y por tanto ya no me necesitan mo-

mentáneamente. Vengo a recibir sus instrucciones.

—¡Pero Zenteno! ¿por qué ha hecho esto?

—General, porque creo que el hombre antes que pan debe dar patria a los suyos.

—Zenteno—exclamó el libertador—usted fué siempre mi candidato; quiero que usted sea desde hoy el secretario del ejército de los Andes.

El 29 del mismo mes de enero el gobierno nombró a Zenteno para desempeñar tal empleo con el sueldo mensual de 25 pesos fuertes.

Más tarde San Martín fué el héroe de un Continente y Zenteno el patriota abnegado a quien debe su patria buena parte en la organización de su ejército y armada.

Colocado el ejército de los Andes bajo un pie de organización y disciplina que lo hacían considerar como una fuerza de primera magnitud en la obra de la independencia americana, el general San Martín juzgó que era indispensable, para asegurar el éxito de la campaña que iba a em-

Esta medida causó gran contento entre el mayor número de los auxiliares, que eran partidarios del nuevo jefe en contraposición de la minoría que era carrerina, pero a la vez despertó antiguas rencillas locales que únicamente la nobleza de la causa que los reunía en un solo cuerpo pudo acallar.

Sucedió que una tarde, después de la instrucción, un grupo de oficiales chilenos se hallaba reunido en la vivienda que ocupaba O'Higgins y se departía amigablemente sobre asuntos de la tierra amada, considerando las causas diversas que habían influido para que aun no fuera libre.

Del diálogo tranquilo se pasó al animado y tras éste vinieron los conceptos agrios, siendo precisamente O'Higgins uno de los más exaltados.

De pronto un oficial, pariente próximo de Carreras, se puso de pie y dijo:

—Señor, comprenderá usted que con el grado de general, sus honores y su paga, resulta cómodo hacer el papel de víctima de la ingratitud humana y mártir de la patria.

mente a la elección de las armas.

¡Y ahora, señores oficiales, a formar y que el Dios que está leyendo lo que pasa en mi alma conduzca nuestra bandera por el camino de la gloria!

Dos lágrimas asomaron a sus ojos, que no cayeron en tierra porque las recogió la arrogante cabeza del ofensor que se echó al cuello de su general.

La resolución adoptada por el consejo de oficiales del ejército de los Andes, reunido en Rancagua el 2 de abril de 1820, después de considerar la renuncia que del mando supremo hacía San Martín, creyéndose despojado de su autoridad en vista de la caída del gobierno argentino que se la había conferido, tiene, ante la historia, dos profundos significados: el primero, es el enaltecimiento de la personalidad del general en jefe, que desde el momento en que sus subordinados ratificaron su posición de mando venía a ser el capitán de legiones que le pertenecían y que a una orden suya estaban dispuestas a acometer cualquier empresa, y el segundo, la manifestación implícita de que la obra de la emancipación no debía terminar en las orillas del Mapocho.

Al firmarse el acta de Rancagua el ejército comenzó a llamarse de los Andes y Expedicionarios y esta resolución no hacía sino apoyar la idea de San Martín, que consideraba como ineludible el deber de realizar la expedición al Perú y así la significó al aceptar la decisión de sus compañeros. Por este motivo es que, sintiéndose fuerte, empujó a O'Higgins, director supremo de Chile, por medio del oficio del 13 de abril de 1820 a que resolviera en término perentorio sobre la suerte de esa expedición, que, por otra parte, era reclamada por principios de alta política y seguridad pública.

Cochrane, almirante al servicio de Chile, terror del mar, que había recorrido las vastas extensiones del soberbio océano llevando la victoria atada a la boca de sus cañones, que había asolado las costas enemigas como un turbión que desgaja selvas seculares, que corría tras el peligro como un sensual de la gloria que era guerrero y no político, que era maza y no pensamiento, quería amenguar, por todos los medios, la importancia efectiva y manifiesta de San Martín. Como éste, aquél era entusiasta por la expedición al Perú, pero bajo una forma distinta que la asemejaría más a una empresa filibustera que a una cruzada libertadora; y como en el espíritu de los hombres dirigentes existía el convencimiento de que ella debía efectuarse aún a costa de los mayores sacrificios, se apresuró a presentar al gobierno del estado su plan de campaña pidiendo, a la vez, el mando supremo.

Pero ocurría que también el gobierno consideraba que San Martín era insustituible, por razones muy poderosas, y aun menos por Cochrane



prender, crear en territorio chileno, es decir, en el mismo centro realista, otro auxiliar que en momento oportuno secundara el empuje de las legiones argentinas dispuestas a tramonatar los Andes.

Las unidades adiestradas en el campo de Plumerillo eran esencialmente argentinas, pero como convenía no desaprovechar el contingente de los emigrados de ultracordillera, organizó con ellos el plantel de los cuerpos que habían de llenar sus cuadros con los patriotas que esperaba se le reunirían apenas abriera campaña y pisara suelo aun sometido a la corona. De una manera indirecta formó así el ejército de Chile con jefes, oficiales y soldados de esa nacionalidad.

Naturalmente se imponía la presencia en las filas de un jefe chileno caracterizado, y San Martín llamó a O'Higgins, haciéndolo reconocer por medio de la orden del día del 20 de enero de 1816, en el grado de general.

DE H. G. WELLS

Se ha dicho que H. G. Wells es el novelista contemporáneo más leído del mundo. Es un éxito legítimo. Eminente por las más diversas cualidades, el escritor inglés cultiva también un delicioso humorismo, que gustarán nuestros lectores leyendo en el próximo número "El robo en el parque de Hammerpond".

En el cambio de estación

pocos son los que se salvan de un resfrío con su correspondiente dolor de cabeza; la Aspirina Rin-Rin elaborada con droga alemana purísima le evitará cualquier malestar y su envase herméticamente cerrado está fuera de contagio. En tubos de 7 tabletas, 45 centavos, en tubos de 15, 85 ctvs.

— En venta en todo el país —

a quien le faltaban tantas condiciones para el cargo.

Así, pues, no fué atendido en su demanda y como el lenguaje de alguno de sus oficios fuera demasiado vivo, estuvo a punto de ser destituido, logrando el general argentino precisamente suavizar el rigor de la negativa.

El 6 de mayo de 1820 el gobierno nombró a San Martín generalísimo de la expedición al Perú, y el primer paso que éste dió fué procurarse la buena voluntad de Cochrane, a quien reputaba como un auxiliar de gran valimiento dentro de la acción que lógicamente le debía corresponder, y para quien no guardaba el más mínimo rencor, a pesar de la apasionada oposición que éste le había hecho, quizá comprendiendo con su notable penetración para juzgar de los hombres y de los sucesos, que más que malevolencia obedeció tal campaña a inconscientes arrebatos de un corazón fogoso.

El general se trasladó a Valparaíso para conferenciar con el almirante. La última conferencia se efectuó el 27 de mayo y, aunque breve, fué fructífera. En presencia uno de otro, San Martín habló el primero, diciendo:

—Almirante, el resultado de la expedición al Perú, cuyo mando supremo se me acaba de conferir, depende en gran parte de su buena voluntad...

Y como Cochrane quisiera interrumpirle, el general argentino agregó:

—...ruégole que me permita terminar. Usted es el caudillo de la escuadra; su nombre, al mezclarse en cualquier empresa, representa la mitad del éxito, y yo, apóstol de una idea en estos países que surgen de entre el fragor de las batallas, vengo a pedirle su aliento y su fe para esta causa, que es la de la civilización, del progreso y de la libertad. Hasta mí han llegado sus enconos; pero como yo no pido ni doy explicaciones sobre estos asuntos, los dejo de lado para decirle: ¿Será posible que el noble paladín de ambos mundos reniegue en un momento determinado de las tradiciones de su vida, nada más que por no formar en las filas al lado de un capitán que ha tenido la fortuna de atravesar vencedor la cordillera de los Andes? ¿Será posible que el fulgor de su gloria militar le impida ver la verdadera naturaleza de esta empresa, ante la cual, usted almirante y yo general en jefe no somos sino figuras secundarias, puesto que sólo se va buscando la felicidad de medio continente y no el enaltecimiento de determinadas personas?...

—¿Me empeña usted su palabra de que tras esta expedición no se ocultan intereses individuales?—preguntó Cochrane.

—Así le he asegurado y no debería repetirlo, porque mi palabra es sagrada; pero a usted, almirante, por las circunstancias especiales en que nos encontramos, se la empeño.

—Señor general, tiene usted un corazón más grande que el volumen de mis victorias. No sé si alguna vez llegaremos a ser amigos; pero mientras tanto ordene a su subordinado, que de almirante o de grumete, no ha de mezquinar su sangre, siempre que se trate del triunfo de la revolución!

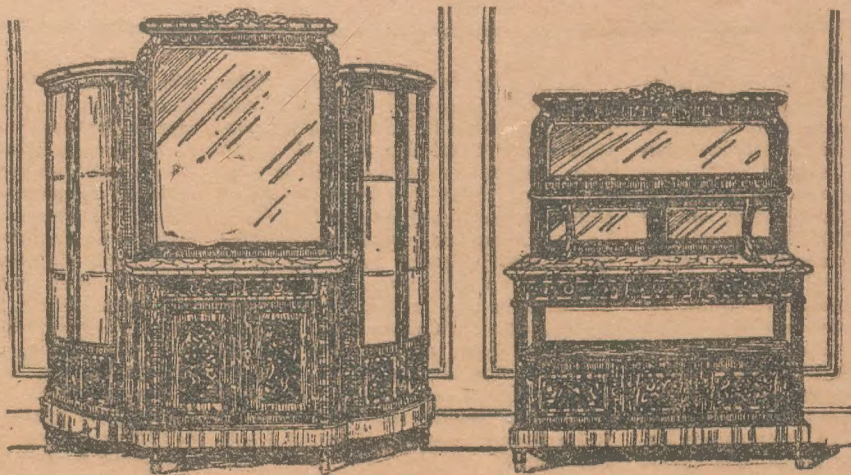
—Gracias, milord; es usted el paladín que yo sabía...

—Y usted la espada y la cabeza predestinadas...

Al día siguiente San Martín noticiaba a O'Higgins de sus arreglos con Cochrane, terminando su carta con estas palabras: "El triunfo de nuestra causa es claro como el cielo de nuestras patrias".

Y a fe que los hechos le han dado la razón.

MUEBLERIA "CASA AMARILLA"



Regio juego comedor en roble N. A. o cedro caoba compuesto de aparador, trinchante, mesa 3 tablas y 12 sillas \$ 1.000

PEDIR CATÁLOGO PARA EL INTERIOR. — EMBALAJE GRATIS

CANGALLO, 656

JUAN L. ROCHE
BUENOS AIRES

Asia, la cuna del mundo

La tercera expedición Asiática del Museo Americano de Historia Natural, dirigida por Roy Chapman Andrews ha alcanzado ya una de sus finalidades, demostrando que Asia es la cuna del mundo. Aunque esta teoría había sido desarrollada desde hacía largo tiempo, es ésta la primera prueba científica que se obtiene.

Para los profanos, la prueba consiste tan sólo en una cantidad de huesos fosilizados, desenterrados por unos señores curiosos en la estepa de Mongolia, pero, según parece, para los hombres de ciencia, acostumbrados a calcular en cientos de miles de años, estos restos son algo evidente.

Se viene ahora a verificar la hipótesis emitida en 1900 por Henry Fairfield Osborn, director del mismo Mu-

seo, basada entonces en el hecho de haberse encontrado dos grandes depósitos de restos de animales de los comienzos de las edades primarias, en dos puntos remotos uno de otro: en Europa, y en las Montañas Rocallosas de Estados Unidos.

La tesis del doctor Osborn era que no podían haberse originado en los mismos lugares donde habían sido hallados, porque se hubieran trasladado hacia el oeste de Europa o hacia el Este de América durante el primer período de dispersión. Tenían, por consiguiente, que haberse originado en algún intermedio, que por medio de cálculos y mapas el doctor Osborn decidió que era determinado punto del Asia.

El informe de Mr. Andrews está contenido en una carta fechada el 9 de mayo en Urga, en la Mongolia

superior. La expedición había partido de Pekín un mes antes, atravesando el desierto en camiones hacia Turín, donde esperaba encontrar una caravana de 75 camellos enviada por delante.

En un punto situado entre Malgan y Urga, en Mongolia, la atención de los exploradores fué atraída por algunos restos geológicos aparentemente interesantes y se decidió detenerse allí por unas horas. Mientras se preparaba la comida, los geólogos de la expedición — Walter Granger, Charles P. Benkey y Frederik Morris, — recorrieron los alrededores descubriendo a poco algunos huesos de dinosaurios. Era el primer hallazgo de reptiles gigantes en el norte de Asia.

La región parecía tan interesante que Mr. Andrews dejó a los geólogos inspeccionándola y continuó su viaje hacia Turín, 154 millas al sur de Urga, con el resto de la expedición. Siguió con la caravana con intención de internarse en el corazón de Asia, pero recibió entonces comunicación de los geólogos que lo decidieron a regresar de prisa.

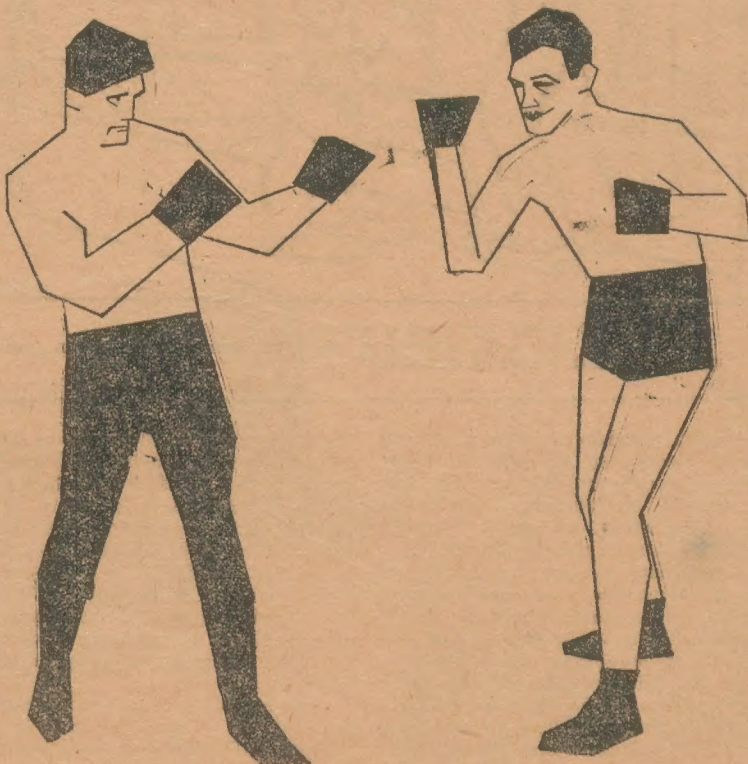
Estos habían encontrado interesantísimos despojos, entre ellos restos de dinosaurios en profusión, correspondientes al período Crustáceo y extrañamente parecidos a los huesos encontrados en Europa y en las Montañas Rocallosas.

Sobre las capas donde estaban estos huesos, encontraron también mamíferos fósiles de comienzos del período Terciario y sobre éstos, fósiles correspondientes al período Mioceno o período intermedio. Junto con estos se encontraron otros de un mamífero gigante, desconocido en Europa o América y cuyo único otro espécimen conocido es un fósil encontrado en Baluchistan, sudoeste de la India, y llamado Baluchitherium. Es el animal terrestre más grande que se conozca.

Se hallaron también restos de rinocerontes, inmensas tortugas, grandes carnívoros, cocodrilos y muchos otros animales que son un índice precioso para el estudio de la evolución geológica del continente asiático.

Se espera que esta expedición, — que continuará todavía por cuatro años más, — y que va a actuar en un territorio prácticamente inexplorado hasta hoy por los hombres de ciencia, marque época en la historia científica y contribuya al descubrimiento del "eslabón que falta" de la especie humana entre el mono y el hombre.

EL CUBISMO EN EL BOX



Firpo y Brennan, caricaturados por el paraguayito César Sosa Escalada.

EL BESO DE CARLOTA CORDAY

La casa que habitó en París durante el breve espacio de una noche y un día Carlota Corday, va a ser demolida en breve. Es el edificio señalado con el número 17 en la calle de Vieux-Augustins, hoy fábrica de colores y betunes, y modesta hostería en los tiempos de la revolución sangrienta. Era el mes de junio de 1793. El Terror reinaba con Marat, el tigre carnívoro e insaciable. Algunos Girondinos, los moderados de la Convención, habían llegado a la ciudad de Caen, y allí conspiraban contra la odiosa "Montaña". Eran Barbaroux, Pétion, Valazé y el general Wimpffen. Este último se comprometía a llevar sobre París 60.000 patriotas normandos encargados de restablecer la representación nacional y acabar con la anarquía y la larga serie de asesinatos políticos.

Mientras fermentaban en la tranquila ciudad normanda estos gérmenes de contra-revolución favorecidos por los mismos elementos realistas, dos pobres mujeres, la vieja señorita de Breteville y la noble aunque pobrísima doncella Carlota Corday, oían con las lágrimas en los ojos y el corazón en duelo, las noticias de persecuciones y de suplicios que llegaban de París al fondo de la casi conventual casita donde ambas habitaban.

Carlota, una erudita y una soñadora, cuyo espíritu se había formado en las lecturas de Tito Livio y Salustio, Plutarco y Rousseau, palidecía de noble indignación cada vez que el girondino Barbaroux, con su verbosidad meridional, describía ante los buenos patriotas congregados misteriosamente en la morada de Mlle. de Breteville los horrores de París. En el alma, simple y complicada al mismo tiempo, de Carlota Corday, comenzó a echar raíces un propósito: suprimir a Marat para restaurar el orden. Una noche había oído decir a uno de los contertulios, cierto virtuoso sacerdote, víctima del odio sectario: "Si una cristiana, fortalecida con la fe de los mártires, marchase al encuentro de Marat y le hablase de Dios, quizá cambiara el aspecto de las cosas"... Y Carlota Corday, volviendo hacia el sacerdote su mirada azul y serena, sonrió y calló, fuerte en su resolución. Ella sería quien hablase al tirano y quien, si éste cerraba los oídos a la voz de la verdad y de la justicia, se encargaría de vengar la muerte de las tres mil víctimas que ya tenía a su cuenta el régimen del Terror. Todavía dudó algo Carlota Corday en poner por obra su propósito. Pero el fracaso de los planes militares de Wimpffen, a cuyo llamamiento de concentración sólo acudieron diez y siete federados, acabó de decidir a la joven. Cenando aquella noche con su vieja parienta la Breteville y unas amigas, habló de un viaje que debía realizar en breve a París. Y con su voz musical y tranquila, empezó a despedirse y a distribuir algunos recuerdos personales: los aretes de oro de sus lindas orejas, lazos de seda y un abanico, que más tarde fueron otras tantas reliquias. Después subió a su cuarto y encendió la chimenea, confiando a la llama devorante, cartas, libros, quizá memorias de amor... Hecho esto, cogió la Biblia y se puso a leer. El libro se había abierto casualmente por este pasaje: "Y Judit, sin más atavío que su belleza, marchó a la tienda de Holofernes"... Veinticuatro horas más tarde, Carlota Corday, la heroína normanda, llegaba a París y se hospedaba en el número 17 de la calle de Vieux-Augustins. La "tienda de Holofernes" no estaba muy lejana.

Era una tarde de julio bonancible. Su deseo de orientarse en la gran colmena parisiense la llevó bajo los pórticos del "Palais-Royal", el punto más frecuentado entonces de la ciudad. Una turba de descamisados y calceteros pasó cantando el "Ça ira". La provinciana se asustó, y para dejar que pasase la horda, refugióse en la tienda de un cuchillero... Sería aquello también una indicación providencial?... Carlota Corday debió preguntárselo, y como contestación, compró un sólido cuchillo de cocina, de hoja ancha y aguda punta. Pertrechada del argumento decisivo contra Marat, se fué a dormir a su cuartito del Hotel Providence.

Por dos veces le fué negada al día siguiente la audiencia que había solicitado de Marat anunciándole en el escrito su propósito de revelar los nombres de los conspiradores de Caen. Al fin, y no sin sostener un altercado con Simona Evrard, la amante de Marat, es admitida a la presencia del "Amigo del Pueblo". El tribuno se

dón. Marat, ávido, interroga con astucia a la hermosa joven, se hace repetir detalles, y comienza a escribir nombres en la lista fatal. Fatigado por el esfuerzo que acaba de hacer, se reclina un momento en el baño, y tendiendo los brazos desnudos y musculosos hacia Carlota, exclamó:

—¡Bien, ciudadana!... Acércate y dame el beso cívico. Has merecido bien de la patria. No pasarán muchas horas sin que todos estos nombres me dictas, sean guillotinos.

Roja de vergüenza y de rabia, Carlota se acerca de un salto a la bañera. Con rápida acción, busca el cuchillo oculto en su seno y lo hunde hasta el mango en el corazón del monstruo. Fué su "beso cívico" al "Amigo del Pueblo". Este expiró a los pocos segundos, lanzando antes un grito desgarrador... El drama se había desarrollado en diez minutos escasos.

En poco estuvo que Carlota Corday no pereciese junto al cadáver de su víctima, destrozada por la muchedum-

NO HAY QUE HACER EXCESOS

No es sólo la mala calidad de los alimentos lo que provoca las enfermedades del estómago, es también la cantidad, es decir el abuso que da origen a las malas digestiones y al ardor, dolor, acidez, pesadez, etc.

Cuando se sienten estas molestias, es muy fácil corregirlas de inmediato, acudiendo a una cucharadita de bicarbonato cáptico disuelta en media copa de agua, lo cual suprime rápidamente cualquier molestia del tubo digestivo.

Bicarbonato cáptico se halla en todas las farmacias.

con todos los Marats?—le preguntó el fiscal.

—Muerto ese, los demás tendrán miedo—repuso la valerosa normanda.

Los debates no podían ser largos. El Tribunal se apresuró a dictar sentencia, tiempo que la acusada invirtió dejándose retratar complaciente y serena por el pintor Hauer, que estaba en la tribuna pública; retrato que, concluido el día inmediato en la prisión de la Conserjería, pocos momentos antes de marchar al cadalso Carlota Corday, figura actualmente en la galería de Versalles.

Una tormenta espantosa estalló en el mismo instante de subir la sentenciada en la lúgubre carreta; pero al llegar la comitiva a la altura del Palais-Royal, despejóse el cielo, pudiendo contemplar entonces la muchedumbre el tranquilo y sonriente rostro de Carlota. Esta conservó su digna actitud y su asombrosa serenidad hasta el momento de subir las gradas de la guillotina. La vista de la cuchilla la impresionó un poco; mas, recobrando los ánimos en seguida, se tendió ella misma sobre la báscula, preguntando al verdugo:

—¿Estoy bien así?

Un segundo después, la segur había cercenado aquella hermosa cabeza.

Cuéntase que uno de los ayudantes del verdugo, cierto miserable llamado Legros, al mostrar al pueblo la cabeza exangüe y aureolada por el martirio, cometió la infamia de abofetearla, creyendo adular así los sentimientos populares. Un grito de horror resonó en la inmensa plaza, no sólo por lo cobarde del acto, sino porque todo el mundo vió, o creyó ver, que las mejillas de Carlota Corday se habían coloreado, cual si la indignación del ultraje sobreviviese al suplicio, mientras que los azules y virginales ojos se abrían una postrera vez lanzando al insultador una mirada de desprecio infinito...

El azúcar, como desinfectante

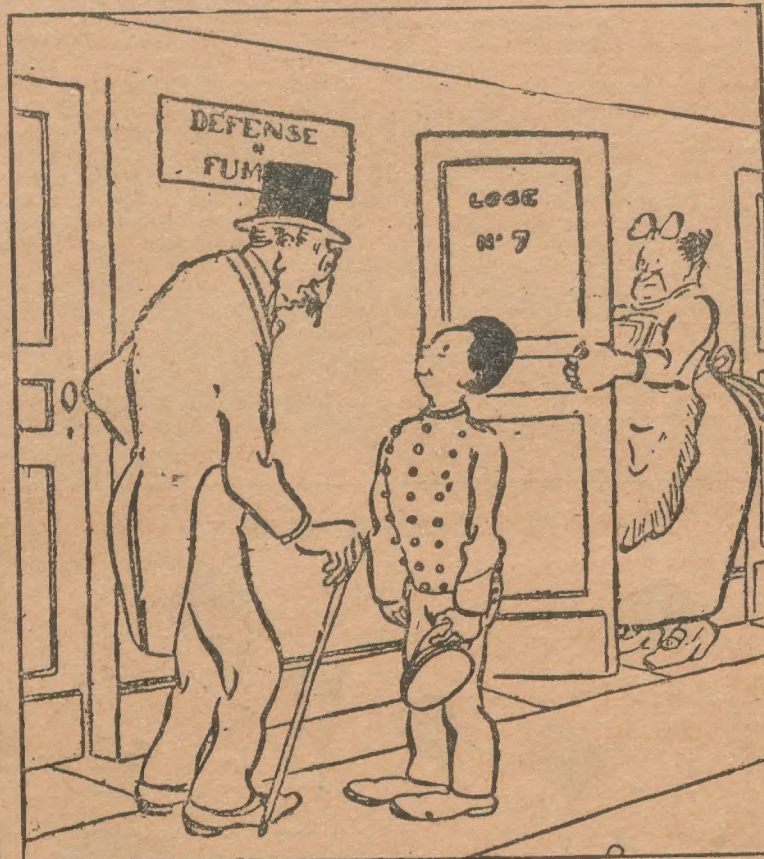
Eso de quemar azúcar para sanear una atmósfera viciada es práctica antiquísima y de resultados excelentes, siquiera fuese ridiculizada por cierto escritor, padre de la frase: "¡Con azúcar está peor!"...

El referido escritor no debía hallarse muy versado en química. De tener algunos conocimientos en la ciencia de Lavoissier y Berthelot, no se hubiera mostrado tan escéptico acerca de las virtudes del azúcar quemado.

Es cosa averiguada, en efecto, que cuando se arroja sobre unas brasas un puñado de azúcar se forma inmediatamente un gas, el aldehído metílico o fórmico, cuyas propiedades antisépticas son más poderosas tres o cuatro veces que las del ácido fénico.

Y he ahí cómo los antiguos, procediendo empíricamente, efectuaban una magnífica desinfección quemando azúcar, por lo cual, y siempre que no sea posible procurarse otros desinfectantes, se debe echar mano de tan barato y cómodo sistema.

EL REGALITO A LA TIPLE



—¿Y se alegró mucho cuando vió el estuche?
—¡Mucho! Se puso a dar saltos y le dijo a un joven que estaba con ella: "Toma, empuñalo y paga lo que debes".

encuentra tomando un baño, y para no perder tiempo en su labor de segar cabezas, escribe sobre una tabla, larga relación de individuos que deben ser guillotinos. La nueva Judit ha entrado en la tienda de Holofernes.

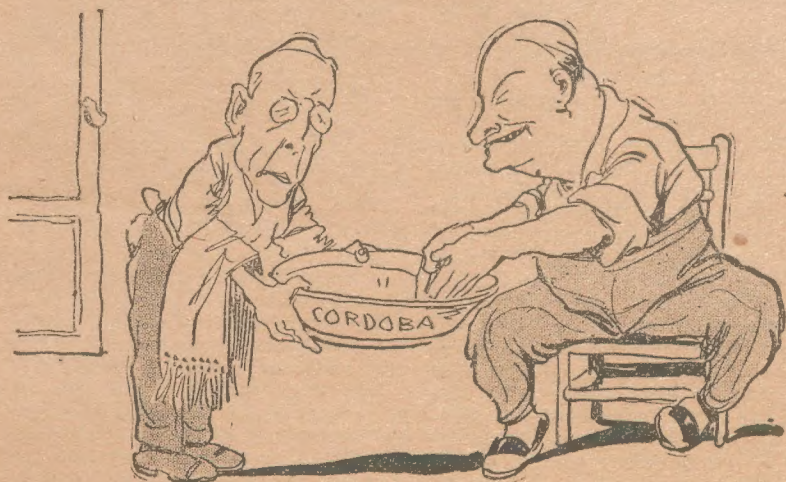
Bien pronto se convence Carlota de que la compasión es una palabra vana en la boca de Marat, contraída por la envidia. Advierte también que la lengua del tribuno pasa una y otra vez sobre los labios gordos y negruzcos, semejantes a belfos de animal carnívoro. Ella no se intimida, sin embargo, y trata de apiadar a Marat describiéndole la triste existencia de los Girondinos en el destierro, cuyo escondite puede revelarle a cambio de un per-

bre enfurecida. A duras penas consiguió la Guardia Nacional libertar de una muerte horrenda a la homicida, quien, agarrada, golpeada y escarnecida por el populacho, sufrió terrible calvario hasta llegar a la prisión de la Abadía. El 17 de julio compareció Carlota Corday ante el Tribunal Revolucionario. A las preguntas del fiscal, el sanguinario Fouquier-Tinville, contestaba con gran entereza:

—He matado a Marat para castigar sus crímenes y para devolver la paz a Francia. He dado muerte a un hombre, es cierto; mas ha sido para evitar que perezcan cien mil.

—¿Es que piensas haber acabado

MOTIVOS DE SEMANA SANTA



Se lavó las manos como Pilatos.



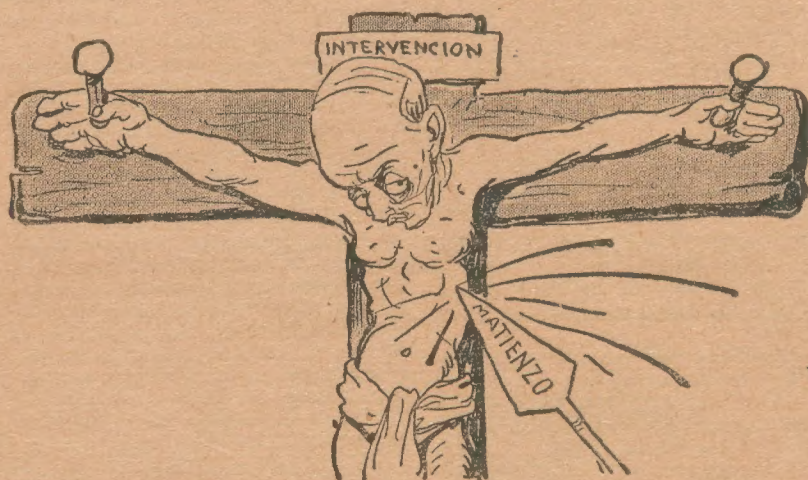
Las siete palabras.



Torino en el Monte de los Olivos.—Che, mozo, tráigame más aceitunas.



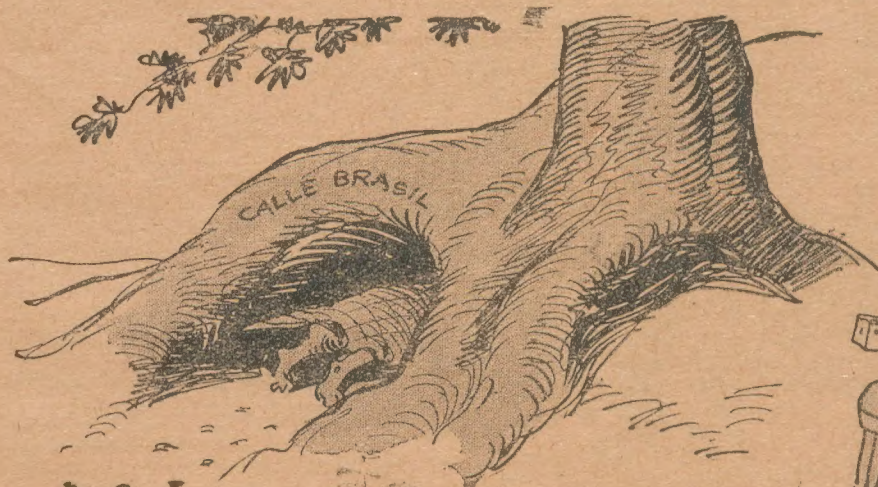
Un escriba.



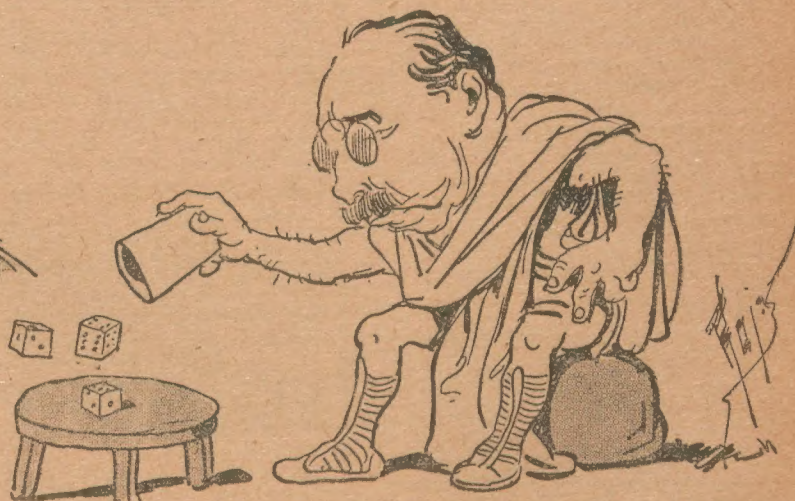
Consumatum est, dijo Julito Roca.



—¡Qué programa de Soledad... en el gabinete!



Tinieblas.



Los mercaderes del templo.—¡Así somos los Gómez!

Dib. de Rojas.

LA TRISTEZA, por Antón CHEJOV

La capital está envuelta en las penumbras vespertinas. La nieve cae lentamente en gruesos copos, gira alrededor de los faroles encendidos, se extiende, en fina, blanda capa, sobre los tejados, sobre los lomos de los caballos, sobre los hombros humanos, sobre los sombreros.

El cochero Yona está todo blanco, como un aparecido. Sentado en el pescante de su trineo, encorvado el cuerpo cuanto puede estarlo un cuerpo humano, permanece inmóvil. Diríase que ni un alud de nieve que le cayese encima le sacaría de su quietud.

Su caballo está también blanco e inmóvil. Por su inmovilidad, por las líneas rígidas de su cuerpo, por la ticsura de palos de sus patas, parece, aun mirado de cerca, un caballo de dulce de los que se les compran a los chiquillos por un copec. Hállase sumido en sus reflexiones: un hombre o un caballo, arrancados del trabajo campestre y lanzados al infierno de una gran ciudad, como Yona y su caballo, están siempre entregados a tristes pensamientos. Es demasiado grande la diferencia entre la apacible vida rústica y la vida agitada, toda ruido y angustia, de las ciudades relumbrantes de luces.

Hace mucho tiempo que Yona y su caballo permanecen inmóviles. Han salido a la calle antes de almorzar; pero Yona no ha ganado nada.

Las sombras se van adensando. La luz de los faroles se va haciendo más intensa, más brillante. El ruido aumenta.

—¡Cochero!—oye de pronto Yona.—¡Llévame a Viborgskaya!

Yona se estremece. Al través de las pestañas cubiertas de nieve ve a un militar con impermeable.

—¿Oyes? ¡A Viborgskaya! ¿Estás dormido?

Yona le da un latigazo al caballo, que se sacude la nieve del lomo. El militar toma asiento en el trineo. El cochero arrea al caballo, estira el cuello como un cisne y agita el látigo. El caballo también estira el cuello, levanta las patas, y, sin apresurarse, se pone en marcha.

—¡Ten cuidado!—grita otro cochero invisible, con cólera.—¡Nos vas a atropellar, imbécil! ¡A la derecha!

—¡Vaya un cochero!—dice el militar.—¡A la derecha!

Siguen oyéndose los juramentos del cochero invisible. Un transeunte que tropieza con el caballo de Yona gruñe amenazador. Yona, confuso, avergonzado, descarga algunos latigazos sobre el lomo del caballo. Parece aturdido, atontado, y mira alrededor como si acabase de despertarse de un sueño profundo.

—¡Se diría que todo el mundo ha organizado una conspiración contra ti!—dice con tono irónico el militar.—Todos procuran fastidiarte, meterse entre las patas de tu caballo. ¡Una verdadera conspiración!

Yona vuelve la cabeza y abre la boca. Se ve que quiere decir algo; pero sus labios están como paralizados, y no puede pronunciar una palabra.

El cliente advierte sus esfuerzos y pregunta:

—¿Qué hay?

Yona hace un nuevo esfuerzo y contesta con voz ahogada:

—Ya ve usted, señor... He perdido a mi hijo... Murió la semana pasada...

—¿De veras?... ¿Y de qué murió?... Yona, alentado por esta pregunta, se vuelve aún más hacia el cliente y dice:

—No lo sé... De una de tantas enfermedades... Ha estado tres meses en el hospital y a la postre... Dios que lo ha querido.

—¡A la derecha!—oyese de nuevo gritar furiosamente.—¡Parece que estás ciego, imbécil!

—¡A ver!—dice el militar.—Ve un poco más aprisa. A este paso no llegaremos nunca. ¡Dale algún latigazo al caballo!

Yona estira de nuevo el cuello como un cisne, se levanta un poco, y de un modo torpe, pesado, agita el látigo.

Se vuelve repetidas veces hacia su cliente, deseoso de seguir la conversación; pero el otro ha cerrado los ojos y no parece dispuesto a escucharle.

Por fin, llegan a Viborgskaya. El cochero se detiene ante la casa indicada; el cliente se apea. Yona vuelve a quedarse solo con su caballo. Se estaciona ante una taberna y espera, sentado en el pescante, encorvado, inmóvil. De nuevo la nieve cubre su cuerpo y envuelve en un blanco cendal caballo y trineo.

Una hora, dos... ¡Nadie! ¡Ni un cliente!

Mas he aquí que Yona torna a es-

—¡Palabra de honor!

—¡Oh, tu honor! No daría yo por él ni un céntimo.

Yona, deseoso de entablar conversación, vuelve la cabeza, y, enseñando los dientes, ríe atipladamente.

—¡Ji, ji, ji!... ¡Qué buen humor!

—¡Vamos, vejatorio!—grita enojado el chepudo.—¿Quieres ir más aprisa o no? Dale de firme al gan-
dul de tu caballo. ¡Qué diablo!

Yona agita su látigo, agita las manos, agita todo el cuerpo. A pesar de todo, está contento; no está solo. Le riñen, le insultan; pero, al menos, oye voces humanas. Los jóvenes gritan, juran, hablan de mujeres. En un momento que se le antoja oportuno, Yona se vuelve de nuevo hacia los clientes y dice:

—Y yo, señores, acabo de perder a mi hijo. Murió la semana pasada.

—¡Todos nos hemos de morir!—contesta el chepudo.—¿Pero quieres ir más aprisa? ¡Esto es insop-
table! Prefiero ir a pie.

—Si quieres que vaya más aprisa dale un sopapo—le aconseja uno de sus camaradas.

—¿Oyes, viejo estafermo?—grita el chepudo.—Te la vas a ganar si esto continúa.

EN EL ZOO



—Es el pelicano. Come peces de veinticinco centímetros.
—Pero, ¿cómo hace el pelicano para saber si tienen veinticinco centímetros?

tremecerse: va detenerse ante él a tres jóvenes. Dos son altos, delgados; el tercero, bajo y chepudo.

—¡Cochero, llévame al puesto de policía. ¡Veinte copecs por los tres!

Yona, coge las riendas, se endereza. Veinte copecs es demasiado poco; pero, no obstante, acepta; lo que a él le importa es tener clientes.

Los tres jóvenes, tropezando y jurando, se acercan al trineo. Como sólo hay dos asientos, discuten largamente cuál de los tres ha de ir de pie. Por fin se decide que vaya de pie el jorobado.

—¡Bueno; en marcha!—le grita el jorobado a Yona, colocándose a su espalda.—¿Qué gorro llevas, muchacho! Me apuesto cualquier cosa a que en toda la capital no se puede encontrar un gorro más feo...

—¡El señor está de buen humor!—dice Yona con risa forzada.—Mi gorro...

—¡Bueno, bueno! Arrea un poco a tu caballo. A este paso no llegaremos nunca. Si no andas más aprisa te administraré unos cuantos sopapos.

—Me duele la cabeza—dice uno de los jóvenes.—Ayer, yo y Vaska nos bebimos en casa de Dukmasov cuatro botellas de caña.

—Eso no es verdad!—responde el otro.—Eres un embustero, amigo, y sabes que nadie te cree.

Y, hablando así, le da un puñetazo en la espalda.

—¡Ji, ji, ji!—ríe, sin gana, Yona.—¡Dios les conserve el buen humor, señores!

—Cochero, ¿eres casado?—pregunta uno de los clientes.

—¿Yo? ¡Ji, ji, ji! ¡Qué señores más alegres! No, no tengo a nadie. Sólo me espera la sepultura... Mi hijo ha muerto; pero a mí la muerte no me quiere. Se ha equivocado, y en lugar de cargar conmigo ha cargado con mi hijo.

Y vuelve de nuevo la cabeza para contar cómo ha muerto su hijo; pero en este momento el chepudo, lanzando un suspiro de satisfacción, exclama:

—¡Por fin, hemos llegado!

Yona recibe los veinte copecs convenidos y los clientes se apean. Les sigue con los ojos hasta que desaparecen en un portal.

Torna a quedarse solo con su caballo. La tristeza invade de nuevo, más dura, más cruel, su fatigado corazón. Observa a la multitud que pasa por la calle, como buscando entre los miles de transeuntes alguien que quiera escucharle. Pero la gente parece tener prisa y pasa sin fijarse en él.

Su tristeza a cada momento es más intensa. Enorme, infinita, si pudiera salir de su pecho inundaría el mundo entero.

Yona ve a un portero que se asoma a la puerta con un paquete y trata de entablar con él conversación.

—¿Qué hora es?—le pregunta, melifluo.

—Van a dar las diez—contesta el otro.—Aléjese un poco: no debe usted permanecer delante de la puerta.

Yona avanza un poco, se encorva de nuevo y se sume en sus tristes pensamientos. Se ha convencido de que es inútil dirigirse a la gente.

Pasa otra hora. Se siente muy mal y decide retirarse. Se yergue, agita el látigo.

—No puedo más—murmura.—Hay que irse a acostar.

El caballo, como si hubiera entendido las palabras de su viejo amo, emprende un presuroso trote.

Una hora después Yona está en su casa, es decir, en una vasta y sucia habitación, donde, acostados en el suelo o en bancos, duermen docenas de cocheros. La atmósfera es pesada, irrespirable. Suenan ronquidos.

Yona se arrepiente de haber vuelto tan pronto. Además, no ha ganado casi nada. Quizá por eso—piensa—se siente tan desgraciado.

En un rincón, un joven cochero se incorpora. Se rasca el pecho y la cabeza y busca algo con la mirada.

—¿Quieres beber?—le pregunta Yona.

—Sí.

—Aquí tienes agua... He perdido a mi hijo... ¿Lo sabías?... La semana pasada, en el hospital... ¡Qué desgracia!

Pero sus palabras no han producido efecto alguno. El cochero no le ha hecho caso, se ha vuelto a acostar, se ha tapado la cabeza con la colcha y momentos después se le oye roncar.

Yona exhala un suspiro. Experimenta una necesidad imperiosa, irresistible, de hablar de su desgracia. Casi ha transcurrido una semana desde la muerte de su hijo; pero no ha tenido aún ocasión de hablar de ella con una persona de corazón. Quisiera hablar de ella largamente, contaría con todos sus detalles. Necesita referir cómo enfermó su hijo, lo que ha sufrido, las palabras que ha pronunciado al morir. Quisiera también referir cómo ha sido el entierro... Su difunto hijo ha dejado en la aldea una niña, de la que también quisiera hablar. ¡Tiene tantas cosas que contar! ¡Qué no daría él por encontrar alguien que se prestase a escucharle, sacudiendo compasivamente la cabeza, suspirando, compadeciéndole! Lo mejor sería confárselo todo a cualquier mujer de su aldea; a las mujeres, aunque sean tontas, les gusta eso, y basta decirles dos palabras para que vieran torrentes de lágrimas.

Yona decide ir a ver a su caballo. Se viste y sale a la cuadra.

El caballo, inmóvil, come heno.

—¿Comes?—le dice Yona, dándole palmaditas en el lomo.—¿Qué se le va a hacer, muchacho? Como no hemos ganado para comprar avena hay que contentarse con heno... Soy ya demasiado viejo para ganar mucho... A decir verdad, yo no debía ya trabajar; mi hijo me hubiera reemplazado. Era un verdadero, un soberbio cochero; conocía su oficio como pocos. Desgraciadamente, ha muerto...

Tras una corta pausa, Yona continúa:

—Sí, amigo... ha muerto... ¿Comprendes? Es como si tú tuvieras un hijo y se muriera... Naturalmente, sufrirías, ¿verdad?...

El caballo sigue comiendo heno, escucha a su viejo amo y exhala un aliento húmedo y cálido.

Yona, escuchado al cabo por un ser viviente, desahoga su corazón contándole todo.

EL PERDON, por Eugenia CODRONCHI ARGELI

Dos años antes, la partida de la condesa Parisina Guidi del hogar, a causa de la infidelidad del marido, pareció a todos un bello gesto. Nuevo, original, chic. Sí, porque es muy raro que una mujer, especialmente una dama de la alta sociedad, conceda tanta importancia a la infidelidad conyugal. Una señora se separa del marido si él la maltrata; pero casi nunca se separa si él la engaña. Cosas que suceden, bagatelas, viento que pasa, onda que va... Por eso la fuga de la joven condesa del Palacio Guidi pareció una bella y arriesgada novedad y divirtió al público, el cual aplaudió, como se aplaude un espectáculo que agrada. Pero ahora, después de dos años, tras juicio madurado y reflexión ponderada, la gente empezaba a pensar y a decir que la condesa Parisina habría hecho bien en perdonar a su consorte y en regresar a su hogar. Cristianamente, socialmente, femeninamente debía perdonar. En suma, la opinión pública deseaba la reconciliación de los cónyuges Guidi. ¿Por qué? ¡Bah! Porque la gente juzgaba natural, después de la borrascosa, esa solución pacífica, reposada y moral. Dilettantismo por el cambio, egoísmo colectivo, afición a la emoción y a la tranquilidad, a la vez... pero, en el fondo, cinismo e indiferencia ante el mal ajeno.

Así pensaba la "comparsa"; pero las "primeras actrices" que rodeaban a la condesa estaban de acuerdo, en ese punto, con la "comparsa" y hasta venían a ser los corifeos del coro alzado.

Los padres de Parisina habían acogido en su casa, con brazos abiertos, a la hija y a los dos nietos, en el momento de la "fuga": la habían compadecido, aprobado, cuidado (pues se enfermó realmente) y tratado como si aun fuera una jovencita. Sí, sin duda alguna. Pero ahora, pasada la primera explosión terrible de dolor y de desilusión, pasado el período de abatimiento, recobraba la salud física, y sometidos los sucesos al filtro de la reflexión, los padres pensaban también que la hija debía volver al lado de su marido. Ellos empezaban a envejecer y ese trastorno imprevisto de sus costumbres dulcemente tranquilas, duraba demasiado.

Casada la hija en la misma ciudad, tomaban de ella todo lo bueno que podía ofrecerles: las visitas, las caricias de los nietos, una oleada de ternura y de juventud de vez en cuando, en pequeñas dosis; y después, el orden perfecto, las costumbres queridas, la partida de "bridge" por la noche, las comidas en compañía de amigos viejos, la partida a fecha fija para los viajes de recreo... Pero todo eso había cambiado por completo: una invasión de niños, de niñas, de costumbres nuevas; y luego, la hija, esa mujer siempre triste a quien era preciso consolar y acompañar. ¡En fin: un fastidio, viéndolo bien!

La madre decía a la hija:

—Mi querida niña: si no hay nadie que tenga valor para decirte, yo te lo diré porque se trata de tu bien. Nadie te comprende mejor que yo, nadie te compadece tanto. Pero, al fin y al cabo, somos cristianos y debemos arreglar nuestra conducta, según las enseñanzas de la religión en que nos hemos criado. Tu marido está arrepentido de la ofensa que te ha hecho. Te pide perdón. Tú debes acordárselo, debes hacerlo por ti misma, si no por él, y por tus hijos. No tienes el derecho de privarles de su casa, de su familia, de la serenidad del hogar. Piénsalo. Te lo digo por tu bien.

Parisina respondía:

—No puedo.

Y de sus labios no salía otra respuesta. Al confesor, que la catequizaba, contestaba:

—No puedo.

Las amigas más íntimas la exhortaban y ella respondía:

—No puedo.

Un anciano, amigo predilecto de la familia y confidente de su corazón, la aconsejaba con las palabras reposadas de su experiencia, pero ella decía:

—No puedo.

Pero a veces, cuando le parecía que una piedra le pesaba sobre el pecho, o hallarse en lo alto de un declive en el instante de un descenso vertiginoso, lloraba o hablaba, pero hablaba sólo con su viejo amigo, el más inteligente, el más sensible de todos, a pesar de su máscara elegante de filósofo pesimista.

—¿Por qué me habla de perdón, padrino? Explíqueme, primero, qué quiere decir perdonar. Renunciar a la venganza o al castigo, ¿no es eso? Bien;

en conceder excesiva importancia a tu corazón, en hacer de él el centro del universo. "Empequeñece tu corazón", dice la sabiduría china. El corazón es un pequeño músculo importuno, lleno de excesivo e inconsciente egoísmo.

—¡Egoísmo!—protestaba ella.—¡Si habría dado mil vidas por él!

—Pero a condición de conservarlo todo para ti, en cuerpo y alma. Tal vez es ésta una exigencia poco natural y demasiado soberbia de parte de una mujer. El hombre tiene un alma libre y un cuerpo libre. La naturaleza lo ha hecho así. Y no puede ser prisionero de una mujer, ni aun amándolo...

—No sé qué contestar a su filosofía—decía ella.—Yo no he obedecido y no obedezco sino a mi sentimiento. Daba todo y quería todo. El amor verdadero y grande quiere el intercambio absoluto. También una mujer tiene sus celos, su dignidad, su honor y su dolor. Peor para quien no lo comprenda. He sufrido demasiado para olvidarlo.

KALISAY El mejor
Aperitivo
20 años de éxito

eso podía ser, en otros tiempos, un acto de clemencia o de bondad, pero ahora que no se trata ya de venganza ni de castigo, ¿qué quiere decir perdonar? ¿Olvidar las ofensas? Pero, olvidar no depende de nosotros. Ese hombre a quien había dado todo, a quien adoraba, en el cual creía como en un dios, por el cual había dado la vida, me ha ofendido mortalmente en mi amor y en mi fe, prefiriendo a una mujer que valía menos que yo, mintiendo, envenenándome el corazón, matando mi fe en el bien, arruinando mi juventud, sustituyendo todas las dulzuras del mundo por la amargura de la hiel. ¿Y quiere usted que yo olvide todo eso? Odio a ese hombre. ¿Cómo puedo perdonarle?

—No; lo amas—decía con tristeza el viejo amigo.

—Quizás—suspiraba ella, con una fugitiva desesperación en sus ojos.

—Tu desventura, hija mía, consiste

—Amas todavía a tu marido—repetía el anciano.

Y ella no replicaba... porque su pobre corazón temía que fuera así.

¡Tan desolada por dentro y tan graciosa por fuera, la condesa Parisina! El dolor había dado a sus grandes ojos negros una nueva intensidad de mirada y una profundidad aterciopelada, que resaltaba a maravilla sobre las mejillas pálidas como esas virgencitas un poco amaneradas y demasiado bellas que pintaba Carlos Dolce. El huracán, al pasar por su belleza demasiado compuesta, había dejado en ella un poco de desorden artístico. Recordaba ahora los retratos de la apasionada trágica Rachel, con la pequeña frente convexa, que era la única línea irregular de su bello perfil.

Las mujeres la juzgaban envejecida. Los hombres la juzgaban más interesante. A fuerza de oírsele decir co-

menzó a hallar un poco de agrado, pero no por ellos, sino por sí misma. Le causaba cierta satisfacción saber que era simpática. Antes le agradaba serlo por él; ahora quería serlo por ella. Los hombres, individualmente, le causaban disgusto. Había sufrido tanto por uno de ellos, que hacía a todos responsables. Pero los hombres como masa anónima, como conjunto de espectadores, eso sí.

Volvía, al cabo de dos años, a frecuentar la sociedad, siempre acompañada de su madre, de su padre o del padrino. Iba al teatro, a conciertos, a conferencias. Le agradaba un poco (sólo un poco), como conviene a mujer desilusionada y doliente, ser mirada, admirada, cortejada.

Después de la preocupación por la educación de sus hijos, cuando su pobre ser turbado recobró el equilibrio, su interés se dirigía a cultivar su persona.

Su amor propio no había sufrido profundamente, porque el verdadero amor es más fuerte que el orgullo y que la vanidad. Pero ahora, poco a poco, el amor propio resurgía también, y como había sido humillado, necesitaba consuelo y rehabilitación. ¿No era, acaso, joven, bella, deseable? Sí. Su marido la había desdenado y humillado... pero otros la admiraban y estaban dispuestos a amarla. Esta seguridad bastaba a su vanidad. ¿Amar? ¡Jamás! Era una mujer de pasión única, una mujer de fidelidad. ¿Fidelidad a quién? A sí misma. La fidelidad le parecía la verdadera nobleza del amor. Le parecía que su blasón estaba representado por su duración. Si dura, es noble; si pasa, es plebeyo. En su manera de pensar y de sentir, inconscientemente aristocrática, creía que no podía calificar mejor al amor infiel. Era una mujer de pasión única, a quien la repetición en el amor, aun legítimo (suponiendo que su marido hubiese muerto) le habría parecido un sacrilegio. Se nace una vez, se ama una vez, se muere una vez. Comprendía que la vida del alma y de los sentidos había concluido para ella. ¡Y aun no tenía treinta años!

Pero, poco a poco, su dolor se amortiguaba, perdía, por así decir, sus aristas; su salud volvía a florecer, y la calma (una calma triste como un resignado sentimiento de vejez precoz) penetraba en su corazón. Tenía sus hijos, que el padre—honesto por lo menos en esto—no le disputaba; sus dos hijos a quienes amar y educar.

Sí, pero es retórica afirmar que bastan los hijos para la felicidad de las mujeres jóvenes. No. La felicidad de ellas está constituida por mil cosas diversas. Los hijos bastan a las madres cuando éstas son ancianas, cuando su maternidad está hecha de recuerdos, de renunciaciones y de esa trágica ternura que da todo y nada pide.

La condesa Parisina comenzaba a interesarse por los diversos consuelos que la vida le ofrecía. La riqueza (disponía de una cuantiosa dote de la que el marido no tocaba ni un centavo), los viajes, la "toilette", la beneficencia, este deporte del sentimiento que se parece al tennis, al remo, a la pesca, etc.

En particular la sedujo el placer de vestirse bien. Siempre había sido elegante, con esa elegancia que consiste en encargar los vestidos a las mejores modistas y de acuerdo con el modelo más reciente. Elegancia un poco común, impersonal, que hace parecer ciertas reuniones de mujeres a un vasto colegio, muy laico, en el que cada una viste más o menos el mismo uniforme. Ahora la condesa Parisina se preocupaba de vestirse de acuerdo

LAS VIDRIERAS DEL CENTRO



—Vámonos, Parmenio. ¡No necesito ropa interior!



con su belleza, de una manera fuera de lo común, pero sobria y compuesta. Su persona esbelta y flexible, su cabecita expresiva y activa, sobre bellísimo cuello, daban una distinción exquisita a su vestido. Poseía el talento, menudo pero delicado, del buen gusto; poseía el sentido de la línea y del color, y llevaba el vestido con gracia instintiva y sencilla. Los hombres ignoran quizás las delicias que suelen dar al cuerpo femenino las caricias de un rico vestido. Los tejidos suaves, los terciopelos, las sedas, los velos, las gemas, los efectos de luz, el leve susurro de las telas, los perfumes, componen un conjunto tan deliciosamente voluptuoso, que las personas serias hacen mal en desdenar.

Parisina, envuelta muellemente en sedas suaves, consolábase poco a poco y serenábase su espíritu. Pero todavía se exasperaba su dulce melancolía cuando aquellos que la amaban le hablaban de perdonar al marido infiel. Ahora respondía con violencia menor que en otro tiempo y sin palidecer. Decía fríamente:

—No; es inútil. No puedo. No quiero. Estoy bien sola. ¿Para qué volver a unirme con el conde Guidobaldo Guidi? Sería una hipocresía. ¡No! ¡No!

Sus hijitos la adoraban; las amigas la querían porque era infortunada (nadie quiere a las personas consideradas felices); el equilibrio se restablecía en su vida. Pero sus padres juzgaban que era demasiado joven, demasiado bella y demasiado elegante para frecuentar la sociedad, como ahora hacía, sola o acompañada por personas que no eran sus parientes cercanos.

Parisina frecuentaba los salones sólo por lucir los bellos vestidos que la complacían, para hacerlos admirar y hasta para hacerse envidiar un poco, ¿por qué no? De los hombres no se preocupaba. Cuando no la disgustaban francamente, le eran indiferentes. Sólo necesitaba paz, tenía miedo del dolor, y un solo deseo: la calma. Ese deseo de calma, de reposo, de olvido, que se convierte en la única aspiración de los seres que han sufrido mucho y que no advierten que el reposo perfecto del alma es la muerte en la vida...

Pasaba el tiempo, el tiempo piadoso que es bálsamo y venda para las heridas que arden. El mal de Parisina ya no quemaba... Lo sentía adormecido, cicatrizado, y sólo se acordaba de él de vez en cuando como de aquellas heridas viejas que duelen cuando cambia el tiempo. Ya no le dolía el pecho con ese dolor físico de otro tiempo cuando pensaba en su marido. ¿Qué sentía? Nada. ¿Rencor? ¿Pena? ¿Nostalgia? Nada. Nada. No sufría ya. Nada le importaba ya. ¿Curada del amor y del dolor? ¿Qué bienestar experimentaba? Un dulce bienestar de convaleciente. Pero cuando se es joven, bella, sana y rica, la vida tiene siempre algún atractivo, alguna dulzura, aun sin esa cosa maléfica y estúpida que es el amor.

Transcurrían los días, tranquilos, serenos, casi alegres para la condesa Parisina Guidi. Su marido, a quien durante cinco años ella había negado reiteradamente el perdón, había viajado, trabajado, y vivido horas de placeres vulgares, pero llevando vivo en el corazón el recuerdo de la esposa (a la que amaba ardientemente quizás por haberla hecho sufrir tanto), y la esperanza de reunirse con ella algún día. Las repetidas negativas de perdón le habían afligido, pero no desanimado. Decía para sí o hablando con los intermediarios sin suerte:

—Mi mujer no me ama. Se siente ofendida en su amor propio y su carácter es obstinado. Pero un día volverá a amarme. No pierdo la esperanza. Me ha amado tanto, que volverá a amarme, y entonces me perdonará.

De la misma opinión del conde eran los padres de Parisina y los amigos que más la querían, personas todas

que se creían muy versadas en esa ciencia, más abstrusa que las matemáticas, que se llama psicología.

Altos personajes fueron empleados como intermediarios: prelados y políticos, como para una conferencia por la paz mundial. En el fondo, se trataba simplemente de volver a la casa común. Los hijos tenían el derecho de criarse en su hogar. Ella bien podía conceder al marido arrepentido y reformado (que acababa de realizar un viaje peligroso y hasta había escrito un libro) el perdón cristiano, yendo a vivir a su lado, por lo menos como una hermana. Ese era su deber.

Ella no respondía. Pero todo hacía suponer que estaba a punto de capitular, o que sentimientos más benévolo inclinan su corazón hacia el hombre a quien en un tiempo había amado tanto y después odiado y vituperado.

Entonces alguien aconsejó al conde que se presentara él mismo, resueltamente, ante su esposa, para obtener, casi por sorpresa, el ansiado perdón. Y él fué, casi con aire de conquistador, confiado en su antigua influencia sobre esa mujer, buen mozo aunque un

tura floja. Monacal y seductora, lánguida y austera a la vez. Su vestido era un estado de espíritu.

Antes del coloquio se propuso no decir nada al marido. No experimentaba hacia él ningún sentimiento, ni bueno ni malo. Ya no existía para ella. Había caído de su pensamiento y de su corazón, como un fruto que cae por sí solo, porque la rama ya no lo sostiene.

No sabía las palabras de ese extraño estado de espíritu. Quería callar. En cambio, habló. ¿Obedeció a un impulso de venganza tardía? ¿Obedeció al mandato de una sinceridad necesaria? Dijo:

—Te perdono, sí, Guidobaldo. Al fin puedo perdonarte porque... ya no te amo.

Lo que acababa de decir era algo demasiado sutil y profundo para la comprensión del conde, que confiaba demasiado en sí mismo. Sonrió incrédulo, pero en sus labios apareció un pliegue de desilusión y de perplejidad, que escondía una duda improvisa... acaso le principio de un tormento.

Ella pensó: —Sonríe... pero sufre. No obstante, esta idea no le dió la

A MEDIA NOCHE

Cruza el río solitario lentamente una barquilla deslizándose sin ruido, por la línea del canal. Y los álamos vetustos que festonan la amplia orilla, se insinúan en la noche, con su aspecto fantasmal.

La campana de una ermita lanza al viento allá en la villa, doce golpes, quejumbrosos, con su lengua de metal. Y en la bóveda del cielo, de un azul intenso brilla, la opulenta estrella Sirio, derrochando su caudal.

Alguien vierte en el silencio, con voz dulce, y exquisita, los acentos plañideros de una ingenua vidalita, fiel reflejo de la pena que acongoja a un corazón.

Y la blanca luna riela, su luz suave, y argentina, en la vasta superficie, de agua tersa y cristalina, mientras ritma la gran selva milenaria su canción.

Sixto G. Peraltá

poco envejecido, satisfecho en su amor propio, fatuo como todos los hombres que se saben amados, y contento por inminente realización de su pronóstico.

Con maneras de gran señor, elegante, de espíritu mediocre, un tanto cohibido no obstante su habitual desenvoltura, y con un poco de verdadera emoción en el fondo del corazón, se presentó a ella un día, y después de haberle besado la mano, le dijo:

—He venido, querida, a recibir mi absolución. He esperado casi como Job. Pero... sabía que me amabas un poco todavía y que tarde o temprano me perdonarías...

Parisina había tenido miedo de conmoverse... En cambio, nada... o casi nada. Un ligero estremecimiento, un soplo... después, nada. ¿Qué felicidad! Su marido estaba allí, delante de ella, "como cualquier otro hombre". Se sintió fuerte, dueña de su destino, más fuerte que él. Sí, porque comprendió que nunca más volvería a sufrir por él. Y esta certidumbre convertía a su espíritu en un haz de fuerza y de serenidad.

Estaba de pie, junto a una gran mesa cubierta con una carpeta de brocado amarillo, sobre la cual había dos altos floreros de plata, desbordantes de gladiolos multicolores. Era su saloncito de soltera donde lo había recibido por vez primera... Lo recibió de pie: no se sentó ni lo invitó a sentarse.

Llevaba un vestido de suavísimo color violáceo, de amplias mangas y cin-

menor sensación de contento. Desde que ya, irremediablemente, no lo amaba, ¿por qué habría de alegrarse de que él sufriera?

Rotanio o platino sintético

El platino es actualmente tan escaso y su precio tan exorbitante, que se ha impuesto la necesidad de hallar un sustituto para tan raro metal. Antes de la guerra costaba unos cuarenta y cinco dólares por onza y ahora ha subido hasta ciento diez dólares, más o menos cinco veces el valor del oro.

Como el platino constituye una necesidad absoluta, en muchas industrias químicas, en la cirugía dental y en el campo de la electricidad, sin mencionar su empleo extenso en las alhajas, el anuncio hecho por el doctor F. A. Ehrenwald, de Cleveland, Ohio, en el número de junio último del "Journal of Industrial Chemistry", de haber descubierto un reemplazante perfecto de este precioso metal, es de suma importancia.

En el año 1914, los Estados Unidos importaron alrededor de 75.000 onzas de platino, y en 1915, más o menos, 65.000; obteniéndose, además, unas 105.000 onzas por la refinación de oro y la refundición de engarces de joyas, ya poco modernas.

Un tercio de estas cantidades pasa a los talleres de los dentistas y suele, casi siempre, desaparecer del todo mientras que el resto es usado indus-

Negligencias caras

Ocorre con frecuencia que por abandono de los pacientes, las enfermedades no hallan trabas en su curso y llegan a desarrollar toda su acción devastadora. En las personas atacadas de hemorroides, por ejemplo, puede observarse este fenómeno, porque la enfermedad se inicia sin mayores molestias.

Pero cuando tras dolorosas inflamaciones, hemorragias, insomnios, etc., sobrevienen fístulas, úlceras o gangrena, y se impone la inmediata operación quirúrgica, entonces despierta sobresaltado el paciente y se apresta a la instintiva defensa.

Por fortuna existe un específico que puede solucionar el problema en la forma más satisfactoria. Nos referimos al Noridal, notable medicamento de comprobada eficacia en trastornos semejantes. Su acción terapéutica se hace sentir poco después de su primera aplicación, y la cura es rápida, segura y completa.

MENDEL y Cia.

Buenos Aires, Guardia Vieja, 4430
Montevideo, Cerito, 673.

trialmente. Los joyeros pueden perfectamente prescindir de ese metal, pero los dentistas, químicos y electricistas tienen absoluta necesidad de él, o requieren un sustituto de igual bondad, materia que hasta ahora no existía.

Tal sustituto debe resistir temperaturas de 1.300 a 1.400 grados Celsius; no puede ser afectado por ácidos minerales o alcalinos; ya sea puros o en solución, ni debe oxidarse con cualquier temperatura, aun incluyendo su punto de licuefacción, que es a los 1.775 grados. Además, es necesario que sea maleable, dúctil y suficiente fuerte para resistir cualquier presión que pudiera cambiar su fortuna exterior, mientras esté en uso.

Por un proceso de eliminación, el mencionado químico encontró que los únicos elementos, convenientes para formar una aleación que podría tomar el lugar del platino, era el oro, y el paladio. Iridio y rodio podrían usarse, si no fuera por su extremada rareza, su elevado costo y sus cualidades refractarias, quedando eliminada la plata de hecho, porque es fácilmente atacada por los ácidos y su punto de fusión es demasiado bajo. Los experimentos resultaron finalmente en una serie de aleaciones de platino, oro y paladio y el doctor Ehrenwald, ha dado al nuevo metal el nombre de "Rotanio". Este contiene del 60 al 90 por ciento de oro y las aleaciones para fines eléctricos ostentan una cantidad diminuta de rodio, mientras a las destinadas para otros fines, que no sean químicos, se puede agregar una reducida cantidad de plata.

En los laboratorios de la Universidad de Michigan se han practicado exámenes esmerados del rotanio, habiéndose demostrado que las aleaciones, al ponerse en contacto con el ácido hidrociorico, hidrofúrico, nítrico diluido, ácido sulfúrico concentrado y muchos otros poderosos alcalinos, dieron mejores resultados que el platino puro.

El rotanio es, prácticamente, blanco, puede ser elaborado en hojas delgadas, estimado en alambres, soldado con la misma facilidad del hierro; pesa sólo la mitad del platino, no se oxida, y con temperaturas menores de 1300 grados es menos volátil que el platino. Los dentistas norteamericanos han empezado a utilizar extensamente el nuevo metal, y la industria eléctrica en general se muestra complacida con el descubrimiento. Para alhajas, el rotanio es superior al platino, pues más duro y resistente, acepta un menor pulimento, no se empaña y su color es prácticamente idéntico a éste.



SECCION VERMOUTH

PARA TODA LA VIDA

—No me dijo usted, cuando me lo vendió, que tenía auto para toda mi vida?—dijo, enojado, el hombre, bajando de una cafetera descajeteringada, dirigiéndose al individuo que se lo había vendido.

—Sí, es cierto...

—¡Vea en qué estado está!

—Sí, es cierto... Ha tenido usted más suerte de lo que yo creía.

UNA SOLUCIÓN

—No; no te daré más pastel,—dijo la mamá.—Los niños no deben comer mucho pastel de noche: es muy pesado.

El nene reflexionó un momento y replicó:

—No importa, mamá: lo comeré con las dos manos.

A LA MANERA BERLINESA

Un día Pipirí estaba sentado en el umbral.

Se le acercó un hombre y le dijo:

—¿Tu mamá está en casa?

—Sí, señor.

El hombre tocó el timbre.

Nadie contestó.

El hombre volvió a tocar el timbre.

Nadie contestó.

En cabeza ajena

Siempre hay algo que amarga la felicidad: el temor de perderla. — Casimiro TOLLET.

En amor, un silencio vale más que una plática. Es bueno quedarse callada, pues hay un elo-cuente silencio que penetra más que las palabras. Un amante ha de persuadir a su novia cuando él calla, y, por otra parte, tener ingenio si él habla. Por mucha vivacidad que se tenga, en ciertas ocasiones conviene que ésta se extinga. —PASCAL.

Cada vez estoy más convencido de que nuestra felicidad o nuestro infortunio dependen menos de los sucesos de la vida que de la manera con que sabemos recibirlos y apreciarlos. —G. de HUMBOLDT.

Cuanto menos carácter se tiene, tanto más se está expuesto a ser inconstante en amor. —STENDHAL.

Cada uno envidia otro destino y se esfuerza por complicar el suyo. —Henry BORDEAUX.

En los débiles, la persecución del ideal, destruye el ideal. —RIMBAUD.

El pudor tiene su falsedad, y el beso su inocencia. —MIRABEAU.

La dicha consiste en la apreciación justa de los bienes que el destino nos da. —PLUTARCO.

El apego a un mismo pensamiento fatiga y arruina la mente del hombre, y es por esto,—por la solidez y duración del amor,—por lo que conviene a veces no saber que se ama; lo cual no es cometer infidelidad, puesto que no se ama a otro ser, sino recobrar fuerzas para amar mejor. —PASCAL.

El hombre tocó el timbre por tercera vez.

Nadie contestó.

Entonces, el hombre, impaciente, dijo a Pipirí:

—¿No me dijiste que tu mamá está en casa?

—Sí; pero no vive aquí.

LOS CENTENARIOS

En una jira por los departamentos del sur de Francia, el Presidente de la República llegó a un pueblito, donde le presentaron a uno de los orgullos locales: un hombre que tenía ciento un años.

—¡Ah! ¿Y qué régimen de vida ha seguido usted?—le preguntó el Presidente.

—No he bebido sino agua toda mi vida.

—¡Ah, con razón!—dijo el Presidente.

El alcalde del pueblo, halagado por el interés que demostraba el primer magistrado, intervino:

—Y si usted viera, Excelencia, al hermano mayor de este hombre! ¡Tiene ciento cinco años!

—¿Por qué no me lo presenta?

—¡Imposible, Excelencia! Está siempre borracho.

UN GRAN HOMBRE

El famoso compositor Rossini deseaba cierta vez hacer un viaje de Florencia a Bolonia. Al efecto fué con un amigo a contratar el coche en que debía realizar tan largo viaje.

Rossini no era muy pródigo. El dueño del vehículo pedía diez escudos. El maestro no quería pagar más de



seis. Discutieron el precio cerca de media hora.

Por último, el amigo, un poco impaciente, dijo al dueño del carruaje:

—¿Sabe usted quién es este señor?

—Es Joaquín Rossini!

—Joaquín Rossini?—exclamó el hombre.—Entonces no cobraré nada. Me basta el honor de servir a un gran hombre.

El amigo, volviéndose a Rossini, le dijo:

—Tú serás un genio o lo que quieras; pero, el gran hombre... es él.

AFORTUNADA

—Una estafa, una estafa sin vuelta de hoja es lo que usted ha cometido,—le reprocharon.—¿Cómo no meditó un poco? ¿Cómo no pensó en su mujer antes de cometer semejante acto?

—Señor: no soy casado,—repuso el individuo.

—¿No? ¡Qué suerte para su mujer!

CONFIDENCIAS

—La primera vez que robé un reloj, me arrepentí, me arrepentí verdaderamente,—confesó el hombre.

—Sí, lo supongo: el instinto de la honradez no había muerto del todo...

—...porque me era imposible hacerle caminar,—terminó de decir.

¡QUÉ ESPERANZA!

En la comisaría se levantaba el sumario: "Fulano, Fulano y Fulano sorprendidos en momentos en que se entregaban a juegos de azar..."

—¡No!—protestó uno de los detenidos.—No eran juegos de azar.

—Nosotros mismos lo vimos.

—Pero no eran juegos de azar: todos hacíamos trampa.

EXPLICACIONES

—Usted ha dicho que nuestro ahijado es una ratero, y venimos a pedirle explicaciones,—dijeron los dos señores ceremoniosos que hacían de padrinos.

El visitado repuso tranquilamente: —No; yo no he dicho eso. Todo el mundo dice que es un ratero, pero yo nunca lo he repetido.

HISTORIETA

La joven caminaba por la calle. ¿Por qué la seguía ese individuo con tanta insistencia? Le preguntó:

—¿Por qué me sigue?

—Porque estoy enamorado de usted.

—¿Sí? ¿Por qué?

—¡Oh! Es usted tan hermosa...

—Mi hermana, que allá viene, es más hermosa que yo.

El individuo se dirigió al encuentro de la otra mujer: era muy fea. Entonces, disgustado, volvió al lado de la primera y le dijo:

—¿Por qué me ha dicho una mentira?

Ella repuso:

—¿Acaso usted me dijo la verdad? Si estaba enamorado de mí, ¿por qué fué a ver otra mujer?

DELICIAS CONYUGALES

—¿Hubo algún estúpido que se enamorase de tí antes de nuestro matrimonio?

—Sí.

—Pues hiciste mal en rechazarle.

—No le rechacé, porque me casé con él. Eras tú...



—¿Y quién me dice que en vez de haber ido a cazar, no has estado jugando al truco con tus amigos?

—La prueba de que he ido a cazar es que no traigo nada.

A LA ALTURA DE LA SITUACION



—¡Vieras la cara del boleterol: me miró como si no hubiera pagado boleto.
—Y tú, ¿qué hiciste?
—Lo miré, como si lo hubiera pagado.

PUCHITOS

La prohibición del consumo de bebidas alcohólicas, o "ley seca", existe también en Dinamarca, donde en los nueve primeros meses de 1922 ha dado resultados contrarios a los que se esperaba en cuanto se refiere a la disminución de la delincuencia. En efecto, el número de delitos de todo género ha sido muy superior al que registra la estadística de los años en que se permitía la bebida. Los partidarios de la prohibición alegan que ese resultado no hace sino confirmar sus argumentos, porque, a su juicio, lo que ha ocurrido es esto: las personas que tenían en sus casas reservas de vinos y bebidas, como se acostumbra en Europa, temiendo que esos depósitos les fueran confiscados, se apresuraron a consumirlos en breve tiempo, y de ahí un mayor número de "borracheras particulares forzadas".

El "calumet" o "pipa de la paz" que los jefes de las tribus de indios del Canadá fumaban con sus adversarios como símbolo de amistad al concertar paz o tregua, era objeto de profunda reverencia de parte de los indígenas, sobre todo el tubo, hecho de una caña pintada y adornada con cabellos de mujeres y plumas de águila. El recipiente era de catlinita roja, —piedra blanda que se encuentra en una región de Dakota del Sur,— y tenía varios orificios para que varias personas fumaran a la vez. Las canteras de donde se extraía la piedra para los "calumets" eran territorio neutral, respetado por todas las tribus.

El ministerio de aeronáutica de Gran Bretaña tiene actualmente en estudio y ensayo más de 50 inventos importantes destinados a perfeccionar los aeroplanos de combate, y acerca de los cuales se guarda el mayor secreto.

Los hindúes creen que si un hombre dice una mentira mientras tiene puesta la mano en la cabeza de su hijo, el niño caerá muerto. Creen también que serán condenados a los tormentos del infierno si dicen una mentira mirando al sol. Por eso, en los contratos verbales entre campesinos, se acostumbra pronunciar las promesas, en esas actitudes.

El telégrafo sin hilos para el servicio público está ya en uso entre Londres y Nueva York. Se puede enviar telegramas que cuestan alrededor de quince centavos de nuestra moneda por palabra.

En el Jardín Zoológico de San Luis (Estados Unidos) se expone, además de los animales acostumbrados en esos establecimientos, una oveja, una vaca y un cerdo, pues se comprobó por encuesta hecha en las escuelas que millares de niños de esa ciudad no conocían esos animales.

Los antiguos griegos tenían "templos de salud" que eran verdaderos hospitales. Existieron también hospitales en la India y en Ceilán, muchos siglos antes de la era cristiana. Los romanos crearon hospitales para sus esclavos y sus soldados. En el siglo IV de nuestra era existía en Egipto un establecimiento para enfermos, con capacidad para 360 camas y dirigido por cristianos. Los árabes, muy aventajados en la ciencia médica, sobre todo en farmacopea, establecieron hospitales en veinte ciudades, el primero de los cuales fué creado en Damasco, en el año 707.

Como recurso seguro para la destrucción de los mos-

quitos en las localidades pantanosas y riachos, se recomienda la ería de anguilas que devoran rápidamente todas las larvas de mosquitos del agua en que se hallen, y que además tienen la ventaja de resistir prolongadas sequías y aguas descompuestas.

Una clase de seda artificial fabricada en Alemania en los últimos años está hecha a base de fibras de músculos animales. La materia prima se obtiene de caballos o animales vacunos y ovinos muertos por enfermedad, y, por consiguiente, cuesta poco.

La carne es primero, macerada en un líquido—cuya composición mantienen secreta los fabricantes,—que disuelven los tejidos que unen las fibras. Las fibras separadas son luego sometidas a la acción de otro líquido secreto, que actúa como tanino, y refuerza la elasticidad de las fibras a la vez que les da aspecto sedoso. Las fibras elaboradas tienen unas dos pulgadas de

largo; son algo ásperas al tacto. El material fabricado, con ellas, resiste al agua.

Se ha generalizado tanto en Londres el tráfico con camiones automóviles cada vez más grandes que todos los pavimentos que se reconstruyen son hechos con una capa de concreto de 12 pulgadas de espesor, en vez de la antigua que era de 6 pulgadas.

El primer trozo de ferrocarril en la República Argentina, se inauguró en agosto de 1857. Iba del Parque (hoy plaza Lavalle) a la Floresta. Tenía poco más de diez kilómetros de longitud y su construcción costó 285.000 pesos oro.

El punto más profundo del mar está situado a unas cuarenta millas al norte de una de las Islas Filipinas.

La sonda indica una profundidad de 32.088 pies.



**¡El suelo
se hunde!**

Esta es la sensación que siente el debilitado. Parece que sus piernas rehusaran soportarlo. La vista se nubla, un sudor frío corre sobre todo el cuerpo. Parece que el corazón dejara de latir, una intensa palidez aparece en su rostro. Es un malestar sumamente desagradable.

No cuidándose a tiempo, pasa de un simple malestar y no es raro ver al enfermo desplomarse al suelo, desmayado. Cuando uno llega a ese mal estado general, que coincide, generalmente, con desgano, falta de apetito, tristeza, etc., es cuando conviene acordarse de la

NUCLEODYNE

(EL TONICO QUE DA FUERZA)

la acción de la Nucleodyne es notable, desde las primeras dosis siente uno sus efectos benéficos. Alegría, bienestar general, apetito, ganas de vivir y trabajar vuelven como por encanto. Cualquiera comprende esto. En la Nucleodyne entra: Fósforo fisiológico, alimento de las células; estricnina, tónico por excelencia de los nervios y zumo vital de toros, que favorece la función de todas las glándulas del cuerpo.

La Nucleodyne es probablemente lo mejor que existe como medicamento tónico en farmacia.

FARMACIA FRANCO-INGLESA

La mayor del mundo

SARMIENTO Y FLORIDA - Bs. AIRES



DE LA SERRANÍA CORDOBESA. — LA FALDA



Chalet del señor Minetti, en Los Cocos.



Señor Miguel Malagarriga y señorita Alejandrina Malagarriga





DE PUENTE DEL INCA



Señor Ernesto F. Taylor.



El señor Jose E. Naveira y su esposa, señora Elena F. Naveira. Exclución.



Señorita de Rodríguez Alcorta.



Maria Angélica Cetta.



Señorita Chala Lavalle.



El senador nacional doctor R. Paz Posse y su hijo Alberto.



Señor José Lavalle.

Foto. Bonini.



Señoritas de Mihanovich y de Sere.



Señorita de Elortondo y señor Federico Mawro.



Señor Pascual Solano, pintor marplatense, exhibe sus cuadros en el Salón de la Tercera de la Manila.

MUNDO SOCIAL



Después de la ceremonia religiosa

Señorita Victoria Gómez, que contrajo enlace con el capitán Horacio García Tufán



Señorita María Gastáñaga y señor Manuel Vignale, cuyo matrimonio se efectuó recientemente



Señorita Sara Pasqués, que en breve contraerá enlace con el señor Claudio Cacciatore



CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE LA PLATA

ESCUELA GRADUADA ANEXA



Trabajos efectuados por los alumnos.—
Jarrón de bronce.



Un rincón del taller de arte decorativo



Jarrón de cerámica



En el torno de alfarero



El director de la escuela, doctor don Luis Pelliza y el profesor don Arturo González
examinando los cuerpos anatómicos ejecutados por los alumnos

DEL BALNEARIO DE EPECUEN



Señorita María Graciela Laustonan.



Señores F. Cervetto, J. A. Bringas, Arturo Guiol, José Villanueva, L. Passini y F. Farretti



Señorita Marina Martorell, a orillas del lago.



Señoritas Dolores y Rosa Alazet Rocamora y de Fernández y González, disponiéndose a pasear en lancha.



Familias de Ervatchu, Moschini, Bisoli y Fernández, a la hora del baño

Fots. Carr...



UN ARTISTA PRECOZ

César Manuel Bertolotti



Forma parte de la compañía que actúa en el teatro Liceo, este actor, un niño, de doce años, cuyas excelentes interpretaciones le han valido elogiosos juicios de la crítica. A su clara dicción, una voz armoniosa y un perfecto sentido de la dramática.

FIESTAS AL AIRE LIBRE.



Rojas (F. C. A.)—Concurrentes al picnic organizado por la sociedad recreativa "Los treinta amigos unidos".

GENTE MENUDA



Capital federal.—Enrique Avelino Herrero.

Banqueles (Córdoba).—Señoritas Teresa Beaudéant y Carmen y Juana Baqué.

Señoritas Juana y Pilar Baqué.

Capital federal.—Lolita Sola Torre.



SPORT

Una mañana en la pileta de Quilmes
Grandes y chicos

NÁUTICO



Iniciando un salto.



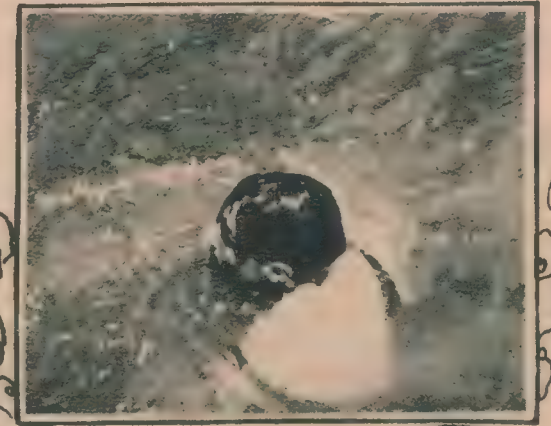
A merced del agua



Como si tal cosa.



El salvavidas por las dudas



Luchando con "la corriente"



Hacia la pileta



Un sexteto interesante



En plena actividad

Fotografías
de
A. MARQUEZ



Listos para zambullirse



A bordo del acorazado Rivadavia. — Con el ministro de marina, el jefe de la zona naval, contralmirante Mario Martín, el capitán de navío Nelson Page, comandante de la unidad y un grupo de jefes y oficiales de la nave.



Vista parcial del banquete ofrecido al presidente Alvear por la municipalidad de Bahía Blanca.



El doctor Pedro Veronelli (X), secretario de la presidencia, con los periodistas que acompañaron al primer mandatario en su viaje a Bahía Blanca. Foto tomada a bordo del "El Mundo".

NOTAS GRÁFICAS DE CACHEUTA



Doctor Ramón Urbina y su esposa.



Un momento de la recepción en el Hotel de los Señores de Cacheuta.



Señor Gonzalo Pérez y nuestro corresponsal gráfico, señor Eusebio Bujarrón.



Señorita Rosa Herrero y Angélica Villanueva.



Señoras Elena Bonifacio de Ruiz y Mercedes de Ruiz y Alfonso de Ruiz.



Señor Teodoro Puellos y señores.



Señorita Rosita Puellos.



Señorita María Elena Puellos.

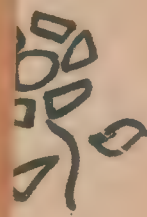


"Llegando a la casa".



Señores de Manuel Alvarado y de Francisco Ruiz.

Corrientes al pa-
realizado a la
rada de los Cón-
en el cual to-
parte las fa-
de Varas, Ca-
Arrieta, Sosa
y Herón



núcleo de emplea-
de Correos y Te-
afos, durante una
trisión a caballo
tuada a Las Cha-
cras

pts. José La Vía.



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Una escena de la interesante película "Flecha rota" recientemente estrenada en nuestros principales cines.



Est. Housen, principal figura femenina de "El galán imperfecto".



Un pasaje del film "El galán imperfecto", interesante obra perteneciente al programa Strand de la Corporación Argentino-Americana, de Films.



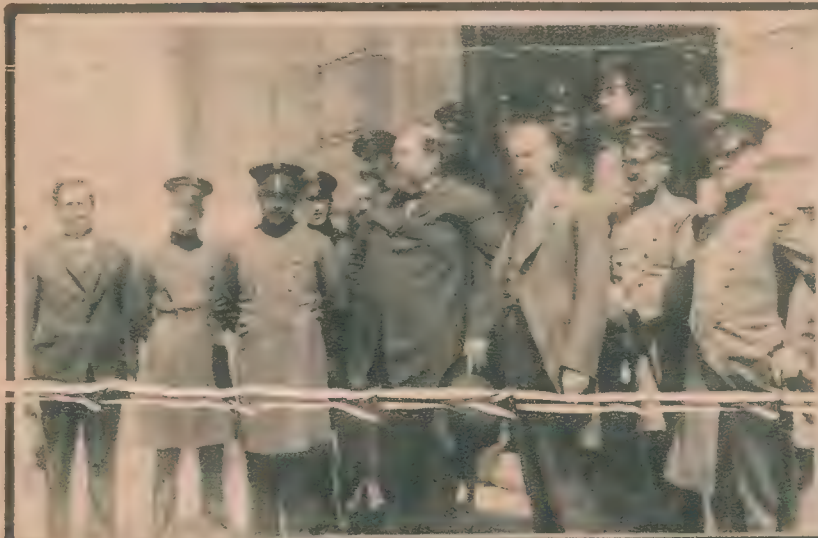
Stewart Rome, otro de los principales protagonistas de la misma película.



"FRAY MOCHO" EN SAN LUIS



La solemne hora del almuerzo, durante el pic nic realizado en San Roque y organizado por un grupo de maestros de las escuelas nacionales



Recepción efectuada en la casa de gobierno, en honor de los jefes y oficiales del 2 de caballería. El gobernador de la provincia, señor Guillén acompañado por un grupo de militares de dicha unidad

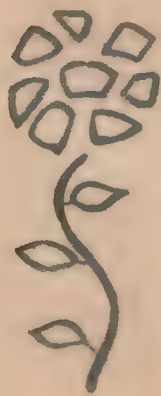


Concurrentes al paseo realizado a la Quebrada de los Cóndores, en el cual tomaron parte las familias de Varas, Carrero, Arrieta, Sosa y Herón.



Un núcleo de empleados de Correos y Telégrafos, durante una excursión a caballo efectuada a Las Chacras

Foto. José La Vía



A vintage, sepia-toned photograph of six Saint Bernard dogs sitting in a row. The dogs are large, fluffy, and have characteristic white and brown markings. They are all looking towards the camera. The dog on the far right is wearing a dark collar. The background is a plain, light-colored surface.

Una raza que se extingue probablemente porque ha pasado de moda, y la de los "red" porque le han quitado el encanto. La 12 que posee en Hempstead, una jauría de San Roque.



Una tropilla de zebras a orillas de un abrevadero. Fotografía obtenida de la Agencia General de Noticias de la República de Argentina. Martín Comandari. Inf. sur 2011, 10, 10.

RAFAELA ECOS DE CARNAVAL



El simpático grupo que ocupó el palco "Arco iris" en el...



"Danzarinas rusas", cuyo llamativo conjunto hispano-italo-argentino, obtuvo el primer premio en el baile organizado por la sociedad "Almas bohemias".



"Fantasia", otro de los grupos femeninos que fué muy admirado



Familia Neer, a cuyo vehículo correspondió el primer premio de autos adornados.



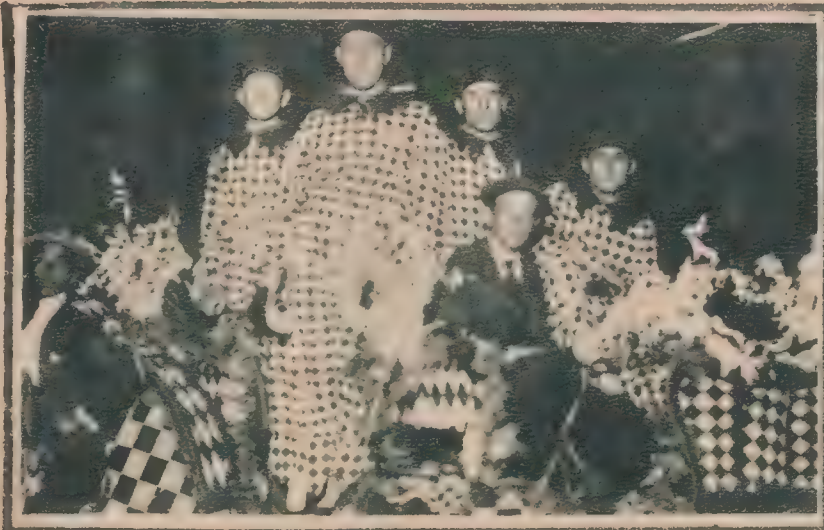
Familias de Gestler y Beltramino.



Auto de "Las avispas", ocupado por las señoritas de Gatti.



Familia de Neer, con trajes de fantasía.



Un grupo de locos. de carnaval.



Más dementes disfrazados.



Las calañesas.



Familia de Wagner.



Un puñado de adivinas gitanas



Familia de Grandi.



El original palco "Coptos de nieve", ocupado por distinguidas señoritas de la localidad, al que le fue discernido un premio especial

Adjudicación de regalos a las consumidoras

del Polvo Graseoso LEICHNER

De acuerdo con lo establecido, el escribano público señor Francisco Pita, procedió a constatar la hora en que se paró el reloj depositado en su poder, resultando que el mismo detuvo su marcha a **LA UNA HORA, TRECE MINUTOS Y CINCO SEGUNDOS**, según acta levantada. En consecuencia dicho funcionario adjudicó los regalos, de acuerdo con las soluciones enviadas, resultando agraciadas las personas que se detallan a continuación, con expresión de su nombre, domicilio y hora anotada.

UN PRIMER PREMIO DE \$ 1.000 % en cédulas del Banco Hipotecario

Elvira Valle, Quilino (Córdoba), F. C. C. C. — Hora: 1.13'6".

DOS SEGUNDOS PREMIOS DE \$ 500.— % cada uno, en cédulas del Banco Hipotecario

Amelia González, Carlos Pellegrini 230, Castelli (F. C. S.) Hora: 1.13'3".
Matilde Girbent, Belgrano 629, Azul (F. C. S.) Hora: 1.13'2".

CUATRO TERCEROS PREMIOS DE \$ 250.— % cada uno, en cédulas del Banco Hipotecario

Adela Yantorno, Avenida Colón 229, Ayacucho (F. C. S.) Hora: 1.13'. — Antonia G. Jurado, Espigas (F. C. S.) Hora: 1.13". — Bernardo Sánchez, Tacuarembó (Rep. Oriental). Hora: 1.13'10". — Angelina Gheglia, José Bonifacio 3061, Flores, Hora: 1.13'12".

DIEZ CUARTOS PREMIOS DE \$ 100.— % cada uno, en cédulas del Banco Hipotecario

Empataron las siguientes personas: Hortensia Zuviria Rodríguez, Buenos Aires 270, Paraná. — Agustina Alderete, French 1441, Rosario. — Secundina Murias, B. Mitre 1676, 3.º piso, Capital Federal. — Lydia Elsa Fredes, Venezuela 3538, Capital Federal. — Anita H. de Vajovsky, Capdevila 370, Villa Ballester. — Ana María Tempone, Calle 37 N.º 313, Mercedes (F. C. O.). — Amalia Ontiveros de Moroni, Santa Rosa (San Luis). — Rosa Cavagna, Luzuriaga 844, Capital Federal. — Victoria Guerra, San Martín 37, Dolores (F. C. S.). — Manuela R. de Agostini, Tedín Uribe (F. C. S.). — Mauricio C. Díaz, Calle 22 N.º 119, Mercedes (Bs. As.). Hora: 1.13'13". — En total: once soluciones con opción a los diez cuartos premios.

CUARENTA QUINTOS PREMIOS DE \$ 25.— % cada uno, en cédulas del Banco Hipotecario

Herminia H. Enciso, Caseros 867, Córdoba. Hora: 1.13'26". — M. D. Roca, Villa Clara, Dpto. Villaguay (Entre Ríos). Hora: 1.13'30". — Clara Valle, Quilino (Córdoba). Hora: 1.13'40". — Carolina Toncatti, Colonia Irigoyen (F. C. O. A.).

Hora: 1.13'40". — Manuela A. Sosa, Gral. Roca 41, Deán Funes (F. C. C. C.). Hora: 1.12'27". — Luisa B. de Benedetti, La Laguna, (F. C. P.). Hora: 1.12'29". — Manuel Fernández Pérez, Belgrano 98, Necochea. Hora: 1.12'15". — Anaan- cia Acosta, Presidente Wilson 421, Asunción (Paraguay). Hora: 1.12'14". — Elvira Valle, Quilino (Córdoba). Hora: 1.12'10". — Pura García, Callao 1073, Capital. Hora: 1.12'4". — Amalia N. Valcart, San Justo (Santa Fe). Hora: 1.12'3". — Ramona L. Jorge, Carlos Pellegrini, 181, Coronel Pringles. Hora: 1.12'. — María Trípoli, Sarandí 751, Capital. Hora: 1.14'. — Manuel Castresana, Alvear 982, Río Cuarto. Hora: 1.14'1". — Ana G. de Bisio, Aráoz 372, Banfield. Hora: 1.14'5". — Natalia Malaizi, Colonia Yeruá (Entre Ríos). Hora: 1.14'10". — Clotilde Landívar, Mendoza y Lerma, Salta. Hora: 1.14'10". — Petrona Melgarejo, San Martín 650, Vera. Hora: 1.14'17". — Adela Longo, Tuyenán (Mendoza). Hora: 1.14'23". — Ersebia Vázquez Souza, Queguay y Washington, (Paysandú). Hora: 1.14'39". — Idalina L. P. de Grieco, La Beba (F. C. C. B. A.). Hora: 1.14'45". — Pilar Herrera, Villarino 2326, Capital. Hora: 1.11'1". — Adelina R. Aguilar, Haumonía (Chaco). Hora: 1.11'4". — Nilda Rosa Pita, Roca 82, Patagones (F. C. S.). Hora: 1.11'5". — Elisa Figallo, Vera 1112, Capital. Hora: 1.11'13". — Elvira Valle, Quilino (Córdoba). Hora: 1.11'17". — Angélica Elizaguirre, Bolívar 1887, Capital. Hora: 1.15'. — María Agustina García, Río de la Plata 425, Ensenada. Hora: 1.15'. — Argentina G. Torrá de Perazzo, Corrientes 150, Paraná. Hora: 1.15'. — Irma Soler, Laguna 183, Capital. Hora: 1.15'. — Baldomera Z. de Laens, Paysandú 7, Mercedes (República Oriental). Hora: 1.15'. — Basilio Divito, Casa Lorente Hermanos, Nueve de Julio (F. C. O.). Hora: 1.15'. — Aída Pacheco Arce, Santa Rosa, Córdoba (Dpto. Río Primero). Hora: 1.15'. — Adelina G. de Herrero, Gonçalves Díaz 376, Capital. Hora: 1.15'. — A. de Rosa, Garay 3160, Capital. Hora: 1.15'. — Joaquina Mercader, General Urquiza 1663, Capital. Hora: 1.15'. — Antonio Rivori, VII (F. C. C. C.). Hora: 1.15'. — R. L. Jorge, Carlos Pellegrini 181, Coronel Pringles. Hora: 1.15'. — Adelina Guastavino, Esquina (Corrientes). Hora: 1.15'1". — Inés L. Calcagno, América (F. C. O., Partido de Rivadavia). Hora: 1.15'2".

A las personas agraciadas con cajas de polvo **SI TU VOULAIS...** y **GRASEOSO LEICHNER**, cuya lista no es posible publicar por lo extensa, se les avisará directamente por correo.

La entrega de los premios consistentes en cédulas del Banco Hipotecario Nacional, deberán solicitarla los interesados en los escritorios Guardia Vieja N.º 4439, Capital Federal, previa justificación de la personalidad y antes del día primero de Mayo de 1923, fecha en que caducará el derecho a la reclamación de dichos premios.

MENDEL & Cia.



El escribano público, señor Francisco Pita, acompañado de los representantes de los señores Mendel y Cia., en el acto de constatar la hora en que se paró el reloj, para proceder a la adjudicación de los regalos.

FERNET-BRANCA

ESTOMACAL INDISPENSABLE

Únicos Concesionarios: **HOFFER & Cía. Bs. As.**

La virgen de las cerezas, por Marcel PREVOST

A fines del siglo XIV vivía en Siena, en Toscana, un pintor llamado Baldassare Leanti. Era un hombre de mediana estatura, un poco rechoncho, cara honesta, adornada por una barba negra hermosa y abundante. Sus ojos, de un color ámbar que tiraba a rojo, veían minuciosamente los objetos situados cerca de ellos; pero, para mirar a lo lejos, Baldassare tenía que juntar los párpados, arrugándolos, lo que le daba, en los actos públicos de su vida, cierta apariencia de timidez.

Baldassare había tenido por maestro en su arte al célebre Matteo di Giovanni, más conocido por el nombre de Matteo de Siena, que era el mejor pintor de la escuela sienesa cuando empezó la decadencia de esta escuela. El discípulo siguió los consejos y aplicó los procedimientos de su maestro, al que amaba y admiraba. Después que Matteo hubo muerto en Perugia, Baldassare continuó pintando para las capillas, para las comunidades y para las personas piadosas, siempre la misma Virgen, con el divino niño y dos ángeles en oración.

He aquí cómo los representaba. La Madre del Cristo encuadraba el óvalo un poco agudo de su rostro en un velo negro de religiosa, sujeto en la garganta por un carbunclo; sus manos, de una flacura y palidez excesivas, sostenían el Niño, cuya cabecita calva se bañaba en una aureola. Los divinos mensajeros, a la derecha y a la izquierda, inclinaban sobre sus largos cuellos flexibles, en una actitud de adoración, sus rostros de pajes melancólicos. El ángel de la derecha juntaba sus manos delgadas; el ángel de la izquierda tenía los brazos cruzados, como si esperara la santa comunión. A veces, sin embargo, era el ángel de la izquierda el que juntaba las manos, y el de la derecha el que cruzaba los brazos. En estos casos, Baldassare tenía el convencimiento de que había realizado una innovación en el arte de la pintura, y se preguntaba, no sin cierta inquietud, si su maestro habría aprobado eso. Porque Baldassare aportaba a sus empresas la misma timidez vacilante de su mirada.

Con todo, cuando hubo cumplido sus 36 años, Baldassare tomó una resolución importante y casi repentina. Se casó. Hasta entonces, no había considerado a las mujeres más que como causas de pereza y de disipación, cuyo comercio dejaba en la boca el gusto de la ceniza del pecado. El fuego del amor se había encendido en él un día que, habiendo ido a Roma por las fiestas de la Semana Santa, había visto a la hija de su posadera del Orso, la soberbia Pia, que salía entonces del convento donde su madre la había hecho educar honestamente.

Baldassare volvió a franquear las murallas rojas de su querida Siena, un poco antes de Pentecostés de ese mismo año, casado con la Pia del Orso. Cosa rara en un hombre tranquilo que se casa un poco tarde y por gusto, Baldassare no se arrepintió absolutamente de lo que había hecho. La Pia era tan juiciosa como bella. Sería y muy casera, no salía a cotorrear con las comadres de la vecindad; no miraba a hombre alguno, excepto a su marido. Aceptaba de buen grado las caricias de éste, porque a ella le gustaban los ojos un tanto rojizos de Baldassare, y los ri-

zos negros de su hermosa barba la enorgullecían.

El único inconveniente del matrimonio para el honesto Baldassare fué

que, durante los primeros meses, pintó muy poco. En cuanto se sentaba delante del caballete, lo asaltaban los bostezos, y muy pronto tenía que

ELEVACIÓN

El alma pensativa se recoge en silencio para entrar en el ritmo sereno de la vida, perdiéndose en el blanco perfume del ensueño, dispuesta a tomar rumbo por la senda elegida.

Música redentora que llega a mis oídos como un salmo lejano de la melancolía, penetra dulcemente saturándome todo de un deleite inefable de luz y poesía.

Agua fresca que brota de entre las toscas piedras para ser a la tierra cual sangre al corazón; así nace esta tarde de mi amor y mi pena: dulce, clara y fragante mi sincera canción.

Sin buscar el secreto de las grandes ideas, hoy comprendo el simbólico sentido de las cosas: sé por qué trina el ave en medio de las selvas, sé por qué tienen llama de amor las mariposas.

Soy una nube blanca recorriendo en el aire la cristalina senda brillante de frescura; siento que asciendo al cielo por la lírica escala, hecho, por mi destino, la suprema dulzura...

Pedro Aristóbulo LIEBBE.

Rosario, 1923.

EXPERIMENTO



Muestre este dibujito a su esposa, cuando vuelva a su casa a las dos de la mañana.

ren... invencible. Esta vez, sin embargo, acabó por asustarlo; el matrimonio necesitaba, para vivir, que el pincel del artista no estuviese demasiado tiempo ocioso. Felizmente, antes de que volvieran las Pascuas, la Pia dio a luz un hijo.

Le pusieron el nombre de Matteo, en memoria del glorioso pintor extinto. Después, Baldassare volvió a tomar sus pinceles; y conquistado otra vez por el placer de su arte, se puso a pintar con el mismo ardor de otro tiempo.

Pasaron meses. El esbozo tórrido adormeció los altos palacios de piedra, las rojas basílicas, las calles ampliamente pavimentadas; el otoño abatió con sus lluvias el polvo blanco de los caminos; el año concluyó, volvió a empezar; el blando invierno toscano, con sus sombras frías y sus soles voluptuosos, volvió a poner la vasija de cenizas calientes entre los dedos gordos de las viejas. Durante tres días, Siena se envolvió en un manto de nieve. Después, de repente, con el ardor regenerado del aire, los almendros, los membrilleros, florecieron; llegó la primavera, cálida como el verano. Racimos de cerezas negras se balancearon en el extremo de las delgadas ramas, sombreadas por estrechas hojas en forma de lanza.

La Pia, a la que se le había retirado la leche como al cuarto mes, había destetado a su hijo. Desde entonces se mostraba taciturna; su hermoso rostro, de rasgos perfectamente regulares, se obscurecía. Sus ojos de mármol negro soñaban demasiado. Estaba triste. Cuando Baldassare, terminada la tarea diaria, iba a buscarla, la encontraba ociosa, al lado de la criatura dormida, con la mirada abstraída, preocupada. El la interrogaba. Ella respondía distraídamente, sin cólera: "No tengo nada". A veces, también se echaba al cuello de su marido y le cubría la cara de besos.

Un día de esa misma primavera, Baldassare estaba acabando de pintar las manos juntas del ángel de la derecha, cuando vio entrar en su estudio a la Pia con su hijo. Esta fué a sentarse al lado del caballete, y se puso a entretener al pequeño Matteo con un racimo de cerezas. Baldassare dirigió una sonrisa a estos dos seres que adoraba, y siguió pintando. Pero, como la criatura, excitada por el deseo de coger el racimo con sus manos inhábiles, soltaba gritos y risas de alegría, el padre dejó de trabajar, se distrajo un instante con la escena, y dijo:

—Ahora, Pia, déjame solo. Este cuadro que estoy acabando, es un encargo urgente, y la condesa Tolomei, a quien se lo he prometido para el domingo, me ha de pagar un poco más si se lo entrego el sábado.

La Pia se levantó, llevándose el niño.

—Nosotros no te impedimos de trabajar—dijo en tono enfadado.

—Sí. Os estoy mirando a los dos. Veo la gracia de la criatura y tu belleza, Pia... Y eso me perturba, y no siento ya en mí la serenidad ni la piedad necesarias...

La Pia clavó en el suelo sus ojos negros, lo que en ella era un signo de cólera.

—Es cierto—dijo,—que Matteo y yo no nos parecemos en nada a lo que tú pintas sobre tu tela.

Baldassare dejó sus pinceles.

—¿Qué quieres decir, Pia?

—Quiero decir—replicó ésta, animándose y acercándose al cuadro,—que la Virgen que yo veo aquí, no es una mujer, que el Jesús no es un niño de verdad, y que estos dos ángeles tampoco son jóvenes de verdad. ¿Dónde has visto tú estos cuellos flacos y encorvados como hojas de iris,

estas caras en forma de higo, estos dedos largos como patas de araña? Yo no entiendo nada de pintura, seguramente; pero, a mi juicio, los dibujos torpes que los niños hacen con carbón en las paredes blancas, se acercan más a la realidad.

Baldassare no se irritó; meditó un instante, y después, contemplando alternativamente su cuadro y a su mujer, dijo:

—Pía, yo dibujo esta Virgen, este niño Jesús y estos ángeles, como me lo enseñó mi querido Maestro Matteo di Giovanni, que, ahora, está viendo cara a cara a los Angeles, a la Virgen y a Jesús, en el Paraíso, y puede saber si los retratos que hizo de ellos son o no parecidos. Como yo no he visto con mis propios ojos esos modelos celestes, me conformo a la tradición. Sin embargo, las palabras que tú has dicho me perturban por no sé qué acento de verdad. Tengo necesidad de meditar sobre ellas. Déjame solo, por favor, y no vayas a resentirte, porque yo te amo, y te agradezco que me hayas hablado con el corazón.

Por todo el resto de ese día, Baldassare no pudo reanudar su trabajo. Pensaba alternativamente en su pintura y en su mujer; y, por primera vez, pensaba en esto con inquietud. A fuerza de reflexionar, acabó por distinguir algunas ideas netas. Porque él aplicaba su espíritu tan conienzudamente como sus ojos, y su espíritu muchas veces distraído, veía claro sólo cuando se esforzaba por fijarse en los objetos próximos.

Baldassare comprendió dos cosas. La primera era que Pía, celosa, aborrecía el tiempo que su marido dedicaba a la pintura. Tal vez no le faltaba razón para ello, porque, en tanto que pintaba, Baldassare no se acordaba de Pía. Ahora bien; desde que la había tomado por mujer suya, quizá habría debido asociarla mejor a la parte más noble de su vida, a lo que le absorbía tantas horas de actividad serena y de piadoso entusiasmo. Por el contrario, siempre la había mantenido alejada. Como a la mayor parte de sus contemporáneos, la mujer le parecía a él un objeto de placer para los sentidos del hombre, y de ninguna manera una compañera para su pensamiento.

La segunda cosa que comprendió Baldassare fue que Pía, al criticar la Virgen, el Niño y los dos ángeles, no había dicho cosas absurdas. Matteo di Siena era, indudablemente, un gran maestro, y uno podía, sin temor de cometer un error, copiar indefinidamente su obra. Pero, en el sentido estricto de sus palabras, Pía tenía razón. La Virgen María, el Cristo, habían sido, durante el tiempo dichos que pasaron aquí abajo, seres de carne y hueso. En cuanto a los ángeles, la tradición los representaba como bellos adolescentes provistos de alas. Baldassare, como Matteo, no pintaba seres de carne y hueso, sin duda para interpretar mejor de esa manera la sobrehumanidad de las personas sagradas. Sin embargo, si se poseyera el retrato fiel de Jesús y de su Madre, tal como éstos habían sido, con todos los signos fieles de su humanidad, ¿qué veneración jubilosa no provocaría un retrato semejante?

Baldassare meditó sobre estos grandes problemas todo aquel largo día y durante una parte de la noche, mientras Pía dormía a su lado con un sueño agitado. Al día siguiente, al despertarse, había tomado una resolución.

—Pía, mi querida esposa—dijo,—te lo ruego, cuando las tareas de la casa te dejen un momento desocupado, ve a buscarme a mi estudio, con nuestro Matteo, al que tratarás de entretener con un racimo de cerezas, como ayer.

—¿Para qué?—preguntó Pía, que seguía enfurruñada.

—Querría haceros el retrato, a los dos.

Pía saltó de alegría y llenó de caricias a su marido. Trató de desocuparse temprano y, con su hijo en brazos, y un racimo de cerezas negras en la mano, fué a instalarse delante de la ventana, en el estudio del artista, y se expuso pacientemente.

Por suerte, el pequeño Matteo era una criatura tranquila, y Pía tenía la apacible sonrisa de las Romanas; porque fueron menester largas sesio-

nes, durante muchos días la tarea de Baldassare fué enorme.

¡Pero en tantos años que no trabajaba copiando del natural! La mano se le cansaba al querer precisar los contornos del modelo; su paleta había olvidado los colores de los seres reales. Sin embargo, después de muchos esfuerzos y vueltas a empezar, un día, al fin, se sintió señor de su obra. Pía viviente, Matteo viviente, respiraron en su tela. Los pájaros se habrían engañado al ver las cerezas. Y Pía y Matteo, fielmente copiados, representaron para todos la Madre de Cristo y su divino Hijo, cosa que Baldassare no había buscado, ni previsto. La mano que había trazado el retrato de tantas vírgenes, de tantos niños, había conservado en sus dedos una especie de celeste magnetismo. Los amigos que Baldassare consultó, en el curso de su trabajo, no se equivocaron al juzgarla. La obra, célebre en Siena, aun antes de que estuviera terminada, fué bautizada: "La Virgen de las Cerezas", y el pueblo dió este sobrenombre a Pía, que se enorgulleció de él.

Entretanto, Baldassare, pensativo, terminaba su cuadro en medio de una gran perplejidad religiosa. Pensaba: "Dios me advierte que, como mi maestro Matteo, yo no debo trazar nunca nada más que el retrato de su Madre y de su hijo... ¡Oh Dios, ten piedad de nuestro siervo!"

Mientras duró esta tarea, la vida de los dos esposos estuvo concentrada en el estudio del artista. Comían apenas, apresuradamente... A la noche, fatigados, ella se exponía, él se pintaba, caían, en cuanto se acostaban, en un sueño profundo. Esta fatiga cesó pronto para Pía, cuando, terminado el cuadro, volvió a sus ocupaciones ordinarias.

Pero Baldassare no se restableció tan rápidamente. Concluido su cuadro; lo atacó la fiebre, y, aun después que se hubo curado de ésta, siguió mostrándose débil y meditabundo. Su piedad ordinaria se había acrecentado. Frecuentaba las iglesias, leía libros de santidad, se conducía, en una palabra, como debe hacerlo un hombre que ha sentido pasar sobre su cabeza el soplo de allá arriba. Pía no le reprochaba esto, porque era una esposa sumisa, y, por otra parte, Baldassare le demostraba desde entonces una deferencia que la conmovía. Su esposo la consultaba sobre las cosas de su arte. La hacía partícipe de todos sus pensamientos, pensamientos que tenían por principal

objeto la salvación del alma inmortal de ambos. Ella no podía censurarle nada; pero lo encontraba un poco frío para recibir sus caricias; le extrañaba que no se las devolviera.

Entretanto, pasaban los días y los meses, y la ardiente hija del Orso

empezó a experimentar cierto resentimiento por este marido tan piadoso y continente. Baldassare toleraba sus besos de fuego con una resignación que dejaba adivinar la impaciencia. Ella se enfurruñó. Pero su marido no se cuidó de ello. Entonces se puso colérica y hurañosa. Pero Baldassare se sometió, recordándole pacientemente que, en todo el curso de su vida terrenal, la Virgen María había sido siempre dulce.

Exasperada, la Pía le dijo una noche, cuando iban a acostarse:

—A la verdad, no sé por qué compartimos el mismo lecho. Los monjes no hacen esto, y creo haberme casado con un monje.

Baldassare, que estaba atándose un pañuelo en la cabeza, se volvió hacia ella y le dijo con dulzura:

—Mujer, ten la lengua, porque el demonio es el que quiere hablar por tu boca. Nada puede hacer cambiar mi resolución; tú misma la has inspirado. Antes, había dos partes en mi vida: una, la que te pertenecía a ti, era la vida frívola de mis sentidos; la otra era la vida de mi arte y mi piedad, cosas que no he separado nunca. Tú has querido tomar parte en esta última, y yo he consentido. Tú has animado este arte, esta piedad, con la gracia de tu rostro. Yo no creo que una mujer pueda soñar nunca en un destino tan noble. Pero, una vez que lo ha alcanzado, sería un sacrilegio hacerla caer de esa altura. En adelante, nosotros tenemos que vivir como vivieron San Alejo y su esposa. La que ha prestado su rostro para el retrato de la Madre de Dios, no debe inspirar ya a los hombres sino pensamientos puros y piadosos.

Y, como lo dijo, lo hizo. Si llegó a convencer a la Pía, esta ya no podría afirmarlo. Por otra parte, pocos años después moría el artista en olor de santidad. El cuadro de "La Virgen de las Cerezas" fué colocado en una capilla privada, contigua a San Giovanni d'Asso. Hoy todavía se le ve allí. Y, como esta obra difiere mucho de las demás que ha dejado Baldassare, se la tiene por apócrifa; hay también quienes la atribuyen a Giovanni Antonio Bazzi, apellidado el Sodoma.

Pidan la deliciosa cerveza QUILMES CRISTAL

LA EXPLICACION



—Brava su mujer! Eso de darle una paliza al ladrón que se metió por la ventana a medianoche.

—Sí... creyó que era yo.

PARA LAS DUEÑAS DE CASA

Conocimientos útiles

Todos los frutos secos deben ponerse en remojo en agua fresca, durante veinticuatro horas antes de hervirlos. Así recobran el aroma y se abrevia el tiempo de la cocción.

Al cocer verduras para hacer sopa, debe añadirse al agua un poco de sosa, a fin de que conserven buen color.

Para conservar los alcauciles se cortan en cuatro partes, se escaldan, se activa la ebullición, se escurren y se secan. Luego se envasan entre sal en cajas o paquetes.

Para emplearlos, se hierven primeramente y después se destinan a los usos culinarios como de ordinario.

Las coliflores deben ponerse siempre en remojo para que salgan los insectos que puedan contener. Si el agua está salada, mata los insectos aunque éstos no salgan.

Para cocer bien las patatas sin que se disgreguen, se las debe poner en una olla destapada, con el agua necesaria para que resulten apenas cubiertas. Cuando el agua esté a punto de hervir, se tira y se sustituye por otra fría, con la debida proporción de sal. Terminada la cocción, se tira el agua y se dejan secar las patatas al fuego durante unos diez minutos.

También salen muy harinosas cocciéndolas al vapor o al horno.

Para que salga tierna la carne de vaca al cocerla, hay que añadir al agua un poco de vinagre.

Si se desea darle buen aroma, se agrega una hoja de laurel y unas cuantas hierbas aromáticas.

El apio se conserva fresco durante mucho tiempo, envolviéndolo primeramente en papel fuerte rociado con agua y luego en un paño húmedo. Se guarda en sitio frío y obscuro, y cuando hay que usarlo se tiene una hora en agua fría.

Para impedir que el queso se emmoheza o se seque, es bueno envolverlo en un trapo humedecido en vinagre, tapándolo luego con un plato.

Para que los repollos no hagan daño deben cocerse en dos aguas. Esto los hace más sustanciosos y nutritivos. El repollo contiene un aceite esencial que suele sentar mal a las personas que hacen una digestión penosa, y cocciéndolo en dos aguas desaparece este defecto.

Echando las uvas en agua hirviendo unos cuantos minutos, se les quitan las pepitas con mucha facilidad.

La cocina

HÍGADO DE CERDO A LA CAZADORA

Se coloca en una fuente sopera en que haya aceite renado, un hígado de cerdo que se tiende a lo largo por la mitad sin que se separen los dos trozos, para que resulte como un riñón de carnero abierto.

Después se hacen incisiones a lo largo y a lo ancho como si se cuadrícula como una libra de chocolate y los surcos o huellas de los cortes se rellenan con picadillo de tocino, perejil y chalotas recortadas.

A las dos horas se moja toda la superficie del hígado con agua y se espolvorea con sal y pimienta. Entonces se cierra el hígado, que estará abierto como un libro, se mecha con hojas delgadas de tocino y se asa al horno o sobre la placa en una bandeja de asar.

Cuando el hígado está bien cocido, se coloca en la fuente de servir, se desengrasa el jugo del asado y se cuele para echarlo sobre el manjar, reforzado con zumo de limón.

De gran beneficio

para la toilette personal, es el uso del JABON LYSOFORM, exquisito artículo de tocador, deliciosamente perfumado.

El JABON LYSOFORM fabricado a base de este eficaz desinfectante, realiza una notable antisepsia general sobre la piel, la depura de manchas, granulaciones, etcétera, evita el contagio y contribuye a que el cutis se conserve fresco, suave, limpio y sano. Cada pastilla de JABON LYSOFORM se vende al público a \$ 0.45, dentro de una práctica y útil jabonera de lata.

MENDEL y Cía.

Buenos Aires. Guardia Vieja, 4439.
Montevideo, Cerrito, 673.

TORTILLA DULCE

Se separan las yemas, de las claras, de ocho huevos muy frescos; y se incorporan a las yemas, batiéndolas con viveza, 125 gramos de azúcar molida, la corteza entera rallada de un limón gordo, tres o cuatro cucharadas de crema espesa y un poco de sal.

Se reúnen las yemas así preparadas, con las claras, se bate todo junto del mismo modo y se hace la tortilla, a la española o a la francesa.

La tortilla hecha y colocada en la fuente, se espolvorea con azúcar y se la pasa por encima el atizador de la estufa-cocina hecho áscua, trazando rayas bien hechas para que agrade a la vista el acaramelado que resulta.

Cambiar de piel

Ciertos descubrimientos pueden perfeccionarse, otros llegan de inmediato a la perfección. Este es el caso del maravilloso azufre termado que actúa tan activamente sobre las enfermedades de la piel, que parece al curarse que los enfermos han adquirido una piel nueva. Granos, barros, manchas, eczemas, herpes, etc. son rápidamente extinguidas de la piel quedando el cutis limpio y suave como una piel nueva. En todas las buenas farmacias puede conseguirse el verdadero azufre termado.

DIFICULTAMOS



—He salido a ver si encuentro una colocación como ama seca.
—¡Con este tiempo!

PARA DECIR A UN AMIGO SEGURO



—¿Y usted se queda en casa cuando su mujer sale?
—Siempre. No quiero desperdiciar estos momentos de tranquilidad que disfruto en mi hogar.

LA TRÁGICA ODISEA DE LOS GIRONDINOS

Cuando vencidos en su lucha contra la Montaña los girondinos vieron el peligro sus cabezas, siete de los principales, después de mil penalidades, fueron clandestinamente a refugiarse en su tierra de la Gironda, creyendo encontrar en ella amigos y asilo, ignorando que allí también imperaba ya el Terror. Eran Guadet, presidente que había sido de la Convención; el bello Buzot, amado de Mme. Roland; Barbaroux, Louvet, Pétion, Valady y Salle, que hasta entonces habían sido ídolos y orgullo de la revolución francesa.

Corriendo inmensos peligros, ocultándose de día en bosques, barrancos y marismas, y caminando de noche, hallaron al fin el amparo de una mujer heroica, Mme. Bouquey, cuñada de Guadet, que vivía en Saint-Emilion.

Enterrados vivos

En el jardinillo de su casa, que todavía existe, se ve un pozo cuadrado de 30 metros de profundidad, en cuyas paredes interiores hay en la piedra agujeros muy a propósito para ir poniendo los pies y poder descender a aquella horrible profundidad. Es un camino peligroso, por lo resbaladizo, pero un camino que conduce a un magnífico escondite.

Todo el subsuelo de Saint-Emilion está cruzado por inmensas galerías, que se dividen en pisos. Mme. Bouquey poseía una de estas cuevas, que daba acceso a otra galería más profunda, adonde podía llegarse dejándose deslizar por un agujero cerrado por una tabla. En esta fosa ocultó Madame Bouquey a sus huéspedes.

Los tormentos que allí debieron pasar los siete fugitivos, sin poder hablar en voz alta, sin poder ver la luz del día, verdaderos enterrados en vida, no son para describirlos. Habían permanecido allí un mes, cuando Mme. Bouquey bajó a verlos llorando. Sus parientes, su propio marido, la obligaban a que dejara de continuar jugándose la cabeza por ocultar a los girondinos.

Aquella misma noche hubo que reanudar la fuga. Buzot, Barbaroux y Pétion tiraron por un lado. Valady se dirigió a casa de un pariente, donde esperaba hallar refugio y donde sólo encontró la muerte. Guadet, Salle y Louvet pasaron el día siguiente en una cueva de las afueras, esperando la noche para ir a casa de una señora a quien Guadet había salvado de un proceso que comprometía su honor. Cien veces, aquella le había ofrecido pagarlo tan gran servicio tan pronto como le fuera posible.

La casa despiadada

Hacía un tiempo horrible; llovía sin cesar, y el camino estaba convertido en un pantano. A las cuatro de la madrugada, rendidos de fatiga y empapados en agua, llamaban a la puerta de la casa que creían su refugio.

Un criado, de parte de la señora, salió a decirles que no podían ser recibidos.

La lluvia cae con más fuerza que antes; la ropa de los tres girondinos chorrea agua por todas partes. Louvet sucumbe a la fatiga y cae sin conocimiento; sus compañeros tratan de mantenerlo derecho, apoyándolo contra un árbol; pero no se puede tener, y es preciso dejarle echado en tierra, o por mejor decir, en el agua. Guadet llama de nuevo a la casa.

—¡En nombre del cielo!—suplica —una habitación y un poco de fuego sólo por dos horas; uno de mis amigos se ha puesto malo.

Aquella súplica obtuvo la misma respuesta que la anterior.

Y la casa que ellos juzgaban hospitalaria, se cierra definitivamente.

Ocho meses en un cuchitril

Louvet, algo repuesto, decidió separarse de sus compañeros. Estos vuelven a tomar el camino de Saint-Emilion. La casa del padre de Guadet no estaba ya vigilada. Salle y Guadet metiéronse en ella durante la noche y buscaron un nuevo escondrijo: era éste un rincón bajo el ángulo de un te-

jado, de un metro de alto en el techo, elevada. No pudiendo pasar de pie ni sentarse, los dos proscritos veíanse obligados a permanecer tendidos, sin recibir otra luz que la que penetraba por los intersticios de las tejas. Nada menos que ocho meses pasaron aquellos infelices sufriendo tormentos espantosos de calor o de frío.

Barbaroux, Pétion y Buzot regresaron a casa de Mme. Bouquey. Esta los volvió a recibir, mas como su familia

la vigilaba de cerca, les buscó mejor escondite.

En el centro mismo de la población, y en una esquina de una calle que hoy lleva el nombre de Guadet, había una barbería. El barbero ocupaba solamente el piso bajo, y la habitación de encima, compuesta de una sola pieza, estaba abandonada y llena de trapes viejos, sin que las ventanas se abrieran jamás. En este cuchitril se albergaron Pétion, Buzot y Barbaroux al comenzar el año 1794.

Cazados con perros

Entretanto, se creía a los girondinos refugiados en las galerías subterráneas. En un pueblecito cerca de Saint-Emilion vivía un carnicero llamado Francisco Marcón, que criaba perros de presa y los amacstraba para la lucha; su jauría era célebre y temida en todo el país. Este hombre se comprometió a encontrar a los fugitivos.

Un día, Saint-Emilion despertó bloqueado por un batallón. Todas las puertas, la casa Guadet y las salidas de los subterráneos estaban perfectamente guardadas. Los perros de Marcón fueron desatados y metidos en los subterráneos, de donde se esperaba ver salir a los girondinos como conejos perseguidos por el hurón. Pero no salió nadie. Marcón, corrido por el éxito, registró con sus perros toda la casa de los Guadet, desde el subterráneo hasta el tejado, y debajo de éste, en su reducido rincón, fueron descubiertos Guadet y Salle. Los dos compañeros, Mme. Bouquey y toda la familia de los Guadet, incluyendo a una infeliz doméstica jorobada, salieron poco después de Saint-Emilion en una carreta.

La triste comitiva pasó junto a la casa donde se ocultaban Buzot, Pétion y Barbaroux. Los tres proscritos, por las rendijas de las ventanas, vieron desfilar el cortejo que conducía a la muerte a sus últimos amigos.

Aquella misma noche, no bien se hubo restablecido la calma en Saint-Emilion, Pétion y sus dos compañeros abandonaban la ciudad. No sabían hacia dónde dirigirse. La frontera más próxima era la de España; pero en todos los caminos, en todos los puentes, había guardias que pedían el pasaporte a los viandantes.

El tambor fatal

Era ya de mañana cuando se detuvieron los tres en un campo de trigo, a la sombra de algunos árboles, para desayunarse. Las mieses los ocultaban suficientemente; pero en aquel momento, algunos voluntarios que se dirigían a Burdeos, pasaron por la carretera próxima. Al frente iba un tambor, que por capricho empezó a redoblar. Los proscritos se creyeron perseguidos. Pétion y Buzot, levantándose rápidamente, ganaron en cuatro saltos un bosquecillo cercano, donde desaparecieron. Barbaroux, sumamente obeso, no pudiendo seguir a sus compañeros, y acaso desesperado por aquella vida de sobresaltos, sacó una pistola, y aplicándosela al oído derecho, hace fuego.

Los soldados y los campesinos rodean al herido, sin atreverse a socorrerlo. El miedo al cadalso era tan grande, que todo sospechoso inspiraba horror. Barbaroux, que en otro tiempo, con ademanes galantes, había sido ídolo de los salones y de las bellas, yacía ahora retorcándose sobre el barro y la sangre, rodeado de cien curiosos que no se atrevían a prestarle el menor socorro.

Las tres llegaron por fin las autoridades del pueblo más próximo, y

AVISOS ESPECIALES

MEDICOS

Dr. J. M. Blanco Spangenberg

Del hospital Alvear

Venéreo - sifiliticas

De 3 a 6 p. m.

U. T. 1770, Av. 25 de Mayo, 597.

Dr. JUAN E. CARULLA

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente
enfermedades internas

Rivadavia 764, 1.º piso

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
UNION TELEF., 3717. Av.

Dr. A. R. ZAMBRINI

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque

TUCUMAN 531 de 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Eloy A. Escobar Bavio

Médico oficial del Círculo de
la Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club

LAS HERAS 1877

Consultas de 3 a 5 p. m.

Unión Telef., 5728, Juncal

Dr. JORGE I. DEL PIANO

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque.

Asistente a la clínica del profesor
Sebilcau (París).

Consultas: de 2 a 4 p. m.

Libertad 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES.

Alberto T. Barragán

Dentista cirujano

De 14 a 18 Sáenz Peña 216

BUENA VISTA



—¿Y las muchachas?

—Trabajan en el teatro. La menor está de segunda tiple, y la mayor...

—¿La mayor ya he visto que está "de primera"!

condujeron al herido a una granja. Pero los dueños de ésta no quisieron abrir la puerta. La ley era inexorable: todo ciudadano que auxiliaba en lo más mínimo a un conspirador, se constituía su cómplice. Se pidió a los aldeanos una taza con agua para lavar la herida, y no quisieron darla; un poco de paja para acostarlo, y la negaron. Barbaroux era un proscrito hasta en la muerte.

Sólo hubo un campesino que se resolvió a prestar una silla; la colocaron delante de la granja, y allí sentaron al herido. Aunque abrasaba el sol, una turba inmensa de curiosos se disputaban el sitio para verlo mejor. A eso de las cuatro de la tarde llevaron al girondeño a la cárcel de Castillón. Seis días más tarde, esta vez amarrado sobre un colchón, Barbaroux salía para Burdeos, y una semana después moría en el cadalso.

Las dos muertes misteriosas

Pétion y Buzot, entretanto, habían buscado refugio en los campos y en los bosques. Como dos fieras acosadas, sentían de día en día disminuir las probabilidades de salvación. Sus cabellos habían encanecido en unas cuantas noches, como los de la reina a quien habían sacado humillada de Varennes.

Al anochecer, desde las granjas se oyeron dos detonaciones casi simultáneas, y ocho días después, un hombre que pasaba por un campo de centeno, oyó gruñidos de perros; se acercó y vio a tres mastines destrozando dos cadáveres tendidos de espaldas. Los dos tenían el rostro intacto, pero negro como el carbón. Eran los de Buzot y Pétion.

Sobre su muerte se hicieron infinitos comentarios: se pensó que se habían envenenado, y luego, juzgando por la distancia que había entre ellos, alguien dijo que debían haberse matado recíprocamente, como en un duelo, buscando ese medio de huir de los sufrimientos y de la guillotina. Allí mismo los campesinos abrieron dos fosas para recibir aquellos restos mortales. Antes de enterrarlos, un hombre, acercándose a ellos, les rompió las mandíbulas de un golpe de azada, diciendo:

“¡Pílosos emigrados!”

“Rosas de cerco”, por Alberto Larran de Vere

Un nuevo poeta se incorpora a la lírica argentina. El señor Larran de Vere autor del libro de versos que ha dado a la publicidad con el título de estas líneas, no era un desconocido, sus poesías aparecidas en diarios y revistas los señalaron como un conocedor consciente de la bella rima, como un alma sentimental que gustaba del vino ligero de la inspiración.

Ahora, al analizar el tomo de poesías del señor Larran de Vere, pueden confirmarse sus bellas cualidades. Indudablemente no diremos que “Rosas de Cerco” sea un libro definitivo, pero sí es un cofre de armonías recónditas que acusan en el autor un verdadero poeta, de viva imaginación y de una exquisita sensibilidad.

leyendo todas las composiciones del volumen, el espíritu del lector encuentra en ellas una dulce placidez, una emoción grata. No hay en esos cantos un rudo pesimismo, ni abundan las estrofas amatorias, tan en boga en los malos versificadores, ni menos marcan una orientación, pero sí encontramos una musicalidad extraña, y una fluidez perfecta; así lo justifican estos versos con que el poeta inicia su obra:

“Mientras paso enhebrando mis quimeras
mi mano arranca del florido cerco
rosas, que luego en el sendero arrojo
como una lluvia de fragantes pétalos.”

“¡Oh! cuánto anhelo contemplar la vida
que ante mis ojos desfiló y se fue;
(armoniosa y alegre como el agua
sencilla y sana como el pan moreno).”

A veces el poeta se reviste de una paz inaudita, como si se alejara del vivir contemporáneo, y en esos momentos de verdadera abstracción espiritual repite:

“Señor, estoy sereno; ni el más pequeño
turba el silencio augusto donde mi espíritu
sólo mi voz se eleva como un débil vagido;
lo mismo que un vagido monótono, que im-
plora.”

Todo este libro está impregnado de una dulce belleza y de una suave melancolía. Carecen de ese rebuscamiento tan común en nuestros poetas, estos versos sencillos como una flor del campo.

Tal vez en algunos de sus sonetos no exista esa terminación brillante que matiza todo el conjunto de esa composición tan difícil en su aparente simplicidad, pero esto, queda de hecho subsanado con el desenvolvimiento exacto del pensamiento, con el cendal de inspiración.

La última parte de “Rosas de Cerco” es la más interesante, quizá donde se trasluce con más intensidad el alma del autor; tiene composiciones como “Mientras Tejes” elegante y sentida; “Revelación” amorosa y honda y por último “El Nido” tal vez la más exquisita del volumen por su armonía y concepto.

Yo creo que la parte tónica del poeta está en esas estrofas de metro libre, ahí se ve su vuelo imaginativo, toda la gama de sus pinceladas atrevidas y originales.

Engalana la cubierta de esta obra un bello dibujo del artista señor Martínez Ferrer, de quien nuestros lectores más de una vez habrán sabido apreciar los trazos elegantes y sobrios de su pluma, como así también la interpretación de cuentos expuestas en sentidas ilustraciones.

En síntesis, “Rosas de Cerco” es

Obras de CARLOS CORREA LUNA Don Baltasar de Arandia,

libro premiado con 10.000 \$
por el Gobierno Nacional

(Ley N.º 9141 de Fomento a la producción científica y literaria)

La 2.ª edición de esta importante y amenísima obra histórica, se halla en venta en todas las librerías al precio de \$ 2.50 m/n.

Del mismo autor, a \$ 1 el ejemplar:

UN CASAMIENTO EN 1805

LA VILLA DE LUJAN EN EL SIGLO XVIII, 1916

ANTECEDENTES PORTENOS DEL CONGRESO DE
TUCUMAN, 1917

Por pedidos de estos últimos, dirigirse a la administración de FRAY MOCHO,
Bolívar, 979

un libro de un espíritu joven, que a no dudarlo con la marcha del tiempo, con la perfección, tiene que darnos una obra definitiva. El autor es poeta, y esto basta, puesto que es ésta su riqueza que obligará a su corazón y a su número a que alcance una perfección absoluta.

F. B. V.

Cristal opalescente

Existe una nueva aplicación muy interesante del mineral llamado fluorita, para fabricar una clase de cristal de gran belleza. Con añadir esta sus-

CRIOLLA

Las nubes manchan el cielo...
la tempestad se avecina;
mientras canta en la cocina
el gaucho fiel su desvelo.

Ya viene montado en pelo
el mozo de la vecina
arreando la res cansina
que anoche quedó en el suelo...

La lluvia tan esperada
es una ofrenda sagrada
para el florido alfalfar;

y mientras fuerte gotea,
el buen zaino corcovea
por no querer galopar.

Oscar Allier y Haro



La señora (desde el comedor).—Manuela: no desperdicies el agua, que tenemos medidor.
El primo de Manuela.—¡Ya te lo decía yo que me dieras cerveza!

tancia a una mixtura de cuarzo, se obtiene un cristal opalescente, cuyo color se debe al ácido hidro fluorico que entra en la composición de la fluorita, la cual es, químicamente hablando, un fluoruro de calcio.

El cristal que se obtiene por este procedimiento se emplea para fabricar pantallas, floreros, jarrones y otros objetos de ornamentación.

La opalescencia tan brillante algunas veces que presentan los objetos de cristal antiguos, como los que se encontraron en las excavaciones de la isla de Chipre, no se debe a ningún ingrediente químico, sino al deterioro del material, el cual forma por esta causa una serie de láminas o capas que cortan los rayos del sol, y producen efectos prismáticos.

Hace pocos años, un aficionado a estos asuntos, gran admirador de los efectos opalescentes del cristal antiguo, trató de imitarlo, y después de muchos experimentos consiguió producir la que hoy se llama cristal de Favrite. Este cristal tiene una iridescencia muy bonita, con tonos metálicos a veces, y a veces parecidos a los del nácar.

No se consigue fabricar dos piezas del mismo color, porque hay que hacer cada una por separado y resulta tan costoso el material, que sólo un vaso para beber agua cuesta por lo menos 20 pesos moneda nacional.

ES LA VIDA... por Félix CUQUERELLA

Aquella, como todas las mañanas, cuando Enrique entró en su despacho, "Bey", el lullú de albas, luengas y sedantes lanas, le salió al encuentro. Haciendo cabriolas metíasele por entre las piernas, contra las que se restregaba, cimbreándose y meneando el rabo acompasadamente.

Enrique correspondía a sus caricias. —Hola, "Bey", mi perrito cariñoso. Basta..., basta; ya está bien.

El perro, entonces, se sentó frente a su amo con la cabeza en alto, mirándole fijamente a los ojos y aporreando la alfombra con el rabo.

Enrique le mimó de nuevo: —¿Aún quiere usted más fiestas? Bueno, mi perrito mimoso y gandulón. ¿Ya se ha bañado usted? ¿Y le han puesto su almuerzo? ¿Sí? ¿Sí?

Y, como si le entendiese, "Bey" contestaba con sonoros ladridos a cada interrogación de su amo. Este, inclinándose para acariciarle, puso fin a la escena ordenando:

—Un beso a su amito, y a su puesto, ¿eh? Y yo, a mi labor.

"Bey" exteriorizó su asentimiento con un ladrido y fué perezosamente a

tumbarse sobre la piel de oso a los pies de su amo.

Enrique se sentó a su mesa de trabajo. Puso la mano sobre la caja del correo y se quedó abstraído.

No estaba triste, ni rehuía el trabajo, ni se sentía atacado de ese sopor melancólico que frecuentemente suele enervar a los hombres de capacidad muy cultivada. Era que aquella mañana se había levantado propicio para la meditación.

El había bregado mucho hasta llegar adonde había llegado. Primero, los desvelos y las privaciones a que se vió sometido para terminar su carrera de ingeniero; luego, sus primeros años de trabajo y lucha sin descanso, y por último, el fruto, que alcanzó a todos los suyos.

Sus padres, ya viejecitos, viviendo cómodamente y tranquilos en la burguesía y un poco austera casona, legado de sus mayores, en una antigua ciudad castellana. Su hermano, a quien él había costado la carrera de diplomático, representando los derechos de España como cónsul en una población inglesa. Los padres de su mujer, reglados con sus pequeñas rentas y la

espléndida pensión que él les tenía asignada. Los hermanos, los primos, todos los parientes de ella, viviendo bajo su protección.

¿Qué ventura mayor que la íntima de repartir dádivas, bienestares y alegrías entre los suyos! ¿Que todos se lo debieran a él, todo cuanto eran y cuanto tenían, y que ellos lo pensaran siempre, sin decirse nunca y sin saber jamás que él lo recordaba, y menos aún que pudiera decirse alguna vez!

Y así vivía él también feliz. Y no era esto egoísmo..., un egoísmo moral acaparador de puñaditos de ventura que robustecían su dicha. Pero si lo fuese, ¿qué? Siempre sería un egoísmo santo. Porque él hacía bien por el bien mismo, no solamente a los suyos, sino también a cuantos a él llegaban demandando ayuda, sin reparar en el olvido y la ingratitud con que muchos correspondieron a sus favores. La ingratitud. ¡Bah! ¡Es tan humana!

"Bey" dió un fuerte ronquido que le hizo despertarse en un estremecimiento de sobresalto.

Enrique se detuvo en sus filosofías. Abrió la caja del correo y sacó su correspondencia, separando las cartas de los periódicos.

Alcanzó un block de volantes y el lápiz y comenzó la tarea de hacer las minutas contestación a las cartas, para que su escribiente las cumplimentase por la tarde a máquina.

Aquellas cartas eran el cotidiano reflejo del malestar ambiente, en el que el noventa por ciento de los mortales pide y pide siempre: destinos, recomendaciones, dinero...

Al levantar una carta apareció al descubierto, otra de elegante factura femenina. La miró con atención escudriñadora, como si a través del sobre quisiera saber qué dama era la que a él se dirigía y la petición que le hacía. La cogió. Estaba perfumada. Rompió el sobre. Eran pocas líneas escritas a máquina y sin firma ni fecha. ¿Cosa extraña! Volvió a examinar el sobre. Sí; a él venía dirigido...

Al fin leyó: "Eres un hombre feliz y yo te admiro y te felicito. Feliz, porque tienes ojos y no ves, oídos y no oyes. ¿O te llevas bien con el otro? ¿O es que no sabes nada? En este caso, no le preguntas a tu mujer... Sería inútil."

Enrique sonrió desdenoso y compasivo para el triste ser de espíritu ruin que a tales hazañas se dedicaba, y

Te "Abadía"

El te más aromático y el más fresco.

Envasado en Londres, por Aitken, Melrose & Co. Ltd.



Unico agente para las Repúblicas Argentina, Uruguay y Paraguay:

FEDERICO PEREA

Lima, 1672 — Buenos Aires

U. T., 616, B. Orden—C. T., 220, Sud.

Agente en ROSARIO:

ASURMENDI Y FERNANDEZ

878, San Lorenzo, 880

SINFONÍA DE OTOÑO

Ya llegó, vida mía, la serena estación del ensueño, la suave de casta palidez... Se perfuman los parques de mística emoción, hay en todas las cosas, qué dulce languidez!

¡Otoño! Sutileza, misterio, aristocracia, perfumes de leyenda que invitan a soñar... El alma con anhelos de infinito se espacia por el azul de gracia del romanesco Amar...

Estación pensativa, melancólica, llena de una amable ternura que nos da la virtud de sentir que la vida se ha tornado más buena, de sentirnos serenos en plena juventud.

Un gris, una rosa lálido decoran el paisaje, que sabe así a discreto matiz sentimental, y el alma del momento nos habla de un paraje lejano, de un refugio de vida espiritual.

Medio tono, silencio, serenidad propicia para los largos éxtasis de tu mirada azul, para los breves diálogos que mi cariño inicia de la quimera envuelto con el divino tul.

Se esfuman los chillones brochazos del estío con su fiesta sonora de alegría vulgar... Qué bien en estas horas de otoño, tu "Bien mío", me sabe con su música celeste cautivar.

¡Otoño!... Gris... Paisajes de lluvia y de quimera... Florecen los rosales en nuestro corazón... Intimidad, silencio, la vida verdadera, la de labios adentro, la idea y la emoción...

Bienvenido el otoño con su melancolía, con su delicadeza de suave tono gris... Yo me siento más tuyo, yo te siento más mía... Bienvenido el otoño que me torna feliz!

Manuel Crespo García

La Plata, 1923.

CASA EDITORIAL FRANCO IBERO AMERICANA

222, Boulevard Saint-Germain — PARIS

ACABA DE PUBLICARSE

EL PRESIDENTE ALVEAR

POR

RICARDO H. ARAMBURU

Un tomo en 8° de 208 páginas, en rústica,

con un magnífico retrato del Presidente.

PIDASE EN TODAS LAS LIBRERIAS

habitación, para mejor enfocarle y mirarlo fijo, triste, expectante y resignado.

Como si obedeciese a un designio fatal, Enrique cogió otra vez el anónimo.

—Esto es cobarde, criminal. Peor aún. El criminal, el degenerado o loco, no acierta al acorralar a su víctima, corre el riesgo de exponer su propia vida, y lucha con valentía o vertiginosamente para vencer, y mata con rapidez compasiva. El que suscribe un anónimo medita, estudia el plan de ataque y escudándose en la impunidad asesta el golpe que ha de envenenar una vida. Y luego, siempre parapetado en las sombras, a espiar y a reír con estremecimientos morbosos los dolores de su víctima. Es un refinado silarita del mal que tortura y mata lentamente.

Volvió a leer:

—“Tienes ojos y no ves”. ¿Qué podría yo ver que no vea? Su corazón, su alma y hasta su pensamiento son un libro abierto para mí. Me ama, sí; me ama. “Oídos y no oyes”... Oigo sus arrulladoras frases de amor, sus ingenuas, sus dulces reconvenciones: “Trabajas demasiado. Trabajas demasiado. Debíamos ir más frecuentemente al paseo y al teatro. ¡Si tuviésemos un hijo!”

—“¿O te llevas bien con el otro?”

—“Pero es que hay otro? ¿Quién es el otro?”

—“...no le preguntes nada a tu mujer...”

Sí. Está claro. Que no veo, que no oigo, que no sé nada... Que vivo escarnecido y vilipendiado. ¿Es esto lo que aquí se quiere decir? ¡Ja, ja, ja!... ¡Impostor, canalla!

Dió un puñetazo al anónimo sobre la mesa, que hizo protestar a “Bey” con un saltito y un ladrido. Se dejó caer sobre el sillón y, apoyando la cabeza entre las manos, cerró los ojos. Después se metió los dedos, a modo de púas de peine, por el pelo; movió los brazos en alto como para apartar malos pensamientos, que en oleadas de fuego llegaban a su cerebro, y se irguió como un titán que se aprestase a la lucha.

—Sí. ¡Veré, oiré, espiaré para saber y mataré si es preciso!...

Hizo un supremo esfuerzo de dominio de sí mismo, y se preguntó:

—Pero ¿y si todo fuese una vil impostura?... ¿Cómo borrar después esta grave afrenta, este vituperable ataque injustificado a su virtud y a mi propia dignidad? Vigilar, espiar a un ser digno y honrado, sin una plena razón que justifique este acto de ruin alevosía, es pérfido, traidor...

Aherrojado por el dolor, permanecía

inmóvil. Su cerebro, rebosante de hirizadoras ideas, balanceaba entre el cido o anulado. Los ojos miraban con tristes y vacilantes, y el alma tenía la sensación de acosada en el abismo por los negros y horribles fantasmas de la duda. El corazón, sólo el corazón, pudo imponerse para hacerle rugir:

—¿Y si fuese cierto?...

“Bey” se abalanzó en saltos de gigante hasta el extremo de la habitación, comenzando a ladrar estrepitosamente ante los cortinones de raso.

Enrique le siguió inconscientemente, como para pegarle. Pero de pronto se detuvo:

—“Bey”, “Bey”! ¡Cállese usted! ¡A acostar!...

“Bey” se resistía, gruñendo.

—¡A acostar, he dicho!

Obedeció, aunque de mala gana.

Enrique se quedó como petrificado ante los cortinones.

En la habitación próxima, Pili, su mujer, reía. Con ella hablaba un hom-

guapa. ¡Ay! Tú necesitabas un hombre, otro hombre. Vamos, ¡un hombre como yo, por ejemplo!...

Siempre has de ser el mismo, Alfredo,—contestó Pili.—Ya te he dicho más de una vez que no me gustan esas maneras de pensar y hablar tuyas. A mí tienes que tratarme de otro modo muy distinto...

No te incomodes, hija. Digo la verdad. Lo que siento. Lo que veo: que eres muy guapa, que me gustas mucho... Que Enrique es bueno; mejor dicho: “un buen hombre”, trabajador, de talento; pero...

—No sigas. ¡Eso sí que no! Yo tomo a beneficio de inventario las tonterías que a mí me dices; pero faltarle a él, a él, a quien debes gratitud..., no te lo consiento; vamos, ¡que no te lo consiento!...

—¡Uf! ¡Qué miedo! No te incomodes... Me voy.

—Sí. Y procura, si vuelves, no venir con esas impertinencias.

—Adiós, señora. ¿Me das la mano?

—Con tal de que te vayas...

Hay que cuidar los pulmones

Aquellos que padecen de tos y resaca frecuentes; los que sufren de dolores de espalda, no deben desentenderse. Es necesario que se atiendan en seguida, tomando 3 cucharadas diarias de tomillo erytroso seguido de una taza de tilo o leche caliente.

Con este sencillo remedio se consigue dominar y curar cualquier afección de esta naturaleza, por crónica que sea.

En toda farmacia puede adquirirse el tomillo erytroso.

Lagos de agua dulce y salada al mismo tiempo

En Alaska existe un lago que contiene a la vez agua dulce y agua salada. Un fenómeno semejante se encuentra también en Europa, en la isla de Kildin, junto a la costa septentrional de Rusia.

Esta isla es una roca paleozoica, separada del continente por un brazo de mar, y en ella hay un lago que parece perfectamente cerrado por una faja de tierra, aunque debe haber alguna comunicación subterránea, pues las mareas del mar se notan en el lago. En la superficie, así como a poca profundidad, el agua es dulce; procede de varios arroyuelos y de las lluvias, y en ella viven peces de agua dulce; pero más abajo, hacia el fondo, sólo hay agua salada y una fauna enteramente marina.

Lo mismo exactamente sucede en el lago de Pangong, en el Tibet, y parece que ciertas partes del mar Caspio gozan también de este doble carácter.

VENCIDO

Mundo blanco de ventura,
flor suprema de mi lira
con dulzor del que suspira
porque el suspiro es dulzura...
Reina lírica en tu albuza
de magnolia y de candor;
soy cancionero de amor
que en esta noche ambiciono
subir contigo hasta el trono
del bueno y noble Señor.

Al amparo suficiente
de la tranquila glorieta,
todo jazmín será un poeta
que irá a besarte en la frente.
Junto a ti, sublimemente,
bajo este amante embeleso,
te haré, mi amor, de expofeso,
como una ofrenda amatoria,
un anillito de gloria
con el platino de un beso.

La noche toda expresiva,
en su quietud soberana,
finge una mística hermana,
que estuviera pensativa.
Ven, mi rosa sensitiva;
de tu honor ante el santuario
me inclinaré, voluntario,
por vez primera vencido.
¡Tu pureza ha conseguido
que un león se vuelva canario!

Arturo MARTINI.

NO HAY QUE PRECIPITARSE



—Y eso de que hay una falta de ortografía, lo ha dicho usted demasiado pronto. Espere que se seque la pintura y ya veremos.

bre. Era el primo Alfredo: un “pollo bien”, abogado sin pleitos y empleado con tres mil pesetas, de los que no van al Ministerio.

El hablaba:

—No te rías. Sois unos cursis. No vais a ninguna parte. La otra noche, viéndolos en el palco de la Zarzuela, tan atentos a la función, tan graves, tan modosos, y tú con tu escote tan honestito..., os tomaron por isidros. Yo no quise ir a saludaros. ¡Cualquiera tenía valor! Estaba en la platea de Totó, que fué la que me hizo veros. Y por cierto que me dijo: “Tu prima es muy guapa. Lástima de vida que hace, y sin hijos”.... También me dió bromas contigo. Tiene sus celitos... Hace bastante tiempo que es muy amiga mía. Yo no la quiero. Ella dice que me quiere mucho, lo cual no priva para que me juegue cada partida... A tí no debe quererte tanto, porque recuerdo que un día me dijo: “Yo de buena gana le escribiría un anónimo a ella o al marido”.... Es envidia, ¿sabes? Porque aunque ella es mucho más elegante, tú eres mucho más guapa... De veras. Porque cuidado que eres

—Adiós.

—Adiós.

Enrique retrocedió hasta la mesa. Cogió el anónimo que le tuvo a punto de enloquecer y le aplicó una cerilla. Aquel humo infestaba la estancia. Abrió el balcón.

“Bey” tosió, molestado por el humo, y fué tras de su amo a buscar el airecillo de la calle.

En aquel instante, Alfredo, que doblaba la esquina, vió a Enrique asomado y le saludó con gran afecto. Este le contestó con la mano, moviendo la cabeza. “Bey” con gruñidos.

Pili levantó los cortinones.

“Bey” corrió a su encuentro, haciendo presa en sus vestidos y tirando de ella. Enrique cerró el balcón.

—Había humo y abrí un momento...

—Estás despeinado.

—Sin duda, el aire de la calle, al asomarme...

Enrique la cogió de las manos, envolviéndola en una cariñosa mirada de amor. Ella se acercó más. Sonó un beso...

“Bey” fué, perezosamente, a tumbarse sobre la piel de oso...

La IODHYRINE

del Dr. DESCHAMP
DE LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARIS

ADELCAZAR

SIN PERJUDICAR LA SALUD

Combate la gordura excesiva,
reduce las caderas y vientre.
Adelgata el tallo.

No deja arrugas.

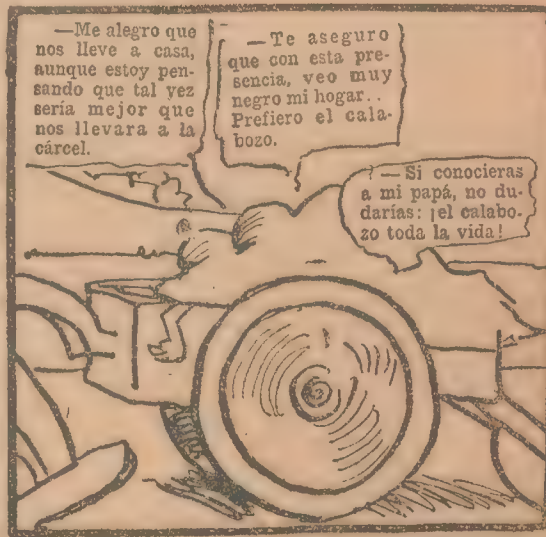
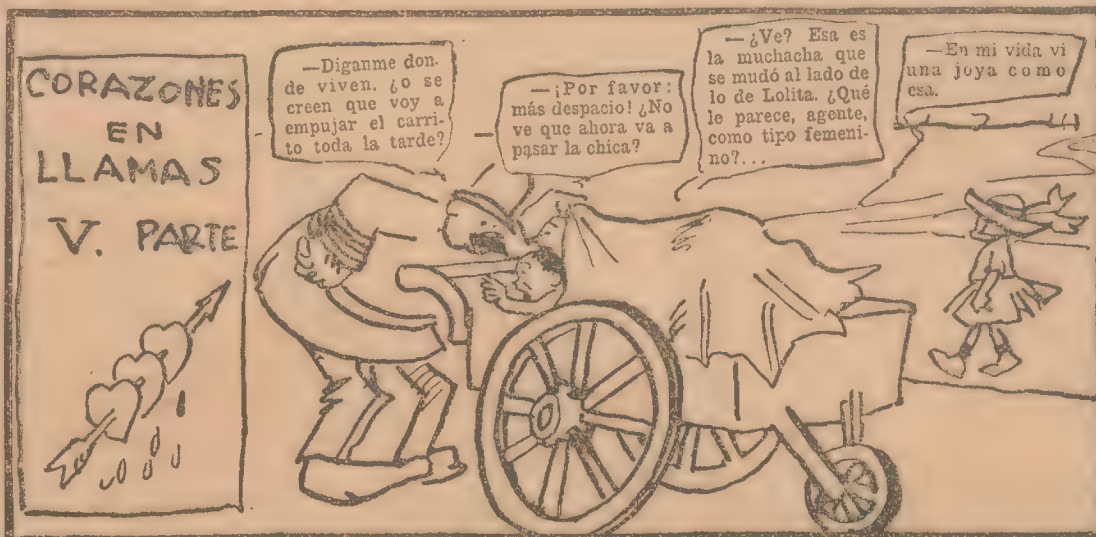
Es el MÁS SERIO de los específicos contra la

OBESIDAD

Autorizada por el Dio. de Higiene.
Todas las Farmacias, \$ 7.50 la caja.
Concesionario: M. León.

SAN MARTIN 460

PÁGINA INFANTIL. — Aventuras de Pipirí



POR LOS DOMINIOS DE TALÍA

"MANUELITA ROZAS", poema dramático en 4 actos, de Eduardo R. Rossi, alcanzó un gran éxito en el MARCONI, interpretado por la compañía de BLANCA PODESTA.

He aquí una obra que de haber sido bien escrita en prosa hubiese resultado altamente encomiable pues, tal como ha sido presentada al público, el único defecto de que puede ser censurada son los versos. El autor tiene un pobre concepto de la poesía, a juzgar por lo que ha hecho; parece como si creyera que para hacer teatro poético basta versificar una prosa por vulgar y chabacana que sea. Los versos del señor Rossi, son versos de "colaboración espontánea" o de reclame comercial, fríos e insípidos como nieve derretida. Falta en ellos el soplo lírico, la gracia nerviosa o elegante de la imagen, la emoción patética, el alarde retórico, la variedad rítmica. Son los suyos, versos que producen la impresión de que rimaran por casualidad. Son versos sin alma.

Dicho con esto lo único malo que puede decirse de "Manuelita Rozas", vayamos ahora consignando lo que tiene de bueno.

En primer término, merece un franco elogio el esmero con que Ballerini ha cuidado todos los detalles de la presentación, especialmente el sarao del tercer acto donde el fastuoso vestuario corre parejas con el buen gusto de la decoración escénica.

Otro elogio merece la interpretación y muy en primer término la que Blanca Podestá hace del papel de Manuelita Rozas. Da pena ver los esfuerzos de la eximia actriz para infundirle emoción y belleza a sus parlamentos. A su influjo, algo ganan los versos, pero es inútil: para ganar mucho hay que tener un poco y los versos del señor Rossi no tienen nada.

Con todo, la obra ha sido un gran éxito. Está bien reconstruida la época, hay amenidad en la acción y el conflicto no carece de interés, de modo que en realidad tiene méritos positivos como para recibir con justicia el aplauso. ¡Ah, pero esos versos del señor Rossi!

ALIANZA HISPANO-ARGENTINA

Un castizo y popular sainetero madrileño, José López Silva, y un popular y castizo sainetero criollo, Carlos M. Pacheco, han escrito en colaboración "Los piratas", pieza en un acto que estrenó en el SMART la compañía Simari-Franco el jueves último. Comentarios, en el próximo número.

CASAU

En la vida teatral portefía constituye siempre un acontecimiento el debut de Casaux. Figura capital en nuestro teatro, actor de méritos y de prestigios ya consagrados, se le espera siempre con interés y con impaciencia. Ocupará este año una sala, el Victoria, poco afortunada, pero que verá el milagro de muchos llenos por influjo de Casaux. El debut ha debido de producirse en la semana anterior con la pieza en tres actos de Novión "En un burro tres baturros". Cualquiera que sea el mérito de la obra, no titubeamos en afirmar que ha alcanzado un gran éxito. Por lo menos, un gran éxito de Casaux.

VITTONI-POMAR debutan en el AVENIDA con dos éxitos.

Se está viendo que la revista es un género que, al revés que los de liquidación, no falla. Y se explica. Un drama, una comedia o un sainete, gustan o no, pero en conjunto, es decir, toda la obra, en cambio la revista puede tener números aburridos o malos y con que tenga dos o tres aciertos, ya triunfa. "Buenos Aires folies", de Manuel Romero, triunfó. Le aconsejamos a Romero

que agradezca a María Esther Pomar su papel de gigolette; a Olinda Bozán, el suyo de chica aficionada al teatro; a Pomar, el de conquistador en compota y algunos otros agradecimientos más.

El otro éxito, tal vez menos sonoro pero más legítimo, es el sainete de Pacheco "La Tierra del Fuego", en él se nos presenta el drama de amor de un hombre desgraciado que después de evadirse de la prisión vuelve espontáneamente a ella, a causa de la infidelidad de la mujer que en un arrebato pasional le arrastró al crimen. El conflicto, en realidad, no es nuevo, ¿pero qué le vamos a hacer si son siempre iguales las mujeres? Desfilan por la obra varios tipos populares de esos que Pacheco dibuja con tanto acierto, muy bien llevados por los elementos de la compañía.

En el NACIONAL se aplaude mucho el drama grotesco "MATEO", de Armando Discépolo, con el que debutó la compañía CARCAVALLO.

Sin duda el autor de esta pieza ha querido demostrar que el denigrado sainete criollo es susceptible de ser elevado a un superior nivel artístico, sin perder su carácter, sus elementos y hasta sus recursos de léxico. En efecto, con personajes que ya nos son familiares en el teatro nacional, Discépolo ha escrito una pieza interesante y emotiva donde nos presenta con matices cómicos un drama grotesco. Se trata de un cochero de plaza que por amor a su familia se complica en un robo de los que se descubren (o sea de los que impone la necesidad). Dosis bien administradas de risa y de pena, producen en el público emociones contradictorias pero en definitiva triunfa el drama, porque el dolor da cierta majestad en todos los casos hasta a los más insignificantes y ridículos. La señora Catá y los señores Cicarelli y Cantello, así como los demás componentes del conjunto se portaron como buenos.

El segundo estreno, "La mala siembra", de V. Martínez Cuitiño, lo comentaremos próximamente.

EN EL BUENOS AIRES SE JUEGA

La noticia no es para la policía, sino para el público. Se juega en el Buenos Aires, pero allí el espectador gana siempre, porque pasa un rato de interés y de emoción con la pieza de Savoir, traducida por Escobar: "Hagan juego, caballeros" que fue dada en su versión original en el Odeón por una de las compañías francesas que nos visitaron últimamente. A juzgar por el éxito alcanzado, vamos a tardar un rato largo en escuchar el clásico "no va más". De Rosas se ha dado cuenta de que el nervioso público de nuestros teatros, difícilmente resiste piezas en tres actos, y para ponerse a tono ha resuelto dar obras en uno sólo o en sección doble a lo sumo, con lo que volverá a sus llenos de la anterior temporada.

LA COMPAÑÍA ARATA-MANCINI DEBUTÓ CON APLAUSO

La sala del Portefío, en la que varias veces se intentó afianzar una

compañía nacional, parece que esta vez lo ha conseguido. La empresa González tuvo el buen tino de formar con el popular actor Luis Arata y la característica señora Mancini, un conjunto bastante discreto. La presentación del elenco coincidió con el estreno del sainete "El boche Blumentopf", de Ricardo Hicken, pieza un poco estirada en su acción, pero de positiva fuerza cómica en muchos pasajes y con un buen golpe dramático en el final. Arata encarnó con su reconocida eficacia un tipo de alemán y la señora Mancini en su rol de "cuartelera" produjo excelente impresión. Otra novedad del debut fue "Plus ultra", clasificada "impresiones teatrales", de don Roberto Cayol. No merece mayor comentario. Es una especie de revista de escaso interés. Apenas uno de sus ocho cuadros, el titulado "Callejera", tiene gracia. Los actores echaron el alma por imponerla.

"EL HOMBRE DE PIEDRA", EN EL MAIPO

La nueva pochade de Sargenti, reafirma las dotes de este autor para cultivar el género. Este "hombre de piedra" es un sujeto graciosísimo, que hace reír quieras o no quieras. Muy sencilla la intriga, pero muy bien realizada. La comicidad surge de las situaciones, hábilmente encontradas. Se recomienda esta pochade para curar la hipocondría. Tendrá largo cartel.

LOS RATTI DEBUTARON EN EL APOLO

No sin algún interés era esperada este año la reaparición de la compañía que encabeza el popular actor César Ratti, que cuenta con muchas simpatías en una parte de nuestro público. La perspectiva de conocer la continuación de dos obras exitosas, hizo afluir público hasta colmar la sala. Apresurémonos a decir que "La vuelta de Pirincho", segunda parte de "El bailarín del cabaret" y "La canción de Charrúa", tercera de "La carrera de Charrúa", fueron bien recibidas. Ello no obstante, dudamos de que logren el largo cartel de sus hermanas mayores. La primera carece de la fuerza de "El bailarín", y la del doctor Aquino, aunque interesante y bien construida, acusa algo así como el cansancio del autor para martillear otra vez sobre los personajes. Sin embargo, mantiene la línea de las precedentes y como éstas es un trabajo honesto.

La aparición de los hermanos Ratti arrancó largos aplausos, que se hicieron extensivos a sus compañeros de escena, especialmente a Sara Nuvoletti, primera actriz del conjunto, poco más o menos el mismo del año anterior.

PARRAVICINI DEBUTARÁ EL SÁBADO

El acontecimiento teatral de la semana es el debut del celebradísimo Florencio Parravicini, nuestro gran bufo, figura la más popular de nuestros artistas de la escena. Como hemos anunciado, la noche de su reaparición estrenará "El stud misterioso", adaptación del propio Parra de una pieza francesa.

El sábado empezarán los llenos en el Argentino y nuestro simpático amigo don José Coletti, secretario de la compañía, comenzará a agitar el cartelito "No hay más localidades".

POR EL MAYO

Sin variantes la compañía y el cartel del Mayo. "Los glorias del pueblo" y "La montería" siguen siendo las minas de explotación. En tanto prosiguen los ensayos de futuras novedades, que quién sabe cuándo conoceremos, pues noche a noche se registran llenos.

"LA VIRGEN DE LA PUREZA"

Con esta obra póstuma de Roldán, debutó en el Liceo la compañía de comedias de José Gómez, un conjunto de primer orden. En otro número la comentaremos, no sin adelantarle que fue aplaudida con entusiasmo.

NUEVO

La compañía Danyans, de la que forma parte la excelente tiple de opereta Aida Arce, sigue actuando con buena fortuna en esta sala.

Anuncia estrenos para en breve.

OPERETA ITALIANA EN EL POLITEAMA

La compañía que encabezan dos excelentes figuras, Pina Giona y Enrique Bertini, reaparecerá ante nuestro público el sábado, reabriendo las puertas del Politeama. Se propone este notable conjunto dar a conocer las últimas novedades de la opereta, pudiendo descontarse que tiene asegurado el éxito.

COMEDIA

Separáronse del conjunto de Lamas la tiple Mari Luz y el tenor del Pozo, dos buenos elementos que serán reemplazados por equivalentes. El cartel de este teatro sigue con "La alegría de las mujeres" y "Las corsarias", dos éxitos indiscutibles.

SAN MARTIN

El jueves debutó la lírica italiana de la que forma parte la notable soprano escandinava María Javor Varnay, bajo la batuta del maestro Cattelan. Dará sólo ocho funciones, pero dignas de oírse.

CASINO

Grandioso éxito tiene la troupe de liliputienses rusos, que atrae numeroso público y parece que actuará mucho tiempo en este escenario. Es un espectáculo muy interesante y que gusta cada vez más. El programa se integra con otros números también atrayentes, como los cerdos amaestrados.

FLORIDA

La bonita sala del pasaje Güemes presenta diariamente un programa de cintas muy agradable y variado. Además, números de variedades como el de la Maja de Goya monopolizan la atención del público.

GRAND SPLENDID

El programa de películas a exhibirse en esta semana, es de primer orden y ello ha de contribuir a cimentar el prestigio de esta grandiosa sala, siempre abundantemente concurrida.

CAPITOL

Interesantes novedades cinematográficas ofrecerá en el curso de la semana esta bella sala, de sólido crédito entre las familias, que en gran número se dan cita en ella.

APARECIÓ EL

CÓDIGO PENAL PARA LA REPÚBLICA ARGENTINA

COMENTARIO SINTÉTICO DE LAS DISPOSICIONES DEL NUEVO CÓDIGO

Por el Dr. EMILIO C. DIAZ

Tela \$ 8.50
1/2 pasta 10.—

INTERIOR por giro postal,
agregando \$ 0.50 por envío.

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS Y

RIOJA 666

BUENOS AIRES

"NUESTRA LENGUA", por Arturo Costa Alvarez

COMENTARIO CRÍTICO

Harto verdadera es la afirmación con que inicia su trabajo el autor de esta obra, de que en nuestro medio las cosas de la lengua no interesan absolutamente a nadie. Pero no creo que se incurra en una injusta y apresurada generalización si se afirma, asimismo, que en relación a la importancia de ese tema no interesan tampoco en ninguna parte, salvo, naturalmente, en ciertos círculos restringidos. Mas consuélese el autor, si ello puede servirle de consuelo, con la idea de que no existe ningún estudio de transcendencia esencial para los hombres que despierte en la generalidad interés alguno. ¿Qué problema puede haber más importante que el del concepto de la vida y su finalidad y el empleo que debemos hacer de ella? ¿Y cuántos son los que reflexionan, aun entre las mismas clases ilustradas, ni siquiera diez minutos sobre ese punto central de su existencia? Vivimos en una época de empirismo en la acción y de pragmatismo en las creencias, aun cuando se ignore comúnmente lo que es el pragmatismo.

Faltos de un ideal y en plena disolución de todas las creencias dirigidas, nos invade el babelismo. ¿Qué interés puede haber en entendernos respecto al significado exacto de las palabras, ni cómo admiraremos la belleza del idioma si nuestra ambición no es la de amarnos y comprendernos, sino imponernos y dominar; y la lucha feroz por la existencia, el ansia de saciar los apetitos, nos transforma en seres primitivos, incapaces de meditación?

No, efectivamente; no interesan las cosas del idioma, ni las de la inteligencia; y esto no sólo entre el pueblo, sino entre los mismos intelectuales y hasta literatos; y no en este país únicamente sino en todos, quizá, pero especialmente en los de habla castellana. Nada evidencia ese hecho de un modo más concluyente que las historias que existen de la literatura española, obra, principalmente, de extranjeros y cuya pobreza, estrechez y atraso, son en extremos significativos, y sólo son superadas en tal sentido por los conceptos arcaicos de las preceptivas literarias. ¿Quién se ha preocupado de estudiar a fondo la honda transformación que han introducido en nuestro idioma las obras de Darío y Valle Inclán y la del mismo Rodó? ¿Quién ha intentado, siquiera, realizar un estudio razonado y concienzudo del idioma castellano, no como se habla en España solamente y en las distintas regiones españolas, sino en todos los países de lengua castellana para comparar y unificar su evolución? Y aquí mismo, en el país. ¿Qué se ha hecho a ese respecto, fuera de la Historia de la Literatura de Rojas, la excepción más meritoria que hay en castellano? ¿Se ha propuesto alguien estudiar documentalmente los cambios que el lenguaje ha experimentado en la Argentina desde los tiempos coloniales, a nuestros días? Y si hubiera quien se resolviese a acometer esas empresas tan arduas como fecundas ¿encontraría el apoyo oficial, ni menos aún el particular? De ninguna manera. Representan valores demasados colectivos, abstractos y permanentes para que nadie personalmente se pueda interesar.

Y es que, por otra parte, en las cosas materiales se ha llegado, mal o bien, a constituir gobiernos que atiendan y satisfagan, aunque sea rudimentariamente, las necesidades colectivas. Pero en las cosas de la inteligencia impera todavía la más completa desorganización. Cada intelectual es una isla para quien el principio de asociación, resulta un mito. De aquí proviene seguramente el hecho que observa Wells de que la inteligencia es un invitado, apocado y tímido, que no se atreve aún a alzar la voz en el banquete humano. Vivimos pues, en ese sentido, en plena anarquía, el polo opuesto del despotismo y tan infecunda como él.

Por eso mismo es más de admirar y merece mayormente nuestro reconocimiento la obra de un hombre como el señor Costa Alvarez que en la silenciosa y laboriosa soledad de su estudio, sin estímulo oficial alguno y aun sin esperanza de lograr el interés privado, constituyéndose en ciudadano de la república ideal de la inteligencia, consagra sus energías abnegadamente a la elucidación de un tema que no preocupa a nadie, pero que importa a todos. Y elabora de este modo un libro que se destaca en alto grado de casi todo lo que aparece en el país, en este orden, y aun resalta dignamente entre las publicaciones extranjeras. Pocas obras se publican entre nosotros que, como ésta, sean el fruto de largos años de observaciones, de meditación y estudio; y que estén tan bien escritas y tan cuidadosamente depuradas que puedan ofrecerse por modelo a la juventud estudiosa. Nos domina la prisa. Los libros aparecen, en general, apresuradamente impresos y deficientemente corregidos; escritos con descuido y pensados sin reposo, como frutos de improvisación. ¿Cómo sería posible que resistan al tiempo esos productos de estufa en cuya elaboración no se ha contado con él? Ese es el defecto principal de la mayoría de nuestros escritores, que podría hacerse extensivo a todos los sudame-

tenga valor un libro debe haber sido forjado como éste: sin propósito mercantilista alguno, renunciando de antemano al éxito inmediato, escrito para deleite del autor, dilatadamente madurado en la conciencia y acariciado con el pensamiento.

Eso es precisamente lo que se advierte en todos los aspectos de esta obra; en la extensa y selecta cultura que la fundamenta, en el criterio sagaz y aquilatado que la inspira, en el método de exposición tan bien trabado y tan lógico que ni se percibe el artificio ni el esfuerzo, y deja deslizarse suavemente el pensamiento del lector a través del razonamiento y la investigación con perfecta naturalidad; en la fina ironía penetrante que vierte constantemente con tan grande maestría y sutileza, y por último en la riqueza y precisión, en la fluida elasticidad, en el puro casticismo del lenguaje que hace en ese sentido de este libro una obra maestra.

Pocas veces se encuentra la ocasión de gozar de la lectura de una obra que nos deleite y encante por la pureza exquisita y la variedad profusa de su prosa. Aun cuando parezca raro es más frecuente hallar una prosa artística como las de Rodó, Azorín y Valle Inclán que una prosa castiza simplemente, no en el sentido erróneo de arcalca, según lo entien-

talidad rica en sugerencias y una lógica, a la vez, flexible y rigurosa. Esta última, sobre todo, constituye la dote principal del señor Costa Alvarez, unida a un amplio dominio de los resortes de la lengua. Además, tiene este autor, como característica, la depuración que ha efectuado en el idioma la modalidad argentina; estando libre, por lo demás, de las deformaciones y limitaciones que el mismo señala. Resulta así la suya, en mi concepto, un modelo de prosa argentina. Es una prosa rítmica, elástica, amplia en el período y ceñida en el concepto; después de todo énfasis, energías y armoniosa, halagadora y suave, sin blandura ni atenuamiento. Claro está que son pocos los que llegan a alcanzar la altura de ese modelo, del cual es buen ejemplo Emilio Bécher; pero hay muchos que se acercan: Groussac, Ingenieros, Rojas, Gerchunoff, Gálvez, Melián Lafinur, Leuman en su última obra y algunos otros. Lugones, como prosista, hallase por encima de ese modelo por demasiado creador y personal.

En suma: el libro del señor Costa Alvarez es, por su factura, una obra cultural de primer orden, y constituye, en cuanto al estilo, un sabroso deleite para quien sea capaz de apreciar las bellezas del idioma.

Pero ahora advierto que todavía no he dicho una palabra respecto del fondo mismo de la obra, aun cuando yo no crea, como Spengler, que la forma es lo fundamental. Mas ¿qué se podría decir de un libro escrito y pensado con tanto tino, tan bien documentado y de un criterio tan culto que se halla en absoluto exento de esos fanáticos localismos tan generales y tan comunes cuando se trata estos temas, en los que por falta de cultura suele entremeterse el patriotismo, aun cuando nada tiene que hacer? No, el señor Costa Alvarez no incurre una sola vez en ciegas parcialidades; ni al estudiar la evolución del problema de la lengua en el país ni tampoco al comparar el castellano con los otros idiomas. Siempre la diosa Razón preside o inspira sus palabras. ¿Qué puede decirse, pues, de una obra que resulta en todos los sentidos un modelo en su género? Únicamente ratificar sus conclusiones.

Se necesita mucha inconsciencia y pedantería, o preparación muy singular en la materia, para querer enmendar la plana, o dar lecciones, al autor de una obra como ésta, que demuestra poseer inteligencia tan clara y que ha vertido en su libro el fruto de observaciones y de estudios realizados durante más de veinte años.

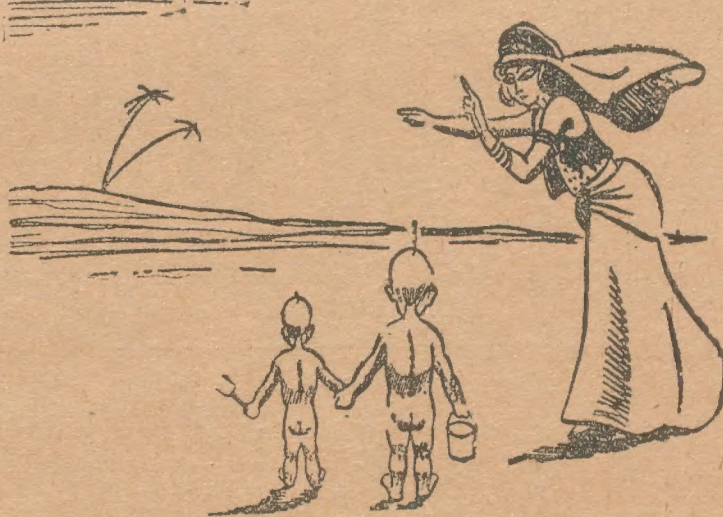
Sólo podemos, pues, regocijarnos por la aparición de "Nuestra Lengua" que hace honor al castellano argentino, si se me permite esta expresión; y que asienta y sostiene los derechos más legítimos de los intereses culturales del idioma castellano, en general, y en particular del habla en la Argentina. Asimismo, en consecuencia, hemos de declarar que es una obra de lectura, y aun de estudio, indispensable para toda persona que se halle en relación, más o menos directa, con las cuestiones del idioma, tales como gobernantes, escritores, periodistas, traductores y profesores, quienes podrán hallar en sus páginas muchas y diversas enseñanzas y una clara y elevada orientación.

Y voy a terminar este comentario, deplorando únicamente que un hombre que conoce tan a fondo el lenguaje, no realice estudios de él, de su estructura y modalidades, en lugar de limitarse a historiar el problema de su evolución en el país; o que renuncie a emplear sus eminentes cualidades de crítico, estudiando, por ejemplo, nuestros mejores autores desde el punto de vista de la pureza idiomática, con lo cual obtendríamos enseñanzas tan deleitables y sabias como provechosas.

Antonio HERRERO.

La Plata, febrero de 1923.

EL SAHARA EN LA ACTUALIDAD



—Vayan a jugar un rato, pero ¡mucho cuidado con los automóviles!

ricanos. No les faltan talento ni cultura, pero carecen de sedimentación. En vez de asimilar sus conocimientos y lecturas nos los devuelven todavía fresquitos, sin someterlos a ninguna transformación. En lugar de nutrir mentalmente sus obras durante largo tiempo hasta hacerles adquirir una estructura orgánica y objetiva, y una forma animada, como la de un ser viviente, lanzan al mundo fetos que constituyen apenas el esquema de lo que debiera ser la obra. Pero, ¿es acaso de ellos toda la culpa? Seguramente que no. En la agria concurrencia de la lucha vital los valores intelectuales son los que menos cuentan. Cualquiera actividad, por ajena y extraña que le sea, bastará a un escritor para ganarse la vida, menos el empleo de su talento en el ejercicio de su vocación. En nadie encontrará ayuda para producir sus obras; pero todos serán a explotarlas o denigrarlas una vez que haya logrado sacarlas a la luz. El librero que debiera ser su aliado es su primer enemigo; después, le saldrá al paso la crítica, ignorante o parcial, salvo excepciones; y por último, se estrellará contra la pública indiferencia. En tales condiciones cuando mejor y más sólida es una obra menos probabilidades de éxito tiene, porque resulta un manjar poco apetitoso para estómagos débiles y estragados. Por eso, para que

den algunos, como el mismo Ricardo León, sino en el de ajustarse a las leyes esenciales del idioma, disponiendo, a la vez, de todos sus recursos.

Tal fué, como es sabido, el principal don de Cervantes quien ponía en ello, quizá, excesivo sensualismo, lo que hace decir a Eugenio D'Ors, con mucha exactitud, que Cervantes se pasa el castellano por la boca. En cuanto a los actuales prosistas eminentes lo personal de sus estilos, suele eclipsar las bellezas del idioma. Cierta día nos decía Blasco Ibáñez, hablando de Valle Inclán, que no escribe en castellano, sino en gallego; algo hay de cierto sin duda, en esta afirmación, y así puede decirse, sin mentir, que Unamuno, a pesar de su recio casticismo, escribe en vasco; como en arcaico, Azorín. Esto, sin desconocer en lo más mínimo el mérito excepcional de sus estilos respectivos. Sólo quiere decir que es una cosa la belleza de una prosa artística y otra muy diferente, aunque en nada inferior, la que resulta del simple uso del idioma, sabia y acendradamente. En este último sentido uno de los autores cuya lectura me ha proporcionado mayor goce, ha sido Larra; otro, Angel Ganivet. Y es que para encarnar la belleza de un idioma no basta conocerlo extensamente. Es necesario, también, poseer una men-

COLABORACIÓN ESPONTÁNEA

Confesión

Para H. Guntin.

Yo deseo su mirada: voy buscándola, anhelante, de que cruce con la mía su luminoso esplendor... ¡Cedería solamente, si en aquel supremo instante, me cegara con los rayos de su vívido fulgor!

Desearía de sus labios—pues ansío nueva vida—el balsámico, bendito, sacro, exótico licor, como el dulce lenitivo de mi alma dolorida, que torturan inquietudes de un iluso soñador.

Y quisiera que sus manos, de blancuras indecibles, esas manos que acaricio en mi sueño de ilusión, derramaran en mi pecho, sus virtudes infalibles, restañando la sangría de mi herido corazón.

Si pudiera lo imposible: si la gloria fuera mía, si en el cielo gobernara, cual gobiernas tú, Señor, cuanto existe le ofreciera, y a sus pies me postraría porque anhelo que me cubra con las alas de su amor.

Antonio GOSO

Siempre igual, juventud

Siempre igual, juventud rubia y ligera, siempre con sed de ensueños y de amores, para la amada, las más bellas flores, del divino jardín de la quimera.

Siempre ostentando por triunfal bandera, un iris de magníficos fulgores, que luce su abanico de colores, en un cielo de azul de primavera.

Y alguna vez, muy rara, el gris nublado de una pena, amenaza la alegría, pero lo barre el viento huracanado de la esperanza, y otra vez el día, luce el palio de oro que ha logrado, del prolífico sol de mediodía.

E. RODRIGUEZ GARCÍA.

La sombra errante

Ha pasado en las sombras de la noche un jinete fugaz, como la dicha, entonando, monótono, su canto; su canto de dolor, que nunca olvida!...

Ha pasado otra vez; todas las noches he de volverlo a ver cuando musita, pues me han dicho en las casas, que es un gaúcho, que en constante vagar pasa sus días.

El noble bruto, compañero estoico, sobrelleva el dolor que el gaúcho anida, como si fuese la razón de un algo puesto a su antojo para ser su guía.

¡Ah gaúcho noble!... vagará por siempre llevando por los campos su divisa; esa enseña de nobles y valientes ante el gesto soberbio que lo humilla; el gesto de los otros, que no saben su razón de querer, dentro la vida.

Hoy ha vuelto a pasar; me ha parecido la visión de Jesús, en su agonía!...

José Juan BIANCHI.

El niño muerto

Para la poetisa Raquel Adler, respetuosamente.

I

¡Se allegó la muerte se alejó la vida! una madre llora sola y abatida, mirando la cuna donde el niño ha muerto; cubren las penumbras el hogar desierto.

La puerta que se abre el padre que entra, y ante el desgraciado cuadro que se encuentra, le grita la pobre madre dolorida, ¡se allegó la muerte se alejó la vida!

EL NOVIO LARGUERO



—¡A ver si le dices a ese mocito que viene a verte, que las diez de la noche es una buena hora para estar en su casa!
—Pero, papá... ¡sí aquí está como en su casa!

Se abrazan y lloran sobre el niño muerto; manchan las penumbras el hogar desierto; y clama el sollozo de la madre herida, ¡se allegó la muerte se alejó la vida!

II

Afuera la lluvia llora en los rosales, un trueno que brama hiere los cristales; las rachas de invierno silban la partida... ¡se allegó la muerte se alejó la vida!

Cuando se lo lleven del hogar desierto, cubierto de flores ¡pobre niño muerto!

el alma del barrio gritará dolida, ¡se allegó la muerte se alejó la vida!

Ricardo M. LLANES.

Mañanera

Surge, radiante, la aurora por la puerta del Oriente, y el sol derrama el torrente de su luz deslumbradora; el ave, madrugadora, modula suaves canciones, arden los viejos fogones en una estancia cercana y empieza, con la mañana, la faena de los peones.

Siguiendo la dirección que lleva el aura, en su vuelo, blanca nube surca el cielo como un copo de algodón; las espigas en sazón, se inclinan en los trigales, y los líricos zorzales reciben al nuevo día con la mágica armonía de sus trinos orquestales.

Emitiendo un soberano relincho, un potro bravío, veloz cruza, a su albedrío, la vasta extensión del llano; junto al palenque, un paisano, le pone a un fiote el apero; los chajaces en el estero lanzan sus gritos de alerta y la alegría despierta del rancho, bajo el alero,

Rutilan sobre la loma las gotitas de rocío; volando hacia el bosque umbrío pasa, rauda, una paloma; flota en el aire el aroma que de los pastos emana; una chiquilla lozana cantando va por la era, y parece que ella fuera el alma de la mañana!

Domingo F. ARIETTI.

Pensamientos

Crear obras de arte es educar a los pueblos e iluminar los cerebros. En los tiempos de Pisistrato, en Grecia, se inició la pintura que más tarde fué perfeccionándose con la ayuda del gobernador Pericles, hombre de gran temperamento artístico.

Inculcar a la niñez, en las escuelas, las artes, es deber de todo pedagogo; son lecciones saludables al espíritu del niño, que le orientarán hacia el camino de la perfección de la vida en donde impere el verdadero amor, la bondad y la virtud.

El espíritu siente un goce divino frente a una obra de arte. Amar el arte es aprender a ser buenos.

Salvador G. RUEDA.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 Buenos Aires
De 9 a 12 y de 14 a 18 U. T. 428, P. Orden
Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre... \$ 2.50	Trimestre... \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre... .. 5.00	Semestre... .. 6.00	Semestre... .. 4.00
Año... .. 9.00	Año... .. 11.00	Año... .. 8.00
N.º suelto... 20 cts.	N.º suelto... 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande... cada tomo	\$ 12.-	3.70
Tapas sueltas " " chico... " " " "	8.-	3.-
" " " " grande... " " " "	9.-	2.-
" " " " chico... " " " "	0.-	1.50



LAS ÚLTIMAS BAÑISTAS



Junto a la playa.

Fot. Márquez.

HESPERIDINA BAGLEY

FABRICADA DESDE EL AÑO 1864

EL GRAN APERITIVO NACIONAL



Es por excelencia la bebida estomacal que reúne las más preciadas condiciones para los inapetentes y para todos aquellos que desean, al par que un buen aperitivo, un refrescante sano y delicioso al paladar.

HESPERIDINA BAGLEY

fabricada a base de cáscaras de naranjas amargas, seleccionadas, tiene por finalidad reunir, en un solo compuesto, dos propiedades maravillosas: estimular el apetito y refrescar el organismo. Una copita de

HESPERIDINA BAGLEY

antes de cada comida, devuelve la salud.